



# *mientrastanto.e*

Número 235 de junio de 2024

## Notas del mes

### **La (¿falta de?) fuerza del derecho internacional**

José A. Estévez Araújo

---

### **Modalidades más patológicas de capitalismo**

Albert Recio Andreu

---

### **La regulación neoliberal de la protección de la inversión extranjera**

Eduardo Melero Alonso

---

**Frente a la «obediencia (familiar) debida», Historias Desobedientes rompe el silencio**

---

**Entre dos elecciones**

Albert Recio Andreu

---

**Contra el olvido**

Pilar Iglesias Aparicio

---

## **Ensayo**

**Encrucijada para las izquierdas**

Antonio Antón

---

## **De otras fuentes**

**Entrevista a J. L. Gordillo: «Es necesaria una nueva generación de luchadores por la paz»**

Marta Roman y Jaume Montés

---

**Armas para una carnicería sin fin**

José Luis Gordillo

---

**Campaña de asesinatos de alta tecnología: por qué la acción humana sigue siendo crucial en la guerra de Israel apoyada en la IA**

Sophia Goodfriend

---

**«En Alemania me cancelan por apoyar a Palestina»**

Hanno Hauenstein

---

## **El desafío de la remontada alternativa**

Antonio Antón

---

## **La clase social es fundamental en la política gay**

Daniel Zamora

---

## **La espontaneidad de la percepción**

Josep Torrell Jordana

---

# **La Biblioteca de Babel**

## **Mi vida con Lenin**

---

# **En la pantalla**

## **Amianto: la historia interminable**

---

## **Kafka, ese ilustre desconocido**

---

# Campañas

**No a la militarización y no a la guerra**

nomilitarism.eu

---

## **...Y la lírica**

**Peter Balakian**

---

**José A. Estévez Araújo**

## **La (¿falta de?) fuerza del derecho internacional**

El fiscal de la Corte Penal Internacional y la Corte Internacional de Justicia han adoptado decisiones contra Israel y sus dirigentes en relación con las acciones genocidas en Gaza. Estas resoluciones, que ponen de relieve la gravedad del conflicto, llaman la atención sobre la gran pérdida de vidas humanas, las violaciones de derechos humanos y los masivos desplazamientos que han tenido lugar en la región.

Puede causar extrañeza e, incluso, enojo la intrincada naturaleza de unos procedimientos legales que exigen pruebas concretas de genocidio. Esta exigencia de pruebas contrasta fuertemente con las estremecedoras imágenes y reportajes que se emiten a diario en las pantallas de televisión y otros medios de comunicación y que describen la terrible situación que se está viviendo en Gaza.

La disparidad entre la realidad percibida y la necesidad legal de pruebas es una característica inherente al funcionamiento del derecho. Cuando un conflicto se traslada al ámbito jurídico, sufre una transformación significativa para ajustarse a las normas y procedimientos legales, algo así como si se tradujera a otro idioma. Esta traducción jurídica impone su propio conjunto de complejidades y exigencias, que constituyen un peaje que hay que pagar cuando se busca justicia a través del sistema jurídico. El proceso remodela la narración para adaptarla a los requisitos estructurados del derecho, lo que a veces parece ocultar la inmediatez y el impacto emocional de los hechos originales.

Esta situación ilumina el conflicto entre el formalismo jurídico y las demandas urgentes de justicia y rendición de cuentas ante las atrocidades que se siguen cometiendo. Exige un examen crítico para que el derecho internacional sea más receptivo y eficaz a la hora de abordar y hacer cumplir las decisiones sobre cuestiones humanitarias tan graves.

Otra fuente de desconcierto y frustración es la falta de poder coercitivo o de una fuerza institucionalizada capaz de hacer cumplir estas decisiones. El marco jurídico internacional, aunque poderoso en teoría, carece a menudo de los mecanismos necesarios para imponer su voluntad a estados soberanos, especialmente a aquellos con una influencia geopolítica significativa.

Lo que genera más indignación y frustración es la impunidad de que goza Israel, principalmente como consecuencia del apoyo incondicional de Estados Unidos. Esta impunidad se pone claramente de manifiesto en el contexto de las acciones de Israel en Gaza, donde numerosos llamamientos internacionales a la rendición de cuentas se han visto obstaculizados por la postura pro-sionista de Estados Unidos.

El sometimiento de Estados Unidos a los intereses de Israel es un fenómeno complejo impulsado por diversos factores políticos y electorales. En esta relación influyen a menudo consideraciones estratégicas, los esfuerzos de los *lobbies* y el importante papel de los grupos de defensa pro-Israel en la política estadounidense. En conjunto, estas circunstancias garantizan que la política estadounidense se alinee sistemáticamente con los intereses de Israel, incluso a costa de un

consenso internacional más amplio.

En el discurso contemporáneo se habla mucho de la erosión de la soberanía de los estados, que cada vez se ven más subordinados a las decisiones de las organizaciones internacionales. La «responsabilidad de proteger» reconocida por el Derecho internacional a principios del siglo XXI, ha conferido, incluso, poder a la ONU y a su Consejo de Seguridad para intervenir en los asuntos internos de los estados.

Sin embargo, la realidad es más compleja.

Desde el punto de vista material, los estados están perdiendo parte de su poder de decisión debido, fundamentalmente, a las características de la globalización económica. Y, desde el punto de vista formal, existe una marcada disparidad entre los estados, que se pone especialmente de manifiesto en el poder de veto de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU.

Estos cinco estados —China, Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Rusia— disfrutan de una posición soberana exclusiva dentro del orden jurídico internacional. Su poder de veto les protege eficazmente de cualquier acción coercitiva de la ONU, permitiéndoles bloquear las resoluciones del Consejo que puedan contradecir sus intereses nacionales. Este mecanismo garantiza que estos estados conserven un nivel de soberanía y autonomía sin parangón en otras naciones.

La impunidad de Israel, por tanto, es en gran medida resultado del ejercicio por parte de Estados Unidos de su poder de veto. Al bloquear cualquier resolución del Consejo de Seguridad que pudiera imponer sanciones u otras medidas contra Israel, Estados Unidos se asegura de que su aliado permanezca fuera del alcance de los mecanismos internacionales de rendición de cuentas. Esta dinámica perpetúa un sentimiento de frustración e injusticia, ya que pone de relieve la desigual aplicación del derecho internacional y el persistente doble rasero que favorece a los estados poderosos y a sus aliados.

A pesar de las debilidades de la ONU, el reconocimiento pleno del Estado palestino como miembro de esta organización global serviría de importante elemento jurídico disuasorio contra las agresiones israelíes. Dicho reconocimiento alteraría fundamentalmente la dinámica del conflicto palestino-israelí, creando un nuevo marco en el que operaría el derecho internacional. Representaría un paso crucial hacia la aplicación de la solución de los dos estados, una visión que pretende establecer dos naciones soberanas que puedan coexistir.

Este reconocimiento supondría también un golpe sustancial contra el sionismo que reclama como suya la totalidad de la tierra que comprendía la antigua Palestina durante el Imperio romano (hay que recordar al respecto que antisionismo no es lo mismo que antisemitismo u odio a los judíos). Reconocer a Palestina como Estado soberano pondría en entredicho estas reivindicaciones territoriales y subrayaría el compromiso internacional con una resolución relativamente justa del conflicto.

La aplicación de la solución de los dos estados significaría que cualquier intervención militar israelí en los territorios palestinos dejaría de considerarse un asunto interno para convertirse en un acto de guerra contra un Estado soberano reconocido. Este cambio tendría profundas implicaciones jurídicas y políticas. Daría lugar a una reevaluación de la forma en que la

comunidad internacional percibe y aborda estas intervenciones. Bajo este nuevo marco, las violaciones de la soberanía palestina podrían provocar la adopción de sanciones e intervenciones internacionales, como cualquier otro conflicto entre naciones soberanas.

Además, el reconocimiento de Palestina daría poder a los dirigentes y al pueblo palestino, proporcionándoles una plataforma más sólida desde la que hacer valer sus derechos y buscar reparación a través de los mecanismos jurídicos internacionales. Aumentaría su capacidad para entablar negociaciones diplomáticas en pie de igualdad, promoviendo un diálogo más equilibrado entre las partes.

Desde otra perspectiva, las recientes decisiones adoptadas por la Corte Penal Internacional y el Tribunal Internacional de Justicia contra Israel ponen de relieve un aspecto significativo del ámbito jurídico que a menudo se pasa por alto, sobre todo por el público en general: la fuerza simbólica de la ley. A pesar de la falta de poder coercitivo para hacer cumplir estas decisiones, los dirigentes israelíes no han podido limitarse a hacer oídos sordos. Por el contrario, se han visto obligados a responder (al menos retóricamente) a estas decisiones internacionales.

La necesidad de responder deriva del reconocimiento del descrédito internacional y de las consecuencias diplomáticas que acompañan a estas decisiones. Ignorarlas por completo podría empañar aún más la posición mundial de Israel e influir en la conducta de otros estados en relación con el genocidio perpetrado por el ejército israelí en Gaza.

Los medios de comunicación han desempeñado un papel crucial a la hora de amplificar el impacto de estas decisiones. Al colocar dichas resoluciones en la página de portada y escribir artículos de opinión sobre el tema, los medios de comunicación han aumentado la concienciación y el escrutinio público. Esta resonancia mediática no sólo aumenta la presión sobre Israel, sino también sobre los estados que han apoyado sus acciones militares y le han suministrado armas.

El poder simbólico del derecho internacional reside, por tanto, en su capacidad para moldear las percepciones globales y las relaciones diplomáticas. Incluso sin mecanismos de aplicación directa, la condena jurídica de las acciones en Gaza influye en el discurso internacional y puede tener importantes repercusiones políticas y económicas. Los estados que apoyan o arman a Israel pueden verse sometidos a un mayor escrutinio y presión para que reconsideren sus posiciones.

Estas resoluciones han reforzado significativamente a los movimientos que se oponen a las acciones del ejército israelí. Sirven de refuerzo a los diversos grupos e instituciones que han protestado enérgicamente contra lo que consideran acciones de exterminio por parte de las fuerzas armadas de Israel en Gaza.

Los estudiantes, en particular, han estado a la vanguardia de estas protestas, condenando las acciones de los sionistas. Los pronunciamientos de los organismos internacionales han amplificado su capacidad de presión sobre los gobiernos, especialmente en Estados Unidos. Las protestas estudiantiles se caracterizan por un discurso directo y apasionado, basado en las crudas realidades del conflicto y en las intensas emociones que estas realidades evocan.

La población en general, que es testigo de estas protestas, puede percibir ahora el discurso de los manifestantes como más legítimo, dado el apoyo de instituciones internacionales respetadas.

Aunque es previsible que la mayoría no se una activamente a las protestas, muchas personas pueden empezar a cambiar sus perspectivas. Este cambio en la opinión pública es crucial, ya que las encuestas de opinión —un barómetro al que los líderes políticos prestan una gran atención— empezarán a reflejar esta actitud cambiante entre los ciudadanos.

A medida que se modifique la opinión pública, los líderes políticos inevitablemente tomarán nota. Los sondeos de opinión que indican un creciente descontento con el apoyo gubernamental a las acciones israelíes pueden crear una nueva fuente de presión para los gobiernos estatales. Esta dinámica puede conducir potencialmente a una reevaluación de las políticas y a cambios en la forma en que estos gobiernos se comprometen con la situación en Gaza.

En esencia, las decisiones internacionales contra Israel no sólo validan las protestas, sino que también sirven de catalizador para un compromiso público más amplio y para presionar a los gobiernos. La interacción entre los pronunciamientos jurídicos internacionales y los movimientos de base subraya el complejo impacto de las decisiones jurídicas a la hora de abordar cuestiones globales complejas.

En definitiva, esta situación pone de relieve la influencia polifacética del derecho internacional. No es sólo una herramienta de intervención directa en algunos casos, sino también un poderoso instrumento para configurar las normas y expectativas mundiales. Las decisiones contra Israel sirven para recordar que la fuerza simbólica del derecho puede provocar respuestas y cambios de comportamiento, impulsados por el contexto más amplio de la opinión internacional y las relaciones diplomáticas.



**Albert Recio Andreu**

## **Modalidades más patológicas de capitalismo**

### **Cuaderno de locuras: 10**

#### **Capitalismo**

La visión que tenemos del capitalismo es completamente opuesta a la que ofrecen los libros de texto de economía. Su discurso, asumido por la mayoría de las élites políticas y transmitida por los medios de comunicación (y, más recientemente, también incluida en la formación obligatoria) ha conseguido «normalizar» las reglas de juego capitalistas como reglas imperecederas del funcionamiento económico. Gran parte de esta operación se ha planteado camuflando el capitalismo como una economía de mercado en la que todos somos compradores o vendedores, y donde desaparece el análisis de los mecanismos de poder implícitos en las reglas del juego realmente imperantes. Las empresas se presentan como meros operadores que satisfacen las necesidades expresadas por los consumidores, y como instituciones orientadas a la búsqueda de la eficiencia social.

La lectura crítica del capitalismo incluye tanto el reconocimiento de las relaciones de poder, que subyacen en la propiedad privada y en el funcionamiento del mercado laboral, como en los efectos perversos de un modelo de gestión económica basado en la búsqueda privada de enriquecimiento. La gestión capitalista no conduce a cubrir las necesidades básicas de la población —ignora a los que no tienen recursos—, se desentiende de parte de la reproducción de la fuerza de trabajo —que debe garantizarse por trabajo doméstico no retribuido—, y toma a la naturaleza como una base de suministros inagotables que conducen a una crisis ecológica de consecuencias dramáticas. Las empresas solo pagan por lo que les obliga el mercado (o les imponen las regulaciones) y, por ello, proliferan todo tipo de externalidades y costes sociales. Las empresas persiguen un crecimiento sostenido que conduce de forma agregada a una economía en perpetua expansión (otra cosa es que siempre lo consigan) que choca con las propias necesidades humanas y con los límites físicos de nuestro mundo. La violencia forma parte de esta historia, bien en lo que llamamos proceso de «acumulación primitiva», bien para garantizar suministros a bajo precio, bien para hacer frente a movimientos sociales que ponen en duda las reglas del juego (o, simplemente, que acotan en «exceso» la rentabilidad).

En el párrafo anterior he tratado de resumir las principales críticas al capitalismo. Se trata de una visión muy general, fácil de detectar para un analista atento, pero, en parte, algo abstracta para mucha gente. Además, en una economía tan compleja y extensa no todos los agentes tienen la misma responsabilidad, ni se comportan igual. Impugnar el capitalismo como tal exige un grado de comprensión que escapa a mucha gente. Y que a veces, entre el mundo activista, deriva simplemente en una referencia genérica solo funcional para convencidos. Tanto más inocua cuando a la crítica genérica no se le acompañan propuestas transformadoras. Por eso me parece útil un análisis más específico de aquellas prácticas que expresan más claramente las perversas dinámicas a que nos conduce la búsqueda del enriquecimiento privado. Sin ánimo de ser exhaustivo, he elegido algunas particularmente vistosas y presentes en nuestra vida cotidiana. De hecho, la sugerencia de esta nota me la ha ofrecido las noticias de prensa económica de los últimos meses.

## **Monopolio**

Esta es de hecho la principal cuestión crítica que reconocen la mayoría de los economistas convencionales. Por ello, en muchos países existen instituciones dedicadas a controlar las violaciones de la competencia. En la práctica, sin embargo, han sido incapaces de controlar una realidad dominada en la mayoría de los mercados por uno o unos pocos grupos empresariales, que a veces compiten y otras cooperan para mantener su poder económico. La razón de este fallo en las regulaciones tiene que ver con la forma como se interpreta una práctica monopolista, casi siempre entendida como una coalición para controlar el precio de un producto particular y no como una práctica basada en concentrar recursos económicos para influir de muchas formas en la vida económica. Las políticas antimonopolios han sido, por ejemplo, incapaces de entender la capacidad de concentrar poder de mercado de las grandes empresas tecnológicas, que controlan las principales autopistas de la vida digital. De la misma forma que han sido inútiles en evitar la concentración bancaria, reforzada, además, con el argumento que se trata de entidades que es necesario proteger para evitar efectos sistémicos. La actual batalla de compra del Banco de Sabadell por parte del BBVA es un nuevo episodio de guerra monopolista. Y basta acudir a cualquiera de las muchas colas de una oficina bancaria para oír diagnósticos de lo que ocurrirá si culmina: reducción de personal, cierre de oficinas, peor atención al público, más comisiones bancarias.

El papel de las grandes empresas es mucho mayor que su mera manipulación de los mercados. Mantienen enormes recursos que utilizan para mantener sus privilegios e influir en las políticas y la sociedad. La experiencia reciente de Agbar utilizando numerosos medios para mantener el control de la gestión del agua en la metrópoli barcelonesa es un ejemplo de libro. Entre sus acciones encontramos: acoso legal y mediático al Ayuntamiento y las entidades partidarias de la municipalización; una propaganda masiva que ha incluido la subvención a muchas entidades para ganar apoyos; la presunta compra de voluntades jurídicas mediante la organización de jornadas de debate en las que se invitaba a quien les podía juzgar. Todo un gran ejército de abogados, lobbistas y especialistas en comunicación trabajan para que sus intereses queden bien protegidos.

## **Adicción**

Toda empresa sueña con un negocio que tenga una clientela fiel y creciente. Que no se fije

demasiado en el precio ni en otros productos. Que, si se produce un proceso inflacionario, reduzca otras partidas de gasto y mantenga el consumo de su producto. Muchas de las estrategias de marca, de atención al cliente, están orientadas a este fin. Algunas son benignas; todos tenemos un bar o un restaurante preferido o alguna tienda de compras habitual. Pero donde verdaderamente se gestan algunos grandes negocios es allí donde es posible crear una adicción que conduce a un consumo compulsivo sostenido, generador de un flujo creciente de compras. La industria tabaquera es el ejemplo clásico. Como el resto del tráfico de drogas. Que sea una actividad legal o ilegal es lo de menos, lo crucial es la capacidad de generar un mercado cautivo mediante la oferta de un producto que crea dependencia. (De hecho, es posible que la ilegalidad ayude incluso a favorecer un mayor margen de ganancia). Los efectos sanitarios y sociales de estas industrias son la otra cara del negocio, la que no se contabiliza.

Pero, aunque habitualmente tiende a confundirse adicción con drogas, la práctica está muy extendida en otros sectores. Empezando por la industria farmacéutica, más abocada a promover medicación permanente que en ofrecer tratamientos de corta duración, como ha puesto de manifiesto la subinversión en la investigación de antibióticos. Cuenta con el apoyo de un sistema sanitario centrado en «curar» y «mantener la vida» al coste que sea, y mal o nada diseñado para enfrentar las causas sociales y tecnológicas que generan las enfermedades. Es sintomático, por ejemplo, que se reconozca la enfermedad mental como la nueva epidemia, pero, en cambio, no se intervenga en los procesos laborales y sociales que lo generan. En algunos casos, como en la epidemia de opiáceos generada en Estados Unidos, los efectos son tan graves como los del resto de drogas «no sanitarias». Recientemente se ha puesto de manifiesto el carácter adictivo de las nuevas tecnologías de la comunicación, una adicción sobre el que se construyen los enormes beneficios de las grandes tecnológicas, y que genera un enorme ejército laboral dedicado a producir contenidos para reforzar estas dependencias letales.

Las grandes empresas capitalistas cuentan a su favor con años de investigación psicológica, que se emplea en reforzar estas adicciones, en «enganchar» a la gente en determinadas prácticas de consumo que tienen un enorme costo social y sanitario. Muchas de estas adicciones normalizadas socialmente (por ejemplo, cuando alguien presume que las actividades del motor forman parte de su ADN) constituyen no sólo una garantía para el mantenimiento de beneficios y malas prácticas, sino también una de las mayores dificultades a la hora de promover un cambio social en clave ecológica y social.

## **Pelotazo**

Hacerse rico de golpe es el sueño de muchas personas. Para emprender cualquier negocio hace falta un capital inicial. O se tiene por herencia, o hay que conseguir algún sistema de acumulación extraordinaria. Un pequeño negocio que depende crucialmente del trabajo puede generar una renta aceptable para vivir bien, pero no da la opulencia que constituye el elemento motivacional del «emprendimiento». El «pelotazo» es lo que da la oportunidad de pasar a un nivel de riqueza superior. Hay muchas vías para intentarlo, muchas de ellas rozando la ilegalidad. Por ejemplo, en la costa catalana, a principios del siglo XIX, una forma de pelotazo era reunir dinero para comprar un barco, llenarlo de esclavos y transportarlos a Cuba. En la mayoría de los casos, se amortizaba la inversión, el barco se desguazaba y los promotores se habían enriquecido. El coste social era brutal, pero los pelotaris suelen ser insensibles al mal que provocan.

Las actividades de este tipo son la base del capitalismo más especulativo, del de las bolsas, o el de la especulación inmobiliaria. Son también una de las prácticas que contribuyen a generar burbujas y grandes crisis. Como la de 1929 o la de 2012. Generan un mal «macroeconómico», y casi siempre arruinan a los incautos que meten sus ahorros atraídos por la posibilidad de participar en el pelotazo. Es la base de todos los negocios piramidales que reaparecen periódicamente.

En el capitalismo actual, el pelotazo ha estado institucionalizado gracias al enorme desarrollo de los mercados financieros, a la existencia de grandes empresas que organizan estos mercados. En los últimos meses, una de las modalidades en ascenso son las salidas a bolsa. Si tienen éxito (y, para ello, la salida se prepara con un complejo entramado de empresas especializadas) los propietarios se embolsan una buena cantidad de dinero a cambio de una parte del capital. Que después el negocio sea más o menos rentable ya es otra cuestión, pues van a ser los compradores los que tendrán que hacer frente a los problemas de una empresa que les vendieron como sumamente rentable. No es la primera vez que el resultado final es una variante sofisticada de un timo; basta recordar la crisis de las puntocom o la crisis de 2012. Y, ahora mismo, ya están empezando a tener problemas diversas empresas de energías renovables, cuyos resultados no son los esperados.

El mal principal de este modelo es que detrás tiene un lastre de inseguridad económica, de capacidad de generación de crisis que después se transmite al conjunto de la sociedad. Y en la variante «pelotazo» inmobiliario, también institucionalizado por un activo mercado de compraventa de activos, está además su efecto de impulsor de la inflación inmobiliaria que afecta directamente al acceso a la vivienda de miles de personas.

## **Rentismo**

Los economistas clásicos, los representantes de la burguesía «revolucionaria», se enfrentaron a la fuente principal de los ingresos feudales: la renta del suelo. Pero, sin abolir la propiedad privada del suelo, esta fuente de ingresos parasitaria (basada en una mera tenencia de derechos) no desaparece. De hecho, fue la misma burguesía la principal beneficiaria de gran parte de los procesos de desamortización que acabaron con el orden feudal. Sin contar con la experiencia colonial, donde el acceso a la propiedad fue simplemente la aplicación de la fuerza bruta y el despojo de las comunidades indígenas.

La propiedad urbana ha constituido siempre una fuente de ingresos para los ricos. La especulación y los problemas de la vivienda no son nuevos, forman parte de la experiencia urbana de los dos últimos siglos. Lo que ahora lo ha acelerado es, sobre todo, la mutación de una buena parte de la clase empresarial. Muchos negocios industriales y de otro tipo han sido traspasados a empresas multinacionales o a inversores financieros. En muchos casos, sus antiguos propietarios han dado su particular «pelotazo»; se han encontrado con importantes sumas de dinero. En lugar de invertirlo en nuevas actividades para las que no tienen conocimiento ni ganas, lo han dedicado a operaciones financieras y al sector inmobiliario. El auge del turismo constituye un regalo para este sector, pues les permite un aumento de su renta inmobiliaria cambiando el tradicional alquiler residencial en alquiler turístico, de temporada. Cuando criticamos el impacto negativo del turismo, habitualmente ponemos el énfasis en el papel de restauradores y hoteleros. Y perdemos de vista que una parte sustancial de sus ingresos

acaban en las manos de estos ricos que, a diferencia de sus abuelos, ni siquiera tienen que preocuparse de la gestión de complejas estructuras empresariales. Son más parecidos a los antiguos señores feudales que a los glorificados «emprendedores».

### **Comentario final**

El capitalismo es un modelo civilizatorio que debe ser superado. Pero es un entramado tan complejo que, a menudo, escapa a la comprensión de mucha gente. Una cosa es el plano analítico que nos sirve para interpretar la realidad. Y otra el plano de la acción, en el que es necesario utilizar mediaciones, conectar con las experiencias vitales de millones de personas, y llevar a cabo batallas en las que sea posible ganar. De hecho, todo lo que ha permitido que, a pesar de su carácter capitalista, la vida de mucha gente sea vivible, es la continuidad de luchas que han triunfado, acotando el poder del capital en muy diversas áreas. Si me resulta interesante detectar las prácticas más dañinas es porque considero, más allá de la denuncia, que abren espacios en los que generar movilizaciones que sirvan, a la vez, para limitar el poder del capital, mejorar las condiciones de vida de la gente, y aumentar el conocimiento sobre cómo funciona este sistema económico.

**Eduardo Melero Alonso**

## **La regulación neoliberal de la protección de la inversión extranjera**

### **A propósito de la denuncia por España del Tratado de la Carta de la Energía**

El 14 de mayo se ha publicado en el [Boletín Oficial del Estado](#) la denuncia por España del Tratado de la Carta de la Energía. De esta forma se materializa una decisión que ya había anunciado el gobierno español en octubre de 2022, a través de una carta dirigida a la Comisión Europea.

El Tratado de la Carta de la Energía es un acuerdo internacional multilateral cuya finalidad es fomentar la inversión extranjera directa en el ámbito energético. Para ello establece ciertas medidas, entre las que se encuentran la protección frente a las expropiaciones directas o indirectas y el establecimiento de mecanismos arbitrales para resolver las controversias entre los estados y los inversores extranjeros.

Las garantías establecidas a favor del capital extranjero han resultado contrarias a la adopción de políticas de protección ambiental. Así, las empresas de carbón alemanas RWE y Uniper reclamaron 2.400 millones de euros al Gobierno holandés en 2021 por los daños y perjuicios que les iba a causar la decisión de dicho gobierno de prohibir la utilización de carbón en 2030. En 2022, Italia fue condenada a pagar 250 millones de euros de indemnización a la petrolera británica Rockhopper por prohibir proyectos petroleros en alta mar frente a sus costas. Y, en noviembre de 2023, la petrolera Klesch Group Holdings Limited reclamó 95 millones de euros a la Unión Europea, Alemania y Dinamarca por los impuestos establecidos por el Reglamento (UE) 2022/1854 para contrarrestar el impacto económico de los altos precios de la energía. Por ello, el 24 de abril de 2024, el [Parlamento Europeo](#) acordó que la Unión Europea se retirara del Tratado de la Carta de la Energía.

En el caso de España, las reclamaciones de los inversores extranjeros se han producido por las modificaciones de la regulación de las energías renovables que se produjeron entre 2010 y 2014. Estas reformas disminuían los beneficios obtenidos por las inversiones en energías renovables, pero no eliminaban totalmente la rentabilidad de esas inversiones. Según la [respuesta del Gobierno a una pregunta parlamentaria](#), hasta el 12 de abril de 2024 se habían presentado cincuenta y dos reclamaciones arbitrales con base en el Tratado sobre la Carta de la Energía por un valor total de 10.640 millones de euros. De esa cantidad, España ha sido condenada al pago de 1.443 millones de euros, quedando pendiente de laudo arbitral reclamaciones por valor de 1.636 euros.

Según el BOE, la denuncia del Tratado de la Carta de la Energía surtirá efectos para España el 17 de abril de 2025. Sin embargo, las disposiciones del tratado que protegen las inversiones extranjeras se mantienen en vigor veinte años más, hasta el 17 de abril de 2045. Por tanto, las inversiones realizadas antes del 17 de abril de 2025 estarán protegidas por dicho tratado hasta 2045.

El Tratado sobre la Carta de la Energía es uno de los tratados que integran la red mundial de tratados bilaterales y regionales para la protección de la inversión extranjera. Según datos de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, en 2022 existían en el mundo 2.584 acuerdos internacionales de inversión en vigor ([Informe sobre las inversiones en el mundo 2023](#)). En 1998, el Acuerdo Multilateral de Inversiones se frustró por la protesta mundial. En la práctica, a través de esta red mundial de acuerdos de protección de inversiones se han conseguido alcanzar los mismos objetivos que planteaba el Acuerdo Multilateral de Inversiones. El objetivo de este entramado normativo es proteger la propiedad de los medios de producción de las empresas multinacionales a nivel global. España es parte en unos sesenta [Acuerdos de Promoción y Protección Recíproca de Inversiones](#).

Los acuerdos de protección de inversiones tienen como única finalidad proteger a los inversores extranjeros del riesgo de pérdida de sus inversiones por acciones de los gobiernos de los países receptores de las inversiones. Se establecen garantías frente a las expropiaciones y también frente a aquellas medidas que se consideran de efecto equivalente a una expropiación. Estas últimas son medidas no directamente expropiatorias, pero que causan un daño económico a los inversores. Entre éstas, se podrían incluir las regulaciones orientadas a la protección del medio ambiente o de la salud o las normas que reconozcan más derechos a las personas que trabajan. También se reconoce la repatriación de beneficios, garantizando de esta manera al capital la libertad de desinversión y reforzando la libre circulación de capitales.

Una de las medidas que se establecen para fomentar la inversión extranjera es la posibilidad de que los inversores no nacionales acudan a instancias arbitrales privadas para demandar al estado en el que han invertido, sin tener que acudir a los tribunales nacionales. Así, por ejemplo, se ha demandado por vía arbitral al Gobierno español ante la Cámara de Comercio de Estocolmo por los recortes a las energías renovables. Estas instancias arbitrales son menos favorables a reconocer los intereses públicos que los tribunales estatales. Además, se limitan a aplicar los acuerdos de protección de inversiones que únicamente incluyen garantías en favor de las inversiones extranjeras, sin establecer ninguna medida de protección de los intereses generales. A través de estos acuerdos los estados renuncian a parte de su soberanía para favorecer los intereses del capital internacional.

Este régimen de protección de inversiones dificulta la adopción de medidas de protección medioambiental o de mejora de los derechos laborales. Las instancias arbitrales privadas no pueden anular las decisiones adoptadas por los estados. Pero sí pueden reconocer indemnizaciones de daños y perjuicios millonarias. De esta manera, se establece un incentivo perverso, ya que los gobiernos pueden no adoptar determinadas políticas por las posibles indemnizaciones que pueda implicar su adopción. Por todo ello, la denuncia del Tratado de la Carta de la Energía es una buena noticia. Aunque conviene no olvidar que sigue estando en vigor la red mundial de acuerdos internacionales de protección de inversiones.



**Isabel Alonso Dávila**

## **Frente a la «obediencia (familiar) debida», Historias Desobedientes rompe el silencio**

Uno de los graves peligros para la memoria reparadora, a través de la verdad y la justicia, es el silencio, que, si no se rompe, conduce irremediabilmente al olvido. Por eso, las asociaciones memorialistas están empeñadas en obligarnos a recordar. Y, para obligarnos al recuerdo, nos vuelven a hablar, insistentemente, sobre los nombres de las víctimas, sobre las personas represaliadas, sobre los horrores cometidos por las dictaduras y sus incontables violaciones de los derechos humanos. El recuerdo, la memoria como garantía de no repetición, acompaña su insistencia.

A este ejercicio memorial se ha sumado hace unos años —primero en Argentina, después, en claro proceso de expansión, por otros países latinoamericanos y recientemente en España— un nuevo actor. Este nuevo actor memorialista sigue la estela, pero en sentido contrario, de los mandatos familiares que tomaron cuerpo en Argentina con la aparición de Madres de Plaza de Mayo (1977), después con HIJOS (1995) y más cercanamente con Nietes (2019). Y es que, el 25 de mayo 2017, tomó cuerpo Historias Desobedientes, que, como he anticipado, marca una importante diferencia de origen con los movimientos anteriores. Si bien la lucha por la memoria de las violaciones de los derechos humanos que se produjeron en Argentina durante la última y terrible dictadura militar (1976-1983) les iguala, hay algo que les separa radicalmente. Historias Desobedientes ha decidido hacer memoria, pero en su caso no estarían siguiendo el mandato familiar de la búsqueda, de la exigencia de justicia y verdad por parte de familiares de desaparecidos, sino que parte justamente de la negación de los mandatos familiares no escritos (o a veces sí), casi siempre indiscutidos socialmente, de no sacar fuera de casa los trapos sucios (muy sucios en este caso) de la familia; de no romper la línea ascendente y descendente de la solidaridad familiar construida en este caso a través del silencio. Por el contrario, han decidido completar el puzle de sus sospechas infantiles y adolescentes, investigando, ya como personas adultas, su pasado familiar.

Tras el conocimiento, ha venido la desobediencia y han hecho públicas sus sospechas y sus realidades familiares. El conocimiento de la realidad de las responsabilidades de sus antecesores ha tenido como origen, en muchas ocasiones, el ingreso en prisión del padre, del abuelo, que pilló por sorpresa a la hija, al hijo, al nieto, a la nieta, mantenidos en la ignorancia más absoluta desde la burbuja familiar.

Por ahora, este contacto con la verdad por los descendientes de perpetradores nos está vedado en España, que no ha juzgado ni a uno sólo de los responsables de las violaciones de derechos humanos de la dictadura franquista, amparándose en una Ley de Amnistía (1977) que la ONU no para de decirnos que no es aplicable a los crímenes de lesa humanidad. Pero los tribunales españoles parecen preferir hacer oídos sordos y el único juez que lo intentó, Baltasar Garzón, continúa fuera de la carrera judicial a pesar de que también la ONU ha advertido de esta anomalía y pide su reingreso en la carrera judicial. ¿Para cuándo?

Pero volvamos a Argentina. «Hijos de represores en Argentina impulsan ley para declarar contra

sus padres», titulaba *La Vanguardia* un artículo del 7 de noviembre de 2017. Bajo este masculino genérico debemos ver a cinco hijas y un hijo de perpetradores de crímenes de lesa humanidad que se habían organizado en Historias Desobedientes el 25 de mayo de ese mismo año, siguiendo el impulso de las movilizaciones convocadas por los movimientos de derechos humanos contra la Ley 24.390, conocida como [Ley del Dos por Uno](#). ¿Por qué querían impulsar esos descendientes este cambio legal? Porque el artículo 242 del Código Procesal Penal Argentino dice: «No podrán testificar en contra del imputado, bajo pena de nulidad, su cónyuge, ascendientes, descendientes o hermanos, a menos que el delito aparezca ejecutado en perjuicio del testigo o de un pariente suyo de grado igual o más próximo que el que lo liga con el imputado». Como podemos comprobar, en este artículo se marcan claramente unos límites muy estrictos para la desobediencia familiar, una desobediencia que hijas e hijos de perpetradores de crímenes de lesa humanidad querían ejercitar, para pasar a ser obedientes a un mandato ético y social que, para ellas y ellos, estaba muy por encima de los mandatos de silencio en los que habían sido educados. Querían dejar fuera de los límites marcados por este artículo del Código Penal Procesal argentino los crímenes de lesa humanidad y poder testificar contra sus padres. Entre otras cosas, como señala Nicolás Ruarte —nieto de dos militares condenados por crímenes de lesa humanidad, en un vídeo testimonial publicado en el Facebook de Historias Desobedientes Argentina— porque «el silencio es complicidad, el silencio les sirve tanto a los milicos que si tú no hablás en público los estás ayudando quieras o no. Y yo no siento que lo hago por valentía. Yo lo hago porque es lo que me permite a mí vivir sin vergüenza».

Tras el impulso de Historias Desobedientes, «algunos hijos/hijas de genocidas han podido declarar, estando el padre fallecido o no imputado», me aclara desde Buenos Aires Analía Kalinec. Y Néstor Rojo, también desde Argentina, me recomienda que consulte también el artículo 178: Y esto es lo que dice: «Nadie podrá denunciar a su cónyuge, ascendiente, descendiente o hermano, a menos que el delito aparezca ejecutado en perjuicio del denunciante o de un pariente suyo de grado igual o más próximo que el que lo liga con el denunciado, o cuando la víctima fuera un menor, un incapaz o una persona mayor de setenta años». También me cuenta Néstor que él descubrió la existencia de este artículo cuando le «explotó la verdad en la cara» y quiso denunciar a su madre y el ministerio público fiscal no le dejó. Es decir, que estos dos artículos consagran por escrito el mandato familiar del silencio. Y lo convierten en ley.

Pero en Historias Desobedientes estaban dispuestos a romper este mandato, en Argentina en 2017, y dar a conocer las historias de sus familiares. Nombres como los de Analía Kalinec, Bibiana Reinaldi, Javier Vaca, Néstor Rojo, Gonzalo Fichera, Nahuel Funes, Nicolás Ruarte, Viviana Cao, etc., se han ido conociendo allí, y aquí, por sus testimonios, por sus entrevistas, por sus artículos. Más adelante, Historias Desobedientes empezó a saltar fronteras —lógico, especialmente para temas relacionados con la justicia universal— y se fue extendiendo por diversos países iberoamericanos con los que, para nuestra desgracia, compartimos historias similares de dictaduras militares. Así, en Chile, Verónica Estay, José Luis Rovano, Liss Orozco, Rodrigo Uribe Otaiza, etc., han tomado también el testigo y han decidido lavar la ropa sucia familiar (muy sucia) fuera de casa, aportando más memoria a la memoria. En Uruguay, Ana Laura Gutiérrez, Claudia Lártiga; en Brasil, Caio Ramos; en Paraguay Olinda Ruiz, son otros de los nombres que he ido conociendo recientemente. Y seguro que me dejó muchos más.

En España, todo comenzó con un libro: *Entre hienas* (2018), de Loreto Urraca. En él, Loreto explica quién fue su abuelo: Pedro Urraca, el policía franquista que, desde la embajada de

España en el París ocupado por los nazis, persiguió y puso en la frontera española a exiliados como [Julián Zugazagoitia](#) (ministro de la Gobernación con Negrín, que sería fusilado en Madrid) o al presidente de la Generalitat de Catalunya, Lluís Companys (que fue entregado por Urraca en Irún el 13 de agosto de 1940 y fusilado el 15 de octubre en el Castillo de Montjuic). *Entre hienas* llegó a las manos de Analía Kalinec en Argentina, que escribió por Messenger a Loreto el 9 de octubre de 2021. Y, a partir de Loreto Urraca, se ha ido generando un pequeño grupo de Historias Desobedientes a este lado del charco.

La implicación en crímenes de lesa humanidad de policías y militares franquistas ha comenzado a ser narrada fuera de sus casas también desde la voz de sus descendientes, que se unen de esta manera a las voces de las personas represaliadas y de las víctimas para añadir otro altavoz a la memoria. Reflexionando sobre los familiares que van siendo denunciados públicamente por sus descendientes, se echa de menos la presencia de jueces, de aquellos que estuvieron firmemente implicados en la represión brutal de la posguerra a través de los procesos sumarísimos militares que dictaban condena a muerte tras condena a muerte o sentenciaban a muchísimos años de cárcel. También de quienes, formando parte de tribunales especiales, como el de la Represión de la Masonería y el Comunismo o, posteriormente el TOP, fueron parte fundamental de la justicia de la dictadura. Debemos ser conscientes de que estamos dejando fuera a esta pata tan importante en las dictaduras: la injusta justicia que juzga y condena por delitos que son derechos en democracia. Quizás desde Historias Desobedientes en España se inicie pronto este camino, esta memoria, esta reflexión, la del papel que jugaron los jueces.

Para terminar, hay que recordar que uno de los objetivos importantes que une toda esta verdad hecha pública es que estas violaciones de los derechos humanos no se vuelvan a repetir. También que dejen de repetirse en los múltiples lugares del mundo en que se violan los derechos humanos cada día. Y, pensando en la Unión Europea, con unas elecciones en puertas, no estaría de más que esta memoria, este saber, sirviera también como reflexión preelectoral para las próximas elecciones al Parlamento Europeo del 9 de junio. La FIR (Federación Internacional de Resistentes) nos ha lanzado un llamamiento urgente: «¡No votes a la extrema derecha! Acude a las urnas: ¡vota antifascista!». Una extrema derecha, acompañada también en España por el PP, que niega la memoria, que deroga o quiere derogar sus leyes, que le pone trabas. Como ya demostró Rajoy cuando decidió dejar la Ley de Memoria Histórica de Zapatero con presupuesto cero, la derecha española está en contra de la memoria democrática y, siguiendo sus pasos, las comunidades autónomas donde tiene mayoría parlamentaria y gobierna, siguen el camino que pretende el borrado de los crímenes de lesa humanidad de nuestro pasado reciente.

Pero las asociaciones memorialistas —como las que se reunieron en Valencia recientemente, el sábado 25 de mayo, en el VI Encuentro Estatal de Colectivos de Memoria Histórica y de Víctimas del Franquismo— en su documento final («Carta de Valencia») nos vuelven a hablar de las medidas imprescindibles que nos faltan, del necesario cumplimiento de la Ley de Memoria Democrática y sus modificaciones, del derecho a la verdad y el acceso a la información pública, etc. Desde Historias Desobedientes intentaremos poner también un grano de arena que, con muchos más, forme una enorme playa llena de verdad y justicia.

**Albert Recio Andreu**

## Entre dos elecciones

Vivimos en un continuo ciclo electoral. Cada vez más parecido a las ligas deportivas que se repiten anualmente, y en las que lo único que importa es el resultado de cada equipo. Lo expresaba bien el escritor Javier Pérez Andújar: «Tantos discursos de televisión nos han hecho creer que la democracia consiste en elegir una canción que nos suene bien, y no en mostrar confianza en un proyecto político; en designar un ganador y no en encargarle a un político una responsabilidad de alto grado» ([«Salir del fango dando botes \(y votando\)»](#)). Los análisis electorales suelen dedicarse sólo a los resultados, a los trasvases de votos y mucho menos a analizar las corrientes de fondo, las razones del cambio. Es más difícil, pero más necesario, especialmente para cualquier fuerza que quiera transformar el mundo, evitar la deriva reaccionaria que nos conduce a una verdadera catástrofe social.

### Catalunya

Las elecciones catalanas eran importantes, en primer lugar, por la propia Catalunya, pero también porque es innegable el peso de la «cuestión catalana» en la política nacional. El resultado convencional de las elecciones es simple: ha ganado el PSC, se hunde el bloque independentista y se afianza la derecha españolista. Se habla del fin del *procés*. El *procés*, de hecho, ya estaba muerto desde 2017, cuando fue patente que, más allá de la retórica y de llevar a cabo un simulacro de referéndum, no había nada más. Que sus líderes sabían que no iban a ir muy lejos era evidente desde el momento que ni siquiera se atrevieron a arriar la bandera de España el día que decretaron la independencia. Ni, por supuesto, hubo ninguna resistencia en la Administración catalana, copada por militantes *procesistas*, cuando se aplicó el artículo 155 de la constitución. De no haber sido por la brutal intervención de la derecha judicial (alimentado por el Partido Popular y jaleado por la derecha mediática), que convirtió una protesta masiva en un intento de golpe de Estado, de aplicar torticeros procesos y aplicar penas insólitas, el *procés* habría declinado mucho antes. Porque de no mediar esta persecución judicial, se hubiera evidenciado la falta de estrategia y la poca voluntad de los líderes de llevar a cabo lo que habían prometido a sus bases.

Esta es, sin embargo, una primera lectura simplista, que no se agota en sí misma. Pese a su desgaste, la caída del bloque independentista ha sido de poco más de 5000 votos si se suman los obtenidos por Junts per Catalunya, ERC, CUP, Aliança per Catalunya (AxC) y Alhora (escisión de Junts per Catalunya). No parece que el resultado final sea el producto de un trasvase de votos de este bloque hacia los partidos no independentistas. Más bien, todo apunta a que no se ha activado todo el electorado potencial y que, con la aparición de nuevas fuerzas, especialmente AxC, se ha debilitado la capacidad de traducir votos por escaños en favor de Junts per Catalunya. Hay, sin embargo, un claro movimiento en el interior del bloque, con una clara caída de la izquierda (ERC y CUP), la recuperación de la antigua *Convergència*, y la emanación del «Vox catalán».

El PSC gana nítidamente con un 28% de los votos, y se acerca a la que fue su cota máxima, en época del *tripartit*, del 31%. Ha resurgido de las cenizas gracias a tener una marca consolidada,

un aparato engrasado, y contar con bastante apoyo de parte de las élites económicas. Su electorado tradicional se evaporó cuando la crisis activó una respuesta más radical, y el *procés* generó una huida hacia Ciudadanos. Pero cuando ha llegado el reflujó, ha recuperado a buena parte del electorado perdido, sobre todo entre las capas medias urbanas. La derecha españolista (PP, Vox, Ciudadanos) alcanza un 19,7%, mejora respecto a 2021 (donde sumó un 17%) y, también aquí, se produce una reestructuración con la agonía final de Ciudadanos que beneficia al PP. Es obvio que el aumento de participación electoral (no excesivo si se tiene en cuenta que las anteriores elecciones fueron en plena pandemia) se ha decantado por PSC y la derecha. Una vez más, la activación de cada bloque resulta esencial, y en este caso el desencanto del independentismo, sus propias luchas internas, les ha favorecido. Que el *procés* como tal ha acabado es obvio. Pero esto no permite pensar que el tema catalán ha sido completamente absorbido. Mantiene toda una base social que puede reactivarse, de formas diversas, cuando cambien las circunstancias. Y, por desgracia, la derecha española es un fabricante de procesos que activan al independentismo. Lo crucial será ver qué formas puede adoptar una nueva activación, una vez se ha mostrado la inanidad de la independencia sin coste que prometieron los Mas y los Junqueras.

Los Comuns han salvado los muebles, pero sus resultados indican problemas. Ha perdido 13.550 votos, un 7,5% del total. Muestra que tiene un suelo relativamente estable capaz de mantenerse incluso en una mala coyuntura. Y esta lo era por diversas razones: un proceso electoral que al final se planteó como un duelo Illa-Puigdemont, con un efecto polarizador hacia las formaciones pequeñas, todo el coste del proceso de Sumar, la ruptura con Podemos y las peleas en el nuevo proyecto, el hecho de que los propios Comuns hayan perdido el tiempo proponiendo pactos (especialmente en la ciudad de Barcelona) y no hayan definido bien una línea política en el nuevo contexto, errores propios de campaña (a toro pasado resulta obvio que lo del Hard Rock no era un tema con enganche)... Más preocupante que todo esto (muchas cuestiones son rectificables) está el hecho de la limitada influencia territorial: los Comuns concentran su voto en el área metropolitana de Barcelona, y están prácticamente desaparecidos en el resto del territorio. Es un problema organizativo y de proyecto. Muchas de las propuestas serias de los Comuns resultan chocantes a mucha gente: el mundo rural ve con recelo, como una cosa urbana, las políticas ecológicas; en sectores de la clase obrera (donde un porcentaje creciente de población proviene del exterior), florece un racismo de baja intensidad; o, simplemente, la derrota política de las luchas obreras del pasado ha generado una clase obrera desmoralizada, sin un proyecto utópico al que agarrarse. Catalunya es, además, un país complicado, pues toda la política está sujeta a un doble clivaje: el de izquierda-derecha y el nacional. Por eso, somos un territorio especial donde tienen presencia parlamentaria dos fuerzas que se llaman de izquierda alternativa (Comuns y la CUP) y dos fuerzas de extrema derecha (Vox y Aliança Catalana). Y con esta situación es complicado construir un proyecto que arraigue bien en todo el territorio. Y tampoco vale sentarse en la nostalgia de un PSUC que en 1980 obtuvo un 18,7% de los votos. Ni siquiera en que En Comú Podem fue primera fuerza en las elecciones generales de 2015 y segunda fuerza en 2023. Porque en Catalunya cada elección es diferente y porque el contexto actual es distinto.

## **Y Europa**

Las elecciones europeas siempre tienen bajos niveles de participación. Por eso, la activación del electorado es básica. Y, ahí, la derecha siempre cuenta con mejores bazas: un electorado de

orden, más obediente; unos sectores de rentas elevadas que tienen una mejor visión de lo que significa Europa; una historia de políticas europeas donde demasiadas veces los intereses y delirios de las élites económicas se imponen... La derecha aspira a tener una mayor movilización que, en el mejor de los casos, quedaría como una simbólica victoria sobre el pérfido gobierno de coalición (para seguir alimentado la presión) y, en el peor, puede convertirse en el acceso al poder europeo de la extrema derecha, coaligada con una derecha tradicional cada vez más escorada hacia políticas reaccionarias. Sólo una reacción social como la del pasado julio puede permitir revertir la situación. Eso puede que funcione en España, donde la propia derecha mantiene un clima de acoso que ayuda a polarizar el ambiente. Pero, vista la trayectoria electoral reciente, no parece que en el resto de Europa este efecto «rebote» vaya a producirse, y todo apunta a que el próximo Parlamento europeo y la nueva Comisión estarán mucho más escoradas a la derecha. Peligran los derechos sociales, las libertades, las políticas ambientales. Aumentará la militarización y podemos volver a una nueva fase de recortes. Nunca hay nada definitivo, pero la barbarie avanza y no viene precisamente de fuera.

Para la izquierda nacional, las cosas pintan mal. El enfrentamiento entre Sumar y Podemos va a dividir un voto menguante, y parece que el único objetivo va a ser sobrevivir y quedar mejor que el rival. Las grandes expectativas que se abrieron hace algunos años han quedado sepultadas por el intensivo esfuerzo de algunos líderes en desanimar a la tropa. No todo el mundo tiene la misma responsabilidad, pero, a estas alturas, ya no tiene mucho sentido evaluar el comportamiento de cada cual. Lo urgente debería ser ver cómo se recomponen las cosas y se construye algo verdaderamente integrador. Aunque sería un error pensar que un mero reagrupamiento conduciría mecánicamente a una nueva fase de éxitos. Hay muchos elementos del contexto y la estructura actual que conspiran contra la izquierda. El ciclo que arrancó tras el 15-M, y que culminó en los éxitos electorales de 2015, constituyó una coyuntura muy particular que sobrestimó las posibilidades reales de transformación. Y quizás ayudó a generar unas esperanzas que al demostrarse imposibles generaron frustración. También aquí se ha producido un desencanto de algo que nunca fue.

## **La oleada derechista**

La oleada que ahora puede transformar la política europea ha tenido una larga gestación. Hace años el Front National francés parecía una excepción. Hace más tiempo, el primer candidato ultra a las elecciones estadounidenses, Barry Goldwater, fue barrido electoralmente por el demócrata Lyndon B. Johnson. Ahora los ultras ya dominan algunos estados europeos, y en casi todas partes están en condiciones de marcar la agenda política. Y no se trata de un simple proceso de polarización social, sino que en casi todas partes la izquierda (incluida gran parte del centro socialdemócrata) está en declive, excepto en ciertos momentos puntuales.

La forma más convencional con la que la izquierda aborda la cuestión es atribuyendo la derechización a los efectos de las políticas neoliberales, a la crisis del empleo, la precarización. Esto puede ser parte de la cuestión, pero no lo explica todo. En términos de condiciones laborales, el desempleo y la precariedad afectan más a la población inmigrante que al resto. Y las mejoras en el empleo de los últimos años tampoco han servido para que cambien las cosas. Y nunca hemos sido capaces de generar grandes movilizaciones en propuestas que nos parecen razonables (las grandes movilizaciones han sido sobre todo defensivas, frente a recortes brutales de derechos). A veces, la izquierda sigue demasiado varada en una nostalgia de los buenos

tiempos, de grandes fábricas (fundamentalmente masculinas) que en países como el nuestro siempre fueron minoritarias. Reconstruir un proyecto a largo plazo exige en primer lugar entender las profundas transformaciones sociales de un largo período, con una población asalariada mucho más diversificada socialmente que antes (algo inevitable como producto de los propios cambios del capitalismo, de la extensión de la educación y el estado de bienestar, con la incorporación masiva de mujeres y personas extranjeras al empleo). Con una transformación profunda de las formas de socialización que impactan en los comportamientos individuales. Con la presencia de múltiples y sofisticadas formas de manipulación social que influyen poderosamente en las conciencias. Y, también, por la pérdida de un horizonte de transformación social que ayude a reconstruir un sentido de colectividad y de alternativa. En este sentido, el hundimiento del viejo (e inaceptable por muchas razones) modelo soviético, en lugar de provocar una revisión a fondo de los proyectos de cambio para detectar fallos, provocó una desbandada que se tradujo en la formulación de muchas propuestas concretas, más o menos fértiles, pero desconectadas de un proyecto común. La crisis ecológica en ciernes impide pensar en una vuelta al pasado industrialista. Exige la reformulación de un proceso alternativo que permita servir de referencia a unas transformaciones que, si se producen en los cauces actuales, pueden acabar en nuevos modelos de desigualdad y explotación.

Pero tenemos que ser conscientes de que este necesario proceso de reflexión, propuesta, y organización, deberá realizarse en el contexto represivo de la hegemonía derechista. Se nos cae el mundo encima y tenemos que empezar por sentar formas organizativas que ayuden a la vez a la resistencia y a la innovación. Cuanto antes tomemos conciencia de que este es el reto, y cuanto menos tiempo dediquemos a las rencillas por el pequeño poder, antes empezaremos a encontrar respuestas.

**Pilar Iglesias Aparicio**

## Contra el olvido

Hay olvidos que resultan inexcusables, incluso sospechosos. Y muchos de esos olvidos tienen que ver con la violación de derechos de las mujeres y con la falta de reparación por los abusos cometidos.

Así sucede con el Patronato de Protección a la Mujer, que ni siquiera ha sido incluido en el artículo 3 de la Ley 20/2022, de 19 de octubre, de Memoria Democrática como situación para acreditar la condición de víctima del franquismo. La institución con mayor poder para controlar y castigar a las mujeres por «razones de moral sexual» durante más de cuarenta años, ha permanecido bajo un velo de silencio y olvido durante décadas.

Contra ese olvido han venido trabajando, en la última década, algunas investigadoras y la asociación de supervivientes Desterradas Hijas de Eva. A terminar con ese olvido contribuyen las acciones promovidas por el Grupo de Apoyo a las Represaliadas por el Patronato de Protección a la Mujer, creado en abril del año pasado, compuesto por profesionales de diferentes ámbitos, militantes feministas y supervivientes; los numerosos artículos y reportajes publicados recientemente y productos audiovisuales como el corto documental *Els buits* («Los vacíos»), que ha obtenido el pasado mes de marzo la Biznaga de Plata del Festival de Cine de Málaga.

El Patronato de Protección a la Mujer, dependiente del Ministerio de Justicia, se organizó mediante decreto de 6 de noviembre, publicado en el *Boletín Oficial del Estado* de 20 de noviembre de 1941, junto con otro relativo a la creación de prisiones especiales para regeneración y reforma de mujeres extraviadas, o «mujeres caídas», eufemismo para referirse a las mujeres en situación de prostitución. Resulta escandaloso saber que estuvo en funcionamiento, oficialmente, hasta el 1 de agosto de 1985, aunque sus funciones fueron traspasadas a las diferentes comunidades autónomas entre 1983 y 1986.

Era su finalidad «la dignificación moral de la mujer, especialmente de las jóvenes, para impedir su explotación, apartarlas del vicio y educarlas con arreglo a las enseñanzas de la Religión Católica» (art. 4), a cuyo efecto el artículo 5 le confería amplias facultades. Su poder aumentó con el desarrollo legislativo posterior, sobre todo con la Ley de 20 de diciembre de 1952. Sirva de ejemplo que el punto 2 de su artículo 3, «insta al Patronato a la investigación y castigo de hechos delictivos relacionados con la producción, importación y circulación de publicaciones pornográficas, o que tiendan a divulgar las prácticas abortivas o contracepcionistas y, en general, cuantos afecten a la moral católica».

Estaba dirigido por una Junta General, cincuenta juntas provinciales, presididas por el correspondiente gobernador civil, y juntas locales, presididas por el alcalde, en aquellas ciudades, no capitales de provincia, en que el Patronato lo estimara conveniente. Formaban parte de las juntas representantes del gobierno franquista, la Sección Femenina, el Ejército, y la Iglesia católica, además de tener asignado al menos un miembro del Cuerpo Nacional de Policía.

Contó con un amplísimo número de centros en todo el territorio español, regentados por diferentes órdenes religiosas femeninas: Adoratrices, Oblatas, María Inua Coeli, Trinitarias,



Cruzadas Evangélicas, Auxiliares del Buen Pastor, Terciarias Capuchinas y un largo etcétera. Todas ellas siguen dirigiendo centros de educación concertados y algunas regentando centros de atención a mujeres en situación de vulnerabilidad, sin que hayan realizado ninguna compensación ni pública petición de perdón por la violencia y violación de derechos humanos ejercidas en la política de «educación correccional» aplicada. Por el contrario, algunas han recibido reconocimientos públicos, como en el caso de las Adoratrices, Premio Derechos Humanos 2015, concedido por la Defensoría del Pueblo y la Universidad de Alcalá de Henares; o el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia concedido en 2005 a las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl.

Otra figura clave para el funcionamiento del Patronato fueron las Celadoras, posteriormente denominadas Visitadoras Sociales, encargadas de visitar a las jóvenes «necesitadas de protección»; acompañarlas en los traslados a consultas médicas o entre centros, y continuar vigilándolas tras la salida de su encierro, en los llamados periodos de Vigilancia Tutelada que podían extenderse hasta la mayoría de edad de la joven o hasta su matrimonio, fuese o no menor de edad.

Miles de jóvenes, de entre 16 y 23 años, edad que podía extenderse hasta los 25, fueron detenidas, privadas de libertad, aisladas, incomunicadas, humilladas, castigadas, sometidas al cumplimiento de prácticas religiosas, obligadas a realizar labores de limpieza, lavandería, cocina, etc., siendo además explotadas laboralmente, mediante la realización de trabajos para diferentes empresas, incluidos El Corte Inglés y Correos, sin ningún tipo de juicio ni sentencia, por actos y situaciones relacionadas con la moral sexual que no constituían delito para los hombres. Es más, en muchos casos, por haber sido víctimas de violencia sexual por parte de varones de su propia familia, sacerdotes o empleadores, o por haber sido abandonadas por sus novios tras tener relaciones sexuales o haber mantenido relaciones con hombres casados, sin que en la mayoría de los casos los varones sufriesen consecuencia alguna. Aunque teóricamente el Patronato había nacido para prevenir la prostitución de las jóvenes, la realidad es que la inmensa mayoría de las muchachas que sufrieron su represión no tenían vinculación alguna con la prostitución.

Las jóvenes embarazadas eran separadas del resto y enviadas a centros específicos tales como la Maternidad de Nuestra Señora de la Almudena de Peña Grande (Madrid), en funcionamiento entre 1955-1984. Recibían un tratamiento cargado de humillaciones, culpabilización y violencia, y eran sometidas desde su ingreso a chantaje emocional para que entregasen a sus criaturas en adopción, cuando no se procedía directamente al secuestro del bebé diciéndoles que había muerto al nacer.

Las muchachas consideradas lesbianas o que mostraban mayor rebeldía eran enviadas directamente a centros psiquiátricos, como el de Ciempozuelos en Madrid. A muchas jóvenes, que han quedado aún más en el olvido, el Patronato les costó la vida: no las mataron, su única vía de escape fue el suicidio.

Si bien la Iglesia católica y la Sección Femenina ejercían la labor de adoctrinamiento de las mujeres, fue el Patronato el organismo que ostentó amplísimo poder controlador y punitivo en todo lo relacionado con la sexualidad de las mujeres, desde una perspectiva patriarcal, fascista y rígidamente católica.

Tiempo es ya de que se ponga en marcha el debido proceso de verdad, justicia, reparación y

garantía de no repetición a que tienen derecho las mujeres afectadas por la violación de derechos humanos realizada por el Patronato de Protección a la Mujer, así como sus hijas e hijos, que pudieran haber sido afectados. Algo que sí ha sucedido en otros países donde existieron instituciones similares, como es el caso de Irlanda, respecto a las Lavanderías de la Magdalena y las Casas de Madres y Bebés. La acción de la sociedad civil logró que el estado tuviera que poner en marcha comisiones de investigación y posteriores esquemas de reparación. Grupos muy activos de supervivientes, periodistas, cineastas, personas investigadoras, etc. continúan trabajando para desvelar los fallos de dichos esquemas de reparación y procurar que se aplique una auténtica justicia reparatoria. Tampoco debemos cejar en este empeño en el caso del Patronato de Protección a la Mujer de España.

[Pilar Iglesias Aparicio es autora de *Políticas de represión y punición de las mujeres: Las Lavanderías de la Magdalena de Irlanda y el Patronato de Protección a la Mujer de España*, editorial Círculo Rojo]

**Antonio Antón**

## **Encrucijada para las izquierdas**

El Partido Socialista y el conjunto de las fuerzas progresistas y plurinacionales están en una encrucijada para afrontar la persistente deslegitimación social de las derechas y diversos poderes fácticos, a través de medios ilegítimos: la guerra jurídica, o *lawfare*, y la instrumentalización mediática de la mentira y la descalificación pública. El presidente Pedro Sánchez lo ha expuesto claramente, con la ayuda de una fuerte dramatización sobre la posibilidad de su dimisión y la generación de un vértigo político-emocional por la incertidumbre del vacío gubernamental y la inseguridad de la respuesta institucional progresista.

Se ha puesto en primer plano un problema grave de la democracia española: la extraordinaria capacidad de determinados poderes ocultos para condicionar, con mecanismos no democráticos, la gobernabilidad y, por tanto, la soberanía popular y la democracia. De pronto, ha adquirido una relevancia masiva la degradación de este sistema democrático y la influencia de operadores iliberales para forzar el cambio de representantes elegidos democráticamente y frenar los avances sociales y de progreso. Tiene un sentido político claro: debilitar el bloque democrático y plurinacional, junto con el gobierno de coalición progresista, y reforzar los sectores derechistas, que tratan de cerrar el ciclo de progreso y abrir una dinámica regresiva y autoritaria.

Esta estrategia *trumpista* de las derechas tiene sus precedentes ante el fracaso electoral del Partido Popular en el año 2004, por su implicación en la guerra de Irak y, precisamente, frente a un fuerte movimiento pacifista y democrático, que permitió la victoria del socialista Rodríguez Zapatero con un plan regeneracionista y democratizador en su primera legislatura.

Pero ha sido con el comienzo de esta etapa social e institucional de progreso cuando se refuerza esa estrategia reaccionaria, sus objetivos y los instrumentos legales e ilegales para imponerla. Primero, frente al ciclo (2010/2024) de la protesta cívica por la justicia social y mayor democracia. Después contra la emergencia de un amplio espacio electoral e institucional a la izquierda del Partido Socialista, representado por Unidas Podemos y sus convergencias, que exigía un cambio de progreso. En aquel contexto de 2014/2015/2016, se abrió la expectativa de convertir en poder gubernamental y políticas públicas la representatividad progresista mayoritaria para abordar esos dos grandes ejes de democratización y reforma social de progreso, y es cuando los grandes poderes del Estado consolidan esa estrategia antipluralista para combatirla.

El objetivo principal, junto con la neutralización del independentismo, era la deslegitimación de la dirigencia de Podemos, para debilitar su capacidad articuladora y de influencia transformadora para condicionar un gobierno de coalición progresista, que operase ese plan de progreso con reformas sociales igualitarias —sociolaborales, distributivas, protectoras, feministas— y democráticas —incluida la territorial—.

El Partido Socialista, tras cuatro años de forcejeos políticos y electorales, terminó por aceptar un programa reformador básico y compartido, aunque con mayor primacía respecto de su socio gubernamental, que iba sufriendo un gradual desgaste representativo, precisamente por ese proceso persistente de deslegitimación pública, junto con la insolidaridad entre las fuerzas progresistas.

Contra el pronóstico de las derechas, y a pesar del debilitamiento de Unidas Podemos —y el Partido Socialista— el 28-M y el limitado resultado de la coalición de Sumar el 23-J, se ha podido reeditar otro Gobierno de coalición progresista, aunque con un menor peso de las fuerzas de izquierda. Al mismo tiempo, Junts per Catalunya tiene un papel más determinante, que culmina en la aprobación de la investidura de Sánchez con el reajuste —hacer de la necesidad virtud— de un programa democrático mínimo: ampliar la regulación de la plurinacionalidad, con el paso imprescindible de la amnistía a los afectados por el *procés* catalán.

Las derechas destapan la caja de los truenos: *se destruye España, Gobierno ilegítimo, el Estado de derecho se hunde...* Pero la realidad democrática se sigue imponiendo: permanecen en la oposición parlamentaria y no pueden gobernar ni forzar su programa involucionista... aunque sí utilizar todos los resortes para deslegitimar e intentar acabar con el gobierno legal y legítimo y su orientación reformadora. El fin justifica los medios; es la degradación ética de las derechas.

### **La catarsis socialista**

La particularidad ahora es que, una vez debilitado Podemos y neutralizado el posible ascenso de Sumar, el obstáculo principal para las derechas y las cloacas del Estado es el propio Partido Socialista. Así, aunque de forma preventiva, hace ya una década que preparan los chantajes familiares necesarios al presidente Pedro Sánchez para forzarle a una mayor moderación política, con la aceptación de la hegemonía del Partido Popular, y ahora los redoblan; se incrementa la crispación y operan con toda la máquina del fango.

No obstante, fracasa toda la operación derechista para obligarle a dimitir y abrir el camino para el acceso gubernamental conservador e imprimir su giro regresivo, centralizador y de colonización institucional, particularmente con la instrumentalización de los dos poderes más operativos hoy: el judicial y el mediático.

La catarsis promovida por el presidente del Ejecutivo ha tenido un efecto positivo: ha manifestado la profundidad y gravedad del déficit democrático de nuestro sistema político, que atenta al corazón mismo de la gobernanza y la ética pública. Existen una clase política de derechas y unos grupos de poder fáctico que desprecian los valores y los procedimientos básicos de la democracia, y utilizan el ventajismo político ilegítimo como medio de deslegitimación del adversario —enemigo— y garantía de su acceso al poder y su control.

La actitud reaccionaria derechista, ante un limitado proceso reformador, social y democrático, les caracteriza por su escasa cultura democrática y su apego férreo a los mayores privilegios de poder. Necesitan una nueva transición regeneradora que les obligue a admitir una alternancia progresista y adecuarse al dictado de la ciudadanía; pero parece que ese reciclaje democrático va a ser voluntario, sino forzado por la voluntad popular de mantenerlos en la oposición parlamentaria. Solo los frena la firmeza cívica de la mayoría social, expresada libremente.

Además, ese bloque de derechas extremas tiene el lastre del desprestigio institucional, con efectos duraderos, que les impide tener suficiente credibilidad democrática y hacerse acreedor de gobernar una sociedad abierta en un marco europeo que, aunque con fuertes tendencias autoritarias, todavía reniega del autoritarismo neofranquista español, de carácter abiertamente regresivo y antipluralista.

Ese diagnóstico básico sobre la necesaria regeneración democrática se ha generalizado entre las fuerzas progresistas, y parece que es masivo entre su electorado. Pero no ha permeado la consistencia iliberal de las derechas que, plenas de cinismo, reinciden en su deslegitimación gubernamental a toda costa. No hay tregua sino crispación acelerada, derivada de su impotencia institucional para derribar al Gobierno de coalición e impedir la senda democrática de avance de derechos.

### **El avance social y democrático**

Lejos de la legítima pugna político-ideológica entre el agrupamiento democrático-plurinacional y el conservador-reaccionario, este último bloque, cuando no le son suficientes los procedimientos democráticos y consensuales para acceder y controlar el poder institucional, utiliza todos los resortes del poder fáctico a su alcance —económico, institucional, judicial, mediático...— para dirimir con ventaja su apropiación de la gestión estatal. Se dirigen hacia el acoso jurídico y mediático, con las cloacas correspondientes.

O sea, consideran que el poder institucional les pertenece, y cuando su control no es refrendado por la democracia representativa, empiezan a dejar de ser demócratas, a relativizar el mismo proceso electivo y decisorio. Lo sustituyen por la deslegitimación pública continuada desde sus dominantes aparatos mediáticos y el acoso con todos los instrumentos fácticos a su alcance, que han acumulado desde hace décadas. El riesgo del golpe blando es evidente, sobre todo cuando el grueso de los poderosos ven en riesgo sus privilegios.

El dilema estratégico para las fuerzas progresistas es contemporalizar con los poderes del Estado —aparatos de seguridad, jurídicos y burocráticos— o confrontar en democracia eliminando los ventajismos de poder. Para ello es necesaria la regulación pública de los grandes poderes privados —económicos y mediáticos— o sea, garantizar su imparcialidad respecto de la deliberación y la decisión democrática de la ciudadanía y sus órganos representativos.

En un marco democrático liberal es legítima la expresión y la defensa, incluida la movilización cívica, de los distintos intereses y demandas de la sociedad civil, a menudo opuestos e incompatibles. La democracia, con sus grandes valores de libertad, igualdad y solidaridad, sirve para encauzar esa diversidad y conflictividad con mecanismos decisorios transparentes y participativos que operan para priorizar colectivamente la gestión pública. La democratización,

junto con el avance social, es la vía para garantizar el progreso y vencer a las derechas y su dinámica autoritaria y regresiva.

### **El dilema de Sánchez**

El presidente Pedro Sánchez, tras su reflexión sobre la existencia de *lawfare* hacia su entorno familiar, con la conciencia de la degradación democrática y su confirmación de seguir liderando el país, se enfrenta a un importante dilema: qué hacer para evitar el acoso judicial, mediático y político del amenazante bloque conservador y garantizar su plan reformador progresista con su hegemonía institucional.

Lo más inmediato conseguido con su gesto ha sido priorizar un foco, la regeneración democrática, ante el relativo bloqueo de la reforma social, clave para el programa de la coalición, y la forzada amnistía, imprescindible para la investidura y la primera andadura de la legislatura. Ambos temas están forzados por sus dobles socios parlamentarios con sus respectivas bases sociales, y condicionado por profundos problemas estructurales que deben afrontarse: la relevante desigualdad y precariedad social con el débil Estado de bienestar, y la democratización del Estado con la articulación de la plurinacionalidad.

Por un lado, está Sumar (y Podemos) con la persistencia de un espacio sociopolítico y electoral, todavía relevante y necesario para asegurar la gobernabilidad y la legitimidad progresista, en la medida que se garantizan los avances de las condiciones vitales de las mayorías ciudadanas. Y por mucho que haya una estrategia socialista para seguir absorbiendo parte de ese electorado y debilitar su representación política para disminuir su capacidad de condicionamiento de su débil estrategia reformadora, no puede bloquear esa agenda social, incluida la feminista y la medioambiental, sin una pérdida de legitimidad pública.

Por otro lado, se encuentra la necesaria regulación de la crisis territorial y el modelo de Estado, con el empuje nacionalista —catalán, vasco y gallego...— y con importantes déficits fiscales y de servicios públicos del conjunto de Comunidades Autónomas —con la principal carencia en la sanidad pública, la educación y la vivienda—; y todo ello a la espera de la articulación de la Generalitat catalana y los propios intereses de Junts per Catalunya respecto de la gobernabilidad española.

Existe una gran fragilidad del llamado bloque democrático y plurinacional, compensada por el temor a una opción peor derivada de la apuesta derechista. Con esta operación de dramatización de la conciencia del poderío antidemocrático de las derechas y la amenaza de vacío de poder, el presidente del Ejecutivo ha conseguido relativizar las consecuencias del bloqueo y el desgaste en esas dos agendas básicas, la social-igualitaria y la plurinacional-territorial, para incorporar la agenda democratizadora como remedio para la estabilización de su primacía gobernante.

Pero, al igual que en los otros dos campos, con la lógica pragmática del *sanchismo* de hacer de la necesidad (reformas forzadas) virtud (permanencia en el poder), el plan para su abordaje sigue el mismo esquema de estos años: el mínimo esfuerzo transformador, que le enfrenta a distintos grupos de poder y privilegio, con la máxima ventaja de legitimación social y garantía de poder institucional.

## La inconsistencia estratégica socialista

Estamos en el máximo pragmatismo coyuntural de la dirigencia socialista, con grandes expectativas sobre diagnósticos certeros, pero sin demasiados planes estratégicos, firmeza de alianzas, valores éticos duraderos o procesos reformadores de país. La coherencia *sanchista* la aporta la gestión del poder institucional desde cierto progresismo, más o menos socioliberal, y un necesario acuerdo plural con su izquierda y el nacionalismo periférico. Eso sí, dentro de un alto grado de realismo y dependencia respecto de los grandes grupos de poder económico, europeos y mundiales con su correspondiente adaptabilidad, así como de los núcleos de poder institucional, específicamente, la judicatura, las fuerzas de seguridad, los aparatos mediáticos y la alta burocracia gestora.

Pero, ese realismo particular socialista, a veces se convierte en irrealismo respecto de las necesidades y demandas de las mayorías sociales y le generan errores estratégicos —y teóricos y éticos—, así como desafección de sus bases sociales. Es lo que ha ocurrido en muchos países con la socialdemocracia, y aquí en toda la década pasada, hasta que se ha renovado el *sanchismo*, con su giro hacia la izquierda y la democracia... que tanto odia las derechas.

O sea, la dirección del Partido Socialista tiene un carácter doble: su vinculación a una significativa representatividad cívica, que se resiente cuando gira hacia el centro, la degradación democrática o el neoliberalismo atlantista, y su conexión con (parte) el poder establecido, en distintas estructuras sociales, estatales e internacionales, como posibilismo y adecuación a los límites derivados de sus compromisos de estabilización institucional.

El plan regenerador de Sánchez parece que va a seguir el mismo criterio. Ha conseguido un afianzamiento de su legitimidad social, ganado mayor preponderancia pública respecto de su izquierda (y veremos en relación con los nacionalistas), y producido cierto desconcierto en las derechas. Pero el segundo paso, las reformas para implementar, todavía difuso, depende de su cálculo sobre la minoración del riesgo de conflicto real con esos grupos de poder y privilegios estructurales, aun con la sobreactuación confrontativa de las derechas políticas. Su propuesta inicial es delegar en la propia sociedad y el Parlamento la concreción del plan, es decir, reclamar apoyo a su liderazgo —mejorando sus resultados en las elecciones catalanas y europeas— para ejecutar el supuesto consenso social e institucional mayoritario, con el menor desgaste posible.

Pero deja sin aclarar el alcance regenerador y, por tanto, sin comprometerse, al menos a dos medidas imprescindibles como base inicial para combatir el *lawfare*: la renovación del Consejo del Poder Judicial junto con la democratización y operatividad de la justicia, y la regulación del control y el ejercicio difamatorio de los pseudomedios de comunicación de las derechas extremas, así como de su combinación con elementos de la judicatura y las cloacas policiales.

Sin definir una trayectoria democratizadora sustantiva, la incertidumbre cívica resultante es la inseguridad de que permanezcan activos esos grupos de poder y sigan cuestionando de forma ilegítima la estabilidad gubernamental, junto con la moderación de sus reformas sociales y democráticas.

Con esa estrategia de fondo continuista, todos los recursos de poder más relevantes de las derechas quedarían indemnes, con leves reformas del poder judicial y mediático, buscando

contemporización y complicidad con concesiones significativas... pero a costa de un deslizamiento hacia el centro y mayor énfasis en su primacía dirigente.

La consecuencia, como se va notando, sería el debilitamiento de Sumar/Podemos, de su credibilidad transformadora y la cohesión y amplitud de su base social, así como de la izquierda nacionalista, con el agrietamiento de la alianza conjunta de todos ellos. Y el continuismo socioeconómico del ala socialista buscaría los apoyos (y los vetos) de la derecha nacionalista de PNV y Junts per Catalunya, para neutralizar las exigencias por su izquierda o los movimientos sindicales y sociales. Todo ello no permite asegurar la victoria electoral progresista en las próximas elecciones generales, objetivo central de las derechas.

### **El refuerzo del bloque democrático y plurinacional**

Por tanto, ese pragmatismo socialista inmediatista, centrado en una leve regeneración democrática, no asegura un refuerzo consistente del bloque democrático y plurinacional. El tacticismo cortoplacista del *sanchismo* puede, esta vez, ser insuficiente para liderar los auténticos desafíos estratégicos de las fuerzas progresistas en España, en los tres ejes principales: la democratización, la reforma social y la regulación territorial.

La prioridad de su horizonte es mantener la alternancia hegemónica frente a las derechas, pero con autonomía frente a su izquierda y los nacionalismos y una orientación estratégica continuista. El equilibrio táctico de un nuevo bipartidismo corregido será difícil de sostener sin un proyecto claro de cambio de progreso y una estrategia coherente del frágil agrupamiento democrático y plurinacional. El avance de las derechas, con todo su armazón fáctico, será difícil de detener.

La firmeza democrática y transformadora del conjunto de fuerzas sociopolíticas progresistas, más allá del simple posibilismo de la aritmética parlamentaria y el acomodamiento a la pérdida de impulso reformador, es lo que puede permitir mejorar la dinámica política y los equilibrios legitimadores frente a la ofensiva derechista, y evitar cierta frustración respecto del cambio de progreso. Supone reforzar la apuesta por un desplazamiento hacia la izquierda de la base social más centrista o democrática votante hoy de las derechas y una reactivación de las bases sociales de izquierda —y centroizquierda— ante un panorama incierto. Se trata de la generación de una experiencia colectiva de avance de derechos y mejores condiciones vitales, con cambios culturales y relacionales igualitarios y solidarios.

Pero, esa estrategia reformadora, todavía no es consistente para la dirigencia socialista, cuya respuesta a la catarsis sobre el déficit democrático del sistema político es insuficiente. No obstante, sí existe una aspiración o una expectativa masiva por la democracia y la reforma social, en parte defensiva ante el temor involucionista. Su relato y su representación institucional está en disputa, y la consolidación de esa dinámica democratizadora y de avance social es decisiva para la izquierda alternativa, el ensanchamiento y la colaboración de su espacio político y el reequilibrio representativo respecto del Partido Socialista (y la izquierda nacionalista).

La alianza democrática necesitaría un pegamento más fuerte, con la lealtad sobre el proyecto conjunto de país y el apoyo solidario basado en acuerdos duraderos y a largo plazo, siempre respetando la pluralidad y el talante participativo y unitario. Se trata de consolidar y ampliar un campo sociopolítico progresista que dé soporte y garantía para la victoria electoral de ese bloque en las próximas elecciones generales (y locales y autonómicas), neutralizando la ofensiva



derechista y continuando la senda de progreso en la próxima década.

A tenor de los pocos estudios demoscópicos recientes —veremos los resultados de las elecciones catalanas y, sobre todo, de las europeas—, el Partido Socialista se ha reforzado electoralmente, en particular por su izquierda a costa de Sumar, que ha tenido que incrementar su diferenciación política más social y su perfil propio más crítico para resguardar su electorado... cosa habitual en la experiencia anterior de Unidas Podemos, calificada de 'ruidosa'.

Por otra parte, parece que Podemos resiste con un mínimo electorado que no absorbe Sumar y le permite sobrevivir y condicionar las políticas públicas y la articulación de Sumar (y al propio PSOE), que debe cuidar también su flanco izquierdo. El futuro, necesariamente, debería pasar, ante los grandes retos existentes, por una nueva reagrupación con bases objetivas y democráticas, la reafirmación transformadora y la renovación orgánica más unitaria y superando las desconfianzas, prepotencias y sectarismos; al menos como hipótesis a medio plazo —el siguiente ciclo electoral— frente al riesgo de la irrelevancia.

En todo caso, el refuerzo del bloque democrático y plurinacional y, particularmente, el propio Partido Socialista, necesitarían del acicate de una izquierda transformadora revitalizada y unitaria, con suficiente credibilidad, cuestión imperiosa para desempeñar un papel significativo. E, igualmente, de las izquierdas nacionalistas —en competencia también con sus derechas nacionalistas—, con el realismo del devenir estatal y europeo.

Todo ello en la medida que haya una reactivación cívica masiva que renueve, regenere y amplíe las propias izquierdas y la articulación popular como factor clave para el refuerzo de ese bloque popular progresista. En definitiva, democratización y avance social van de la mano y de su interacción y consistencia depende el futuro del país (de países).

**Marta Roman y Jaume Montés**

## **Entrevista a J. L. Gordillo: «Es necesaria una nueva generación de luchadores por la paz»**

José Luis Gordillo es miembro del consejo de redacción de la revista *mientras tanto*, investigador del Centro Delàs de Estudios por la Paz y profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Barcelona. En 1981 fundó, junto a otros activistas, el Comité Anti-OTAN de la Universidad Autónoma de Barcelona y, en 1983, se declaró objetor de conciencia al servicio militar. Desde entonces, ha sido miembro activo del movimiento pacifista catalán y ha publicado libros, capítulos de libro y artículos sobre objeción de conciencia, ecología y derecho, monarquía y ejército, la guerra contra el terrorismo o el pensamiento pacifista de Tolstói, entre otros asuntos.

\* \* \*

*MR y JM: El exvicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera, dice que nos encontramos en una «época liminar», es decir, en un momento social de completa excepcionalidad en el que los antiguos consensos han colapsado y no se avista un horizonte más o menos predictivo a largo plazo. Junto con la crisis ecológica y la crisis económica, en los últimos años se está produciendo una crisis geopolítica global: la guerra entre Rusia y Ucrania, el genocidio de Israel sobre Palestina y las tensiones crecientes en Oriente Medio, la llegada de fuerzas de extrema derecha a los gobiernos de diferentes países, la ampliación de una organización hasta ahora moribunda, la OTAN, a Finlandia y Suecia, etc. Más allá de sus especificidades, ¿hay motivos comunes que permitan explicar todos estos fenómenos internacionales?*

JLG: Estoy de acuerdo con la percepción de desconcierto de García Linera: estamos entrando en una nueva época en muchos aspectos y el futuro que se vislumbra es amenazador. En cambio, manifiesto mi desacuerdo con la afirmación de que no se divisa un horizonte predictivo: los debates sobre colapso y decrecimiento que se están llevando a cabo en los grupos ecologistas tienen que ver con problemas que ya se preveían hace 50 años. En este sentido, la novedad más relevante es que la humanidad ya está traspasando los límites de sostenibilidad del planeta. Las consecuencias concretas del cambio climático (largas sequías, deshielo de los polos, graves incendios forestales, fenómenos meteorológicos extremos, subidas del nivel del mar, cambios en su temperatura, alteración del clima global, etc.) ya forman parte de nuestra vida cotidiana. La reducción de la biodiversidad está yendo a un ritmo más acelerado del que se había previsto. El agotamiento progresivo del uranio y de los combustibles fósiles (petróleo, gas y carbón) ya es un hecho también palpable. No hay actividad económica sin consumo de energía y materiales. Eso no quiere decir que mañana mismo se acabará el petróleo o el gas y todo se paralizará, sino que, como muy bien explica Antonio Turiel, cada año habrá menos y esa escasez se deberá repartir de alguna manera. Este proceso de declive puede ser motivo de conflictos militares graves. Eso es lo más relevante y decisivo.

Sobre este magma de fondo, que lo condiciona todo, pero no determina mecánicamente nada, los EE. UU. y sus aliados, que son unos grandes consumidores de energía y materias primas, deben afrontar la pérdida de hegemonía a escala planetaria. Ya no pueden imponer su voluntad al mundo como lo han hecho en los últimos 30 años. Los dirigentes chinos, que promueven por

cierto un proyecto tan *crecientista* como el occidental, ya no les obedecen y económica y tecnológicamente les están pasando la mano por la cara. Los capitalistas mafiosos rusos, después de una época —la de Borís Yeltsin y la del primer Putin— en la que literalmente les lamían las botas a los dirigentes occidentales pensando que así podrían participar en igualdad de condiciones en los negocios de la globalización, se han cansado de ser humillados y se han rebelado. Desde 2008, con las intervenciones militares en Georgia, Siria y Ucrania han reaccionado mediante lo que podríamos llamar *los zarpazos de la bestia acorralada* (acorralada por el ataque de la OTAN a Yugoslavia de 1999, por la catastrófica expansión de la OTAN hacia las fronteras rusas, por la amenaza del escudo de misiles antimisiles instalado en Rumanía, Polonia o España, por la penetración norteamericana en su patio trasero de Asia central, por la ruptura de los tratados de limitación de armamentos, por la imposición de sanciones económicas, etc.). Se trata de un juego de ajedrez donde el tablero es el mundo entero. Todos los jugadores que participan en él son fríos y calculadores —lo que no quiere decir que siempre actúen «racionalmente»— y todos están dispuestos a hacer apuestas arriesgadas, a jugar al juego del «¡gallina!» con las armas nucleares y a sacrificar a quien haga falta para no retroceder posiciones o para hacerlas avanzar.

Al mismo tiempo, el Estado de Israel, que también dispone de armas nucleares, ha iniciado una escalada militar contra Irán para desviar la atención de la masacre de Gaza (y para poder presentarse como «víctima») que no sabemos cómo acabará. Estamos, sin lugar a dudas, en el momento más peligroso para la paz mundial desde 1945. La militarización ya es un hecho en muchos países occidentales y no occidentales. La militarización siempre comporta propaganda bélica omnipresente fundamentada en la lógica del amigo/enemigo, autoritarismo, represión a la disidencia interna y políticas policiales de mano dura. La extrema derecha es la fuerza política más funcional a la militarización. La extrema derecha del Norte global no ha hecho nada más que regar y hacer crecer las semillas ideológicas de islamofobia, racismo, supremacismo y autoritarismo que los gobiernos de EE. UU., la OTAN e Israel han plantado como mínimo desde 2001, desde la declaración de la fantasmagórica «guerra contra el terrorismo». Fuera de Occidente, dejando de lado Chile, Brasil, México y algún otro país de América Latina, fuerzas de extrema derecha o favorables a algún tipo de autoritarismo civil o militar (India, Egipto, Irán, Rusia, China) ya gobiernan desde hace bastante tiempo.

*MR y JM: En las últimas semanas, las autoridades de la Unión Europea han hecho sonar tambores de guerra: tanto Ursula von der Leyen como Josep Borrell han pedido repetidamente a los gobiernos de los estados miembros que aumenten el presupuesto en defensa, una política que también exige la OTAN. Al mismo tiempo, algunos países parecen proponer la recuperación del servicio militar obligatorio. ¿Qué consecuencias puede tener esta renovada militarización de la Unión Europea? ¿La autonomía estratégica europea sería positiva en algún sentido?*

JLG: La autonomía estratégica de Europa es una posibilidad que no está sobre la mesa porque EE. UU. con la guerra de Ucrania ha reafirmado su autoridad sobre la Unión Europea. La OTAN está más viva que nunca. Más serio es el rearme que se nos exige. Los dirigentes europeos han puesto en marcha una estrategia comunicativa que se puede resumir con la frase «regalar miedo para vender seguridad». Dicen que debemos rearmarnos porque ya estamos viviendo una situación de preguerra. También sugieren que la gente joven debe estar dispuesta a matar y a morir en una guerra para defender los «valores europeos», que con tanta «coherencia» están (no) defendiendo en Gaza. Si fuera cierto que estamos en una situación de preguerra, sería

porque ellos ya han decidido ir a la guerra, pues una guerra siempre es el resultado de la decisión política de, como mínimo, dos partes enfrentadas. Pero si ya hubieran decidido ir a la guerra, eso también querría decir que ya se han saltado todos los procedimientos de toma de decisiones de la democracia representativa y han hecho abstracción de la voluntad de todos nosotros. Sinceramente, creo que no se lo creen ni ellos.

La única consecuencia del rearme será el aumento de los beneficios de las empresas de armamento. No hay otra. En términos de seguridad, ninguna de estas medidas puede hacer posible una hipotética victoria en una hipotética guerra contra Rusia, que es la guerra para la que los dirigentes europeos nos dicen que debemos prepararnos. Rusia es ahora la primera potencia nuclear del mundo. Un choque militar frontal entre la OTAN y Rusia, como podría suceder si países como Francia o Polonia enviaran tropas a Ucrania, rápidamente escalaría hacia una guerra nuclear y eso conllevaría la mutua destrucción asegurada. Es decir, sería una guerra que no ganaría nadie y todos perderíamos. Contra Rusia no hay posibilidades militares intermedias, eso son ilusiones de belicistas ignorantes. Los que dicen que sí las hay están vendiendo humo y, por eso, son los utópicos (en realidad, los distópicos) más peligrosos de todos los posibles. Si se excluyen los medios diplomáticos, las negociaciones y los tratados de desarme y se piensa que el choque militar frontal con Rusia es inevitable, como están diciendo unos cuantos dirigentes europeos, en lo que tendrían que invertir dinero sería en una red europea de refugios antinucleares. Es lo más realista que se podría hacer para intentar garantizar la seguridad de los europeos. Putin ha dicho muy claramente que utilizará armas nucleares tácticas si sus tropas entran en combate con los ejércitos de la OTAN. Si el dirigente ruso es como la propaganda bélica occidental dice que es, entonces lo hará con toda seguridad. Y si no lo es, entonces se conseguiría más negociando con él que jugando al juego del «¡gallina!». Los políticos y militares de EE. UU., Francia y Gran Bretaña no dicen que lo harán (utilizar las armas nucleares), pero hace muchas décadas que se están preparando para hacerlo.

En realidad, como ya he dicho, estoy convencido de que no se creen lo que dicen, porque, si se lo creyeran, deberíamos encerrarlos a todos en un manicomio, pues querría decir que no han aprendido nada de la Guerra Fría del siglo XX. De esta experiencia, todo el mundo con un poco de sensatez sabe que en Europa y en el mundo la única seguridad posible es la seguridad común, global o compartida, y no aquella que se fundamenta en una supuesta e inalcanzable superioridad militar.

Lo que pasa es que, a las élites políticas europeas y a muchos medios de comunicación que repiten como loros sus mensajes, les ha dado un ataque de pánico al comprobar que la guerra de Ucrania, es decir, la guerra *por poderes* entre EE. UU./OTAN y Rusia en el territorio de Ucrania, no ha evolucionado como ellos querrían. De repente se han dado cuenta de que todo lo que los dirigentes estadounidenses les explicaban sobre la debilidad económica y militar de Rusia era mentira. Por lo tanto, Ucrania no tiene ninguna posibilidad de aplastar militarmente a la Federación Rusa, por mucho dinero y armas que se le envíen, lo que conllevará una nueva derrota para la OTAN tras las derrotas y los desastres provocados en Afganistán, Iraq o Libia. Para acabar de arreglarlo, las elecciones norteamericanas de noviembre próximo, en las que se debe elegir entre el bocazas golpista de Trump y *Genocida* Joe (Biden) que, además, no está precisamente en su mejor momento por razones de edad, lleva a un callejón sin salida desde su perspectiva militarista.

Como cuestión de fondo, creo que cada vez son más quienes en EE. UU. desearían cerrar ya el tema de la guerra de Ucrania, o que se ocuparan de ella en exclusiva los europeos, para poder concentrarse en el enfrentamiento con China. Todos los dirigentes norteamericanos están de acuerdo con la premisa de que, pase lo que pase en Ucrania, los EE. UU. no se pueden arriesgar a librar una guerra nuclear con Rusia. Por ello, los dirigentes europeos sólo pueden optar entre escalar solos hacia la guerra nuclear con Rusia o dar una puñalada por la espalda al gobierno de Kiev, aceptando el principio «paz por territorios», y sentarse a negociar con los dirigentes rusos sobre los parámetros de la seguridad europea. Y eso es lo que se debería hacer, porque la guerra *por poderes* entre la OTAN y Rusia en Ucrania es también una guerra en las fronteras de Rusia. Si se puede negociar con Netanyahu, es decir, con el carnicero de Gaza, también se puede negociar con Putin, que es responsable sin duda de un crimen de agresión y de crímenes de guerra, como lo han sido en el pasado muchos dirigentes occidentales (recordemos Yugoslavia, Iraq, Afganistán, Libia, Mali), pero no de genocidio o del crimen de lesa humanidad de exterminio como lo es Netanyahu con el apoyo de EE. UU. y la UE. Entre piratas seguro que se podrán entender y llegar a acuerdos que rebajen la tensión militar en Europa.

*MR y JM: ¿Qué mecanismos tiene la comunidad internacional y, en particular, la Unión Europea para detener el genocidio en Palestina?*

JLG: Hay muchos medios a los que se podría recurrir, empezando por una negociación apoyada en una presión de tipo económico, político y diplomático. Se puede amenazar a Israel con la suspensión del comercio de armas, es decir, la venta y sobre todo la compra de armamento, porque Israel es un gran exportador de armas y de tecnologías de la seguridad. Se le puede amenazar con sanciones económicas similares a las que se han impuesto a Rusia, Irán y a otros muchos países. Se le puede amenazar con la ruptura del Acuerdo Euromediterráneo de Cooperación Económica y Tecnológica de 1995, que en el artículo 2 dice que el acuerdo se fundamenta en el respeto a los derechos humanos, y en el artículo 79.2 se abre la posibilidad de la suspensión del acuerdo si alguna de las partes incumple, entre otros, estos compromisos. Todas las universidades de la UE podrían romper los convenios que tienen con las universidades israelíes. Los estados de la UE podrían echar a Israel de Eurovisión y de todas las competiciones deportivas europeas en las que participa sin ser un país europeo. Todos los estados de la UE (y del mundo) podrían romper relaciones diplomáticas con Israel o suspenderlas mientras no se detenga el genocidio. Todos los estados de la UE podrían apoyar la demanda por genocidio interpuesta ante el Tribunal Internacional de Justicia. Se le podrían bloquear los fondos que tiene depositados en bancos europeos. En definitiva, se le podrían aplicar —o amenazar con hacerlo— todas las medidas propuestas desde hace más de una década por la campaña BDS (Boicot, Sanciones y Desinversiones) contra Israel, tal y como se hizo contra la Sudáfrica del Apartheid con un éxito más que notable.

*MR y JM: Un asunto derivado del genocidio que está perpetrando Israel ha sido el creciente autoritarismo en el norte global hacia aquellas personas que han defendido una posición propalestina o, simplemente, han cuestionado la actuación del Estado sionista. Estamos pensando, por ejemplo, en la prohibición que se ha impuesto a Varoufakis de entrar en Alemania, en la denegación de una cátedra a Nancy Fraser en la Universidad de Colonia, en la censura que está padeciendo Judith Butler o en las restricciones de manifestaciones propalestinas en Francia y Reino Unido. ¿Cómo se explica esta renovada caza de brujas? ¿Existe el peligro de que este autoritarismo se acabe extendiendo a otras esferas de la vida social?*

JLG: Eso ya lo hacían desde hace tiempo porque hay muchos intereses geoestratégicos y económicos en juego: Israel es, desde su fundación, un estado colonial que les cuida la viña a los estados occidentales en la estratégica región de Oriente Próximo, que es una región donde están las reservas más importantes del llamado «petróleo fácil o convencional». Un asunto cada vez más importante por el problema mencionado del agotamiento progresivo del petróleo. Por otra parte, hay muchas inversiones de fondos israelíes en las empresas occidentales. Además, Israel se ha beneficiado de un discurso sobre el antisemitismo, la judeofobia y la manipulación del recuerdo del Holocausto que históricamente lo ha blindado ideológicamente. La incorporación de delitos de odio en los códigos penales europeos, un tipo de delito disparatado que puede llegar a paralizar literalmente los juzgados, tiene que ver en buena parte con el activismo incansable de los representantes diplomáticos del Estado de Israel, los cuales pretenden que lo que ellos dicen que es antisemitismo sea perseguido penalmente.

Todas las personas que hemos participado en el movimiento de solidaridad con Palestina hemos sido objeto, como mínimo, de insultos y marginación a escala global. Y en Alemania y Francia, particularmente, de represión policial y judicial desde hace más de una década. En nuestro país, todos los que participamos durante la Diada de Catalunya de 2009 en el boicot a la actuación de la cantante israelí Noa, que había justificado públicamente la primera invasión terrestre de Gaza llevada a cabo por el ejército hebreo en 2008, fuimos abroncados e insultados por buena parte del público asistente. Meses antes, tras una exitosa manifestación de solidaridad con Palestina, la periodista Pilar Rahola presentó el 14 de enero de 2009, tras anunciarlo desde TV3, una denuncia en la Comisaría de los Mossos de Badalona contra los organizadores de la manifestación por los delitos de injurias, calumnias, incitación a la violencia, discriminación, odio racial y amenazas. En 2008, la misma periodista nos había acusado, desde las páginas de *La Vanguardia* (14-5-2008), de cometer un delito de apología del terrorismo por organizar un acto de conmemoración de la *Nakba* al que habíamos invitado a participar a Leila Jaled. Lo que es diferente ahora es la escala de los crímenes perpetrados por Israel y de las protestas para denunciarlos, que son mucho mayores, lo que les ha obligado a ser mucho más duros en la represión. Pero yo diría que no están teniendo mucho éxito. El movimiento contra el genocidio en Gaza en las universidades de EE. UU. es algo muy importante y les puede hacer mucho daño porque, en la práctica, Israel es el 51 estado de los EE. UU. y sin su apoyo económico y su protección incondicional no sería nada más que un pequeño estado de 9,5 millones de personas.

*MR y JM: De aquí a pocas semanas, habrá elecciones al Parlamento de Cataluña. Asumiendo el actual marco competencial, ¿cuál debería ser la actuación de un hipotético gobierno de las izquierdas catalanas para avanzar hacia la desmilitarización y la construcción de procesos de paz?*

JLG: Teniendo en cuenta, como habéis dicho implícitamente, que la Generalitat no tiene competencias en política exterior y de defensa, los partidos de izquierdas (PSC, ERC, Comuns, CUP) deberían continuar exigiendo un alto el fuego definitivo en Gaza, así como pedir a la Generalitat que rompa toda relación con el Estado de Israel, y defender lo mismo en Madrid y Bruselas. También deberían exigir un alto el fuego y negociaciones de paz en Ucrania. La paz negativa que se conseguiría en ambos casos no sería precisamente una paz justa, pero salvaría vidas, frenaría el genocidio y la limpieza étnica en Gaza e impediría que Ucrania perdiese aún más territorio, contribuiría a la desescalada militar en Europa y en Oriente Próximo y alejaría el riesgo de una Tercera Guerra Mundial que inevitablemente acabaría siendo una guerra nuclear. La Generalitat podría organizar y acoger un encuentro por la paz sobre ambos conflictos. Asimismo, se podría organizar un coloquio con representantes de los países que el año pasado quisieron hacer de mediadores entre Rusia y Ucrania/OTAN: China, Brasil, el Estado del Vaticano, Sudáfrica y otros países africanos. Podríamos oír sus propuestas y discutir las.

Por último, los partidos catalanes y españoles de izquierdas (y si los de derechas también se quieren apuntar, bienvenidos sean) deberían recuperar el «¡No a la guerra!» de hace veinte años, y decir claramente que se oponen a participar en una guerra en territorio europeo, a seguir enviando armas a Ucrania, al incremento del gasto militar, a una nueva Guerra Fría, a una nueva carrera de armamentos entre la OTAN y Rusia o, aún peor, entre la OTAN y China. En definitiva, que, si están a favor de la paz, que contribuyan a preparar la paz, porque, como muestra la experiencia histórica, si preparas la guerra, acabarás metido en una guerra.

*MR y JM: Las izquierdas soberanistas en Cataluña se han caracterizado, en el pasado, por una defensa enconada del pacifismo: sólo hay que recordar el «no» a la OTAN, el movimiento por la insumisión o la lucha por el cierre de las centrales nucleares. ¿Qué espíritu y qué formas de acción colectiva de aquella época deberían recuperar los movimientos sociales actuales?*

JLG: Eso fue así en España entre la mitad de los años ochenta del siglo pasado y la primera década del siglo XXI, pero la relación entre la izquierda y el pacifismo antimilitarista siempre ha sido complicada. La socialdemocracia votó los créditos de guerra en 1914 y, con algunas honrosas excepciones, como la del Partido Socialista italiano de aquellos años o la de la socialdemocracia sueca de Olof Palme durante la Guerra Fría del siglo XX, lo ha continuado haciendo hasta hoy mismo. Lo que se ha movido a la izquierda de la socialdemocracia viene de una tradición en la que, por un lado, ha habido una oposición muy firme a las guerras imperialistas y una posición muy clara a favor de la descolonización, pero, por otro lado, también ha cultivado su particular «doctrina de la guerra justa». Esta doctrina dice, para resumirlo de forma esquemática, que se debe recurrir a las armas —a las armas de todo tipo, a todas las armas que sean necesarias— para vencer en una revolución y que se debe hacer lo mismo para defenderla de sus enemigos en caso de victoria. No seré yo quien diga que este planteamiento no tiene nada que ver con los problemas reales de todos los procesos revolucionarios que hemos conocido, pero pienso que en la era nuclear todo eso hay que repensarlo como ya propuso

Manuel Sacristán hace 40 años.

Después hay propuestas que deberían guardarse en el almacén de las ideas nefastas, como la mitología militarista del guerrillero izquierdista capaz de crear en cualquier circunstancia un foco revolucionario gracias al uso de las armas. Esta mitología estaba muy presente en la extrema izquierda cuando yo era joven, en los años de la transición. Era fácil desmontarla sin apartarse mucho de la ortodoxia leninista o citando los primeros párrafos de *La guerra de guerrillas* de Ernesto Guevara, donde dice que, en un sistema político donde se celebren elecciones más o menos libres, el foco revolucionario no tiene ninguna posibilidad de triunfar. Pero la atracción que ejercía entonces sobre la gente joven era notable y nos hizo perder mucho tiempo con discusiones delirantes que no llevaban a ninguna parte (o, todavía peor, llevaban a intentar justificar los injustificables crímenes de GRAPO, ETA y otros grupos similares como Terra Lliure).

El movimiento por la salida de España de la OTAN y el movimiento de los objetores e insumisos cambió el panorama. Obligó a todo el mundo a discutir sobre asuntos más urgentes. Gracias a ellos, se pudo normalizar socialmente la crítica al ejército español, que había puesto muchas limitaciones al proceso de transición hacia la democracia. También gracias a ellos y al movimiento ecologista se pudo poner en el centro de la discusión lo que debería ser claro para toda persona de izquierdas desde el 6 de agosto de 1945 (día del lanzamiento de la bomba atómica en Hiroshima por los EE. UU.): que la lucha por la emancipación humana tiene como condición necesaria que haya humanidad a emancipar o, dicho de otra manera, que la lucha por la supervivencia es inseparable de la lucha por la emancipación de la humanidad. Este es el argumento principal por el que creo que la izquierda revolucionaria debería hacer una apuesta fuerte por las tácticas de lucha social no violentas y por los modelos de defensa no agresivos.

*MR y JM: Para terminar, ¿cuáles deben ser los elementos que permitan constituir un nuevo orden internacional multipolar? ¿Crees que sería posible recuperar la idea de un movimiento de países no alineados, tal y como alentó el historiador marxista E. P. Thompson cuando vino a Barcelona en 1984?*

JLG: El movimiento de los países no alineados surgió formalmente en 1961 para distanciarse de los dos bloques militares existentes entonces: la OTAN y el Pacto de Varsovia. Ahora no hay dos bloques militares. Solamente hay uno que es la OTAN. Esta organización tiene un tratado fundacional con normas claras de funcionamiento interno, un secretario general, una sede oficial en Bruselas y unas regularidades adquiridas a lo largo de 75 años que incluyen el hecho de estar involucrada permanentemente en alguna guerra, fría o caliente. Rusia y China pueden ser aliados ahora en determinados asuntos, pero no configuran un bloque militar estructurado como la OTAN. Es más: en el pasado han tenido enfrentamientos entre ellos. La relación entre la URSS y China en la segunda mitad del siglo XX, a pesar de que ambos se consideraban estados socialistas, no fue precisamente un camino de rosas. Los llamados BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) pueden llegar a establecer algunos acuerdos de tipo económicos e incluso político, pero veo muy difícil que puedan llegar a constituir una alianza militar estable.

Por lo tanto, vivimos en un mundo diferente al que E. P. Thompson tenía ante sus ojos cuando en 1980 publicó sus «Notas sobre el exterminismo, la última etapa de la civilización», que fue crucial para que mucha gente de izquierdas (yo entre ellos) se tomara en serio el pacifismo y el antimilitarismo. Continúa siendo un texto de lectura obligada. Thompson, al frente de la END



(Campaña por el Desarme Europeo), promovía un movimiento internacional por la paz por encima y por debajo de las fronteras de la Europa dividida. Tuvo más éxito del que los gobiernos occidentales le han reconocido. Gorbachov, que fue quien tomó la iniciativa para desmontar la Guerra Fría del siglo pasado, se hizo inmensamente popular en las sociedades occidentales (lo bautizaron afectuosamente como «Gorbi») gracias a la actividad previa de los movimientos pacifistas a favor de la distensión y el desarme.

Pero volviendo a vuestra pregunta, la mejor organización internacional para gestionar un nuevo orden multipolar sería una ONU reformada, con una representación permanente en el Consejo de Seguridad de estados del Sur global como la India (1.400 millones de habitantes). Hay muchos planes de reforma de la ONU que están muy bien. Pero para poder llegar a hacerlos realidad antes hay que alejar el peligro de la Tercera Guerra Mundial. Después debería obligarse a las élites occidentales a aceptar un papel secundario en el mundo. Dado su supremacismo, este objetivo será muy difícil de conseguir. Para alcanzar este objetivo, debería ponerse en pie un movimiento internacional por la paz y el desarme. Por esta razón se debería volver a algo parecido a la dinámica de los foros sociales que impulsó el movimiento antiglobalización de hace veinte años y que hizo posible la convocatoria de la primera manifestación antibelicista de alcance planetario, la que se convocó el 15 de febrero de 2003 contra la invasión de Iraq. Es necesario que surja una nueva generación de luchadores por la paz verdaderamente «internacionalista» que se proponga un programa de acción propio y no supeditado a la política exterior de ninguna potencia nuclear.

[Fuente: publicado originalmente en catalán en [Debats pel Demà](#)]

**José Luis Gordillo**

## **Armas para una carnicería sin fin**

Hemos leído en la prensa que el gobierno español, compuesto por PSOE y Sumar, ha tomado la decisión de donar armas al gobierno de Kiev por valor de 1.100 millones de euros. Es una cantidad notable dado que España hasta ahora sólo había regalado armas a Ucrania por un valor de 300 millones de euros. También ha decidido establecer un acuerdo bilateral de seguridad con dicho país. El presidente Pedro Sánchez, en presencia de Volodímir Zelenski, presidente o dictador *en funciones* de Ucrania e incondicional defensor de Israel (*El País*, 23-10-2023), ha afirmado: «apoyaremos a Ucrania todo el tiempo que sea necesario, hasta que se garantice su libertad, su integridad territorial y se respete su soberanía nacional».

Por su parte Felipe VI, ejerciendo como siempre su papel de rey súbdito (rey de España y súbdito del Imperio de las barras y las estrellas) ha añadido: «El apoyo [de España] a Ucrania tiene un objetivo claro: conseguir una paz integral, justa y duradera, para lo cual es esencial la retirada completa, inmediata e incondicional de todas las fuerzas rusas del territorio de Ucrania». Visto cómo va todo en el campo de batalla para el gobierno de Kiev, parece que la cosa va para largo. Con ello, el gobierno de coalición ha decidido echar más leña al fuego de la guerra que se libra en el este de Europa.

El gobierno de PSOE y Sumar ha hecho, sin duda, gestos muy meritorios para con la martirizada población de Gaza. Ha declarado que quiere reconocer al Estado palestino y alguna de sus ministras ha hablado abiertamente de genocidio. Otra cosa son los hechos que han impulsado en relación con la matanza de Gaza, mucho más raquíticos que los gestos. Todavía no incluyen, por ejemplo, el apoyo a la demanda por genocidio de Sudáfrica ante el Tribunal Internacional de Justicia. Esos gestos, por tanto, son poca cosa en comparación con su política respecto a Ucrania. En este caso, como hemos visto, su política es mucho más contundente, con gestos y hechos a favor de una de las partes enfrentadas que nos implican directamente en el conflicto. El gobierno de coalición también ha pedido, es cierto, un alto el fuego en Gaza, pero no en Ucrania. ¿Por qué no lo ha hecho? ¿Por qué ha preferido apostar claramente por la continuidad de la guerra de Ucrania hasta no se sabe muy bien cuándo?

Del PSOE no nos sorprende nada. Todo lo anterior es muy coherente con su rotundo Sí a la OTAN de hace treinta y ocho años. Pero ¿y Sumar? Su programa para las elecciones europeas dice, en relación con Ucrania, que apuestan por un nuevo esfuerzo diplomático de acuerdo «con los intereses y tiempos de la parte agredida». Defiende las vías diplomáticas para conseguir un alto el fuego y una paz justa, pero también recuerda que Sumar siempre «ha defendido el derecho a la legítima defensa del pueblo ucraniano y el envío de ayuda militar y financiera para hacer posible una negociación equilibrada y la obligación de Europa de apoyarlo frente a la agresión ilegítima e ilegal de Putin». Así pues, la citada donación de armas, más allá de sus protestas por la forma en que se ha tomado la decisión, es también coherente con lo dicho y hecho por Sumar hasta hoy. En esas palabras se reflejan, desde luego, las divisiones, los equilibrios internos y los titubeos de sus dirigentes y militantes. Pero una fuerza política que es incapaz de defender una sola posición en un asunto de tanta trascendencia es una fuerza política inoperante. En lo que sigue, me gustaría hacer algunas reflexiones sobre el meollo del asunto.

Los belicistas que afirman ser también amantes de la paz están convencidos de que las guerras son como las operaciones quirúrgicas: males necesarios que duran poco y se resuelven mediante un par o tres de acciones (batallas) decisivas. Piensan eso porque han leído muy poca historia. Si lo hubieran hecho, sabrían que son mucho más frecuentes las guerras que se alargan y se alargan hasta que finalmente terminan, muchos años y muchos muertos después, por puro agotamiento de los contendientes. Su final se parece muy poco al deseado inicialmente por las partes enfrentadas. Acostumbra a consistir en un montón de ruinas y cientos de miles o millones de cadáveres, así como innumerables huérfanos, heridos y mutilados. Las hipotéticas ventajas políticas, económicas o territoriales que se querían conseguir con la guerra, no se ven por ninguna parte o parecen ridículas en comparación con la destrucción provocada por la espiral de violencia que se puso en marcha con el recurso a las armas. ¿Se acuerdan de la guerra de los *Cien Años* entre Francia e Inglaterra que nos explicaban nuestros profesores del bachillerato? Pues eso.

En la era nuclear ese problema se ha intensificado y se ha vuelto mucho más peligroso. La guerra es la continuación de una relación política con otros medios, dijo Karl von Clausewitz. En la era de las armas de destrucción masiva, sin embargo, nadie ha podido explicar racionalmente qué tipo de fines políticos se pueden alcanzar provocando el alargamiento indefinido de las guerras e intensificando sus niveles de destrucción. El recurso continuado a los medios bélicos imposibilita o hace muy difícil alcanzar el fin político perseguido. Los conceptos de victoria y derrota se desdibujan, se vuelven terriblemente confusos. Una guerra nuclear sería la culminación histórica de esa tendencia de fondo.

Cuando hago estas reflexiones no estoy pensando en la guerra de Ucrania de la que hablan los gobiernos y los medios de comunicación occidentales (y el programa electoral de Sumar). Esa —dicen ellos— es una guerra únicamente entre Ucrania y Rusia. La OTAN, al parecer, pasaba por allí por casualidad e interviene desde la retaguardia por pura filantropía. Esa guerra sólo tiene un responsable que se llama Putin porque, dicen también esas personas, esa guerra comenzó con la invasión del 24 de febrero de 2022. Es por ello una guerra *cortita*: sólo hace dos años y cuatro meses que dura. Es también una guerra en la que no hay riesgo de escalada hacia la Tercera Guerra Mundial o, si lo hay, da lo mismo porque su causa es justa y total una guerra nuclear tampoco sería el fin del mundo (sólo morirían unos cientos de millones de personas, poca

cosa, *peccata minuta*). ¡Cuánta simpleza, cuánta superficialidad, cuánta frivolidad!

Esa guerra es una invención de los pregoneros de la Alianza Atlántica. A todos nos debería preocupar mucho más la otra guerra, bastante más complicada en su origen y en su desarrollo. También tiene como principal escenario Ucrania y empezó como una guerra civil, pero con la intervención entre bambalinas de diversas potencias nucleares (EE. UU., Rusia, Francia, Gran Bretaña) que asesoraban, daban armas, informaban, alentaban y prometían el oro y el moro a unos y a otros. A lo mejor, también compraban voluntades con dinero contante y sonante, quién sabe. Los roles de agresores y agredidos se los iban intercambiando en función del momento del que estemos hablando. En definitiva, me estoy refiriendo a la guerra que de verdad se está librando en el este de Europa, que es la guerra *por poderes* entre la OTAN y Rusia en el territorio de Ucrania que, como ya reconoció Jens Stoltenberg, secretario general de la OTAN (*The Washington Post*, 9-5-2023), comenzó en 2014, hace ya diez años.

Me estoy refiriendo, por consiguiente, a una guerra *larga, larguísima*, al menos si se ve con los ojos de las poblaciones directamente afectadas. Y, por lo que parece, *infinita*, pues ni la OTAN ni Rusia han hecho amago alguno todavía de presentar en el Consejo de Seguridad de la ONU, que es donde hay que hacerlo, una propuesta seria de alto el fuego y negociaciones de paz para acabar con ella. Esa guerra, por suerte, no se ha transformado todavía en la Tercera Guerra Mundial, pero tiene muchos números para provocarla. En estos diez años esa otra guerra ha evolucionado en progresión geométrica. De guerra civil con intervención extranjera entre bastidores, se pasó a una guerra con intervención extranjera directa de una de las potencias nucleares implicadas (Rusia). Y si los dirigentes polacos, estonios, letonios, lituanos, franceses y británicos consiguen convencer al resto de dirigentes de la OTAN de que hay que enviar allí tropas occidentales, lo que vendrá después hará palidecer a todo lo que hemos visto hasta ahora.

Al principio de la Primera Guerra Mundial, entre otros muchos acontecimientos, Alemania invadió Bélgica. Fue, sin lugar a dudas, un crimen de agresión y una violación clara de su soberanía. Lo hizo para poder atacar a Francia. Ésta claramente, a continuación, se defendió de la agresión alemana. Sin embargo, al cabo de dos años, esos hechos eran meras anécdotas en comparación con los niveles de muerte y destrucción provocados por una guerra estancada que consumía miles de vidas inútilmente. La guerra acabó porque la población rusa primero y la alemana después *tiraron del freno de emergencia de la revolución* para intentar parar la barbarie generalizada. Lo consiguieron. El primer tratado de paz que comenzó a echar el freno fue el de Brest-Litovsk (1918), negociado entre Trotski y el alto mando alemán. Ese tratado dio paso a una paz *muy injusta* para la población rusa, pero paz al fin y una paz decisiva para poder iniciar el retorno a una vida un poco más civilizada.

[J. L. Gordillo es redactor de *mientras tanto* y miembro del Centro Delàs de Estudios por la Paz. Fuente: [Público](#)]

**Sophia Goodfriend**

## **Campaña de asesinatos de alta tecnología: por qué la acción humana sigue siendo crucial en la guerra de Israel apoyada en la IA**

La destrucción que Israel ha desatado sobre Gaza evoca una época de guerras analógicas. Cráteres que engullen complejos residenciales, calles enteras reducidas a escombros y nubes de polvo que no dejan pasar la luz del sol. El ejército israelí ha lanzado más explosivos sobre el enclave de 321 kilómetros cuadrados que los contenidos en las bombas nucleares que arrasaron Hiroshima y Nagasaki en la Segunda Guerra Mundial. La magnitud y densidad de la destrucción rivaliza con los episodios más devastadores de los bombardeos de ciudades de la historia reciente, desde el *Blitz* de Londres hasta décadas de contrainsurgencia en Vietnam.

No obstante, en contraste con esas guerras del siglo XX, el asalto israelí en Gaza es básicamente una campaña de asesinatos de alta tecnología. A comienzos de abril, una investigación de +972 y *Local Call* reveló el papel protagonista de la IA en la carnicería. De acuerdo con seis oficiales israelíes del servicio secreto, los militares han utilizado una máquina de IA apodada *Lavender* para generar decenas de miles de *objetivos humanos* condenados a morir por formar parte supuestamente de los brazos armados de Hamás o la *yihad* palestina. Los datos obtenidos se introducían entonces en un sistema automático de seguimiento llamado *¿Dónde está papá?*, que permite al ejército matar a cada uno en su casa, junto con toda su familia y a menudo con muchos de sus vecinos.

Aquellas revelaciones siguieron a una investigación anterior de +972 y *Local Call* sobre otro sistema generador de objetivos mediante IA, llamado Habsora (El Evangelio). Mientras que *Lavender* genera objetivos humanos, Habsora marca edificios y estructuras que supuestamente desempeñan funciones militares. Un exoficial del servicio secreto explicó a +972 que esta tecnología permite al ejército israelí operar fundamentalmente una “fábrica de asesinatos masivos”.

La última investigación hizo furor en la prensa internacional, en que hubo comentaristas que conjuraron escenas de armas basadas en IA que escapan al poder de sus operadores humanos y matan compulsivamente. Sin embargo, personas expertas en derecho internacional y guerra basada en IA subrayaron a +972 que la carnicería en Gaza es fruto de decisiones humanas concertadas. Y junto con las altas esferas del ejército y de la clase política israelí, en la matanza pueden estar implicados sectores enteros de la industria tecnológica civil mundial.

### **Generación rápida y autorización rápida**

Con una tasa de muertes diaria en Gaza más alta que cualquier otra guerra del siglo XXI, se ve que el compromiso de minimizar las bajas de civiles en los asesinatos selectivos, en la medida en que se hubiera respetado alguna vez, simplemente se lo ha llevado el viento. De acuerdo con las fuentes, los mandos militares israelíes han rebajado significativamente los criterios aplicados a la hora de decidir qué objetivos pueden ser atacados en sus hogares, al tiempo que han subido el

umbral del número de muertos civiles permitido en cada golpe, en algunos casos autorizando el asesinato de cientos de civiles para matar a un único objetivo militar importante. Como dijo el portavoz del ejército israelí, Daniel Hagari, al comienzo de la guerra, lo que interesa es “causar el máximo daño”.

Para que quede claro, Israel no se basa en armas totalmente autónomas en la guerra actual en Gaza; más bien, los servicios secretos utilizan sistemas de localización de objetivos apoyados por inteligencia artificial para clasificar a personas e infraestructuras civiles en función de la probabilidad de que estén relacionadas con organizaciones combatientes. Esto acelera y amplía rápidamente el proceso por el que el ejército elige a quién matar, generando más objetivos en un solo día que el personal humano puede definir durante todo un año.

La rápida generación de objetivos conlleva la necesidad de una rápida autorización: los oficiales de inteligencia que hablaron con +972 admitieron dedicar apenas 20 segundos a dar el visto bueno a los ataques individuales, a pesar de saber que Lavender se equivoca al identificar los objetivos —incluso según sus propios criterios laxos— en aproximadamente el 10% de los casos. Muchos se limitaron a asegurarse de que la persona a la que iban a matar era un hombre, convirtiendo así la mayor parte de Gaza en una trampa mortal.

“Lo que me llamó la atención del informe [de +972] es el grado de autonomía y fiabilidad que las fuerzas armadas otorgaron a esta tecnología”, ha declarado a +972 Alonso Gurmendi Dunkelberg, profesor de Relaciones Internacionales en el King’s College de Londres. “Permite al ejército firmar fríamente el ataque sistemático contra una población civil.”

Ben Saul, profesor de Derecho Internacional y relator especial de la ONU sobre Derechos Humanos y Lucha contra el Terrorismo, afirma que la excesiva dependencia de estos sistemas confiere un barniz de racionalidad a la devastación que Israel ha provocado en Gaza. Los llamados *sistemas inteligentes* pueden determinar el objetivo, pero los bombardeos se llevan a cabo con munición *tonta*, no guiada e imprecisa, porque el ejército no quiere utilizar bombas caras en lo que un oficial de inteligencia calificó de “objetivos basura”. “Israel tiene abogados militares; tiene un sistema de justicia militar; tiene procedimientos operativos y normas de combate que se supone que le ayudan a respetar los derechos humanos internacionales”, dice Saul, “pero esta [guerra] está [librándose] muy lejos de las normas humanitarias básicas”.

La ONU, grupos de derechos humanos y decenas de gobiernos han advertido de que Israel incumple continuamente la legislación internacional en materia de derechos humanos, así como las disposiciones fundamentales de las Convenciones de Ginebra y La Haya, de las que es signatario. Cada uno de estos tratados prohíbe el asesinato sistemático y deliberado de civiles. Sin embargo, los juristas afirman que estos sistemas de alta tecnología han favorecido un incumplimiento sistemático del derecho internacional durante los últimos seis meses y medio de guerra, en los que Israel ha matado a más de 34.000 gazatíes, herido a más de 76.000, y hasta 11.000 más siguen en paradero desconocido.

## **Convertir a los palestinos en números**

El hecho de que estas máquinas sean manejadas y explotadas por personas reales tiene graves implicaciones para los militares israelíes. Puede que Lavender y ¿Dónde Está Papá? se presenten como sistemas basados en IA, pero incluso los jefes militares israelíes afirman que no

actúan de forma autónoma: una cadena de mando concertada dicta cómo se ponen en marcha estas tecnologías. Como dijo a +972 Zach Campbell, investigador principal de vigilancia en Human Rights Watch, “Sí, esta tecnología es problemática, pero también se trata de cómo se utilizan estos sistemas. Y esas son decisiones humanas”.

Los funcionarios del gobierno israelí dejaron claras sus intenciones tras los terribles sucesos del 7 de octubre. En los primeros días de la guerra, el presidente israelí Isaac Herzog proclamó que “no hay civiles inocentes en Gaza”, y los ministros del gabinete declararon que la guerra era el comienzo de otra *Nakba*. Otros políticos pidieron que toda la franja fuera “arrasada”. Bombas de dos mil libras arrasaron barrios enteros; las excavadoras arrasaron escuelas y hospitales, y secciones enteras de la Franja fueron consideradas *zonas de exterminio*. Estos comandos coincidían con los esfuerzos, que llevaban años gestándose, para transformar el ejército israelí en lo que el sociólogo Yagil Levy denominó recientemente “un ejército generador de muerte”.

“El problema no está en la IA”, dice a +972 Brian Merchant, un reportero tecnológico que investiga el desarrollo sin paliativos de los sistemas de IA. “El problema es lo que la IA permite hacer a los militares. Proporciona una justificación para ser más violentos, para ser más descuidados, para hacer valer una agenda que ya tenían o que buscan un pretexto para justificar.”

Mona Shtaya, investigadora no residente del Instituto Tahrir de Política de Oriente Próximo, afirma que esto es lo que ocurre desde hace tiempo en la estrategia militar israelí contra los palestinos; Lavender es solo la más reciente de una larga lista de armas algorítmicas en el arsenal de Israel. Por ejemplo, los algoritmos policiales predictivos y los sistemas de reconocimiento facial analizan montones de datos extraídos de numerosas fuentes, como redes sociales, datos de teléfonos móviles y grabaciones de drones. Al igual que Lavender, estos sistemas utilizan los datos para asignar a los palestinos una calificación de seguridad. Esa calificación puede determinar cualquier cosa, desde quién debe ser detenido en un puesto de control en Hebrón, arrestado frente a la mezquita de Al Aqsa o asesinado en un ataque con drones en Gaza.

“Estos sistemas convierten a los palestinos en números”, declara Shtaya a +972. “Permiten a las autoridades calificarnos, deshumanizarnos, no pensar en el hecho de que somos personas, sino justificar nuestra muerte basándose en una estadística. Por eso hemos visto aumentar la violencia desde que Israel empezó a basarse en estos sistemas.” En opinión de Shtaya, los sistemas de selección de objetivos impulsados por IA son el resultado natural de la inversión desenfrenada de Israel en vigilancia masiva. “Es el ciclo del desarrollo tecnológico en Palestina. Cada sistema es más peligroso”.

### **Una cadena de suministro algorítmica**

El abuso de la IA puede tener sus raíces en las políticas militares, pero también implica a amplios sectores de la industria tecnológica civil. Los sistemas de selección de objetivos basados en IA dependen de montones de datos de vigilancia extraídos y analizados por empresas privadas de nueva creación, conglomerados tecnológicos mundiales y técnicos militares. Las empresas tecnológicas de los complejos de oficinas de Silicon Valley diseñan las bases de datos de imágenes de Google que las tropas israelíes utilizan para detener a los civiles que huyen de los bombardeos aéreos. Los algoritmos de moderación de contenidos determinados por la dirección corporativa de Meta en Nueva York ayudan a los sistemas policiales predictivos a clasificar a los

civiles según su probabilidad de unirse a grupos activistas. Las empresas de seguridad con sede en Petah Tikvah transfieren el contenido de los teléfonos móviles a los técnicos militares que elaboran listas de asesinatos.

La dependencia de Israel de productos tecnológicos civiles para llevar a cabo sus operaciones letales choca con muchas de las políticas y condiciones de uso de las empresas con las que colabora. El mes pasado, el *New York Times* reveló que el ejército israelí está utilizando una base de datos de Google Images para identificar y clasificar a civiles en toda la Franja de Gaza. Cheyne Anderson, ingeniero de software de Google y miembro del grupo No Tech for Apartheid, una coalición de trabajadores tecnológicos que se oponen a los contratos con el ejército israelí, declaró a +972 que se trata de un grave uso indebido de la tecnología de Google.

“Estos sistemas no están concebidos para decidir sobre la vida o la muerte de personas en los campos de batalla de Oriente Medio; están destinados a fotografías familiares”, explica Anderson. “Llevar algo así a una zona de guerra [...] atenta directamente contra nuestras políticas de privacidad y nuestras condiciones de uso”. De hecho, las políticas de privacidad de Google prometen que los usuarios deben prestar “su consentimiento explícito para compartir cualquier información personal sensible” con terceros. En sus protocolos de actividades peligrosas e ilegales, Google advierte de que Google Images no debe utilizarse “para promocionar actividades, bienes, servicios o información que causen daños graves e inmediatos a las personas”.

A pesar de las evidentes infracciones de sus políticas establecidas, Google y otros conglomerados tecnológicos no han impedido que el ejército israelí utilice sus productos en la actual guerra contra Gaza o en las décadas de dominio militar de Israel sobre los territorios palestinos ocupados. Muchas de estas empresas privadas se benefician del intercambio, ya que los civiles palestinos a los que se niega el recurso a las protecciones básicas de la privacidad ofrecen un suministro ilimitado de datos con los que las empresas de vigilancia pueden perfeccionar sus productos. “Estas empresas forman parte de una vasta cadena de suministro algorítmica fundamental para la guerra actual”, ha declarado a +972 Matt Mahmoudi, investigador de Amnistía Internacional. “Sin embargo, no se han quejado.”

A medida que aumenta la lista de abusos israelíes en Gaza, estas empresas pueden verse implicadas legalmente en las violaciones sistemáticas del derecho internacional por parte de Israel. “Es un cuento con moraleja para cualquier empresa”, afirmó Mahmoudi. “No solo están violando el derecho internacional en materia de derechos humanos, no solo se arriesgan a que se deteriore su reputación, sino que se arriesgan a ser consideradas cómplices de algo que seguramente se tipificará a su debido tiempo como delito grave”.



Las acusaciones de crímenes de guerra no han impedido a los oficiales del ejército israelí prometer que todo el derramamiento de sangre producirá avances sin precedentes en la guerra impulsada por IA. En su intervención en el Día Anual de la IA de la Universidad de Tel Aviv en febrero, la general de brigada Yael Grossman, comandante de la unidad Lotem, dijo a una multitud de líderes de la industria tecnológica civil y militar que el ejército sigue desplegando sistemas de vanguardia. “La fricción genera datos”, dijo. “Nos permite crecer mucho más rápido y ampliar nuestras posibilidades con las diferentes soluciones que ofrecemos en el campo de batalla.”

Históricamente, estos eslóganes han movilizado a los gobiernos occidentales y a los conglomerados tecnológicos en torno a las proezas militares israelíes. Pero hoy, la marea puede estar cambiando. Los gobiernos occidentales han comenzado a considerar la posibilidad de retener las ventas de armas, y el personal de Google y otros grandes conglomerados tecnológicos se están rebelando contra los contratos de sus empresas con el ejército israelí. En medio del desprecio de Israel por las normas internacionales, Shtaya dice que este cambio radical puede ser la única esperanza para controlar los sistemas de armas emergentes. “Lo que ocurre en Palestina no se limita al ejército israelí”, explica Shtaya. “El abuso de estos sistemas es un problema mundial.”

[Fuente: [Viento Sur](#). Sophia Goodfriend es doctoranda de Antropología en la Universidad Duke, especializada en derechos digitales y vigilancia digital en Israel/Palestina]

Hanno Hauenstein

## «En Alemania me cancelan por apoyar a Palestina»

### Entrevista a Nancy Fraser

La célebre filósofa Nancy Fraser iba a impartir la cátedra Albertus Magnus de la Universidad de Colonia el próximo mes de mayo. Pero a finales de la semana pasada fue abruptamente «desinvitada» por el rector de la universidad, Joybrato Mukherjee, por haber firmado una carta de solidaridad propalestina el pasado otoño.

En esta entrevista con Hanno Hauenstein, Fraser habla por primera vez desde su exclusión.

*La Universidad de Colonia la excluyó de la cátedra Albertus Magnus. ¿En qué consistía?*

La cátedra implicaba una visita de varios días y conferencias públicas bajo los auspicios de un programa supuestamente dedicado al intercambio abierto. Decidí dar conferencias de mi actual proyecto sobre las tres caras del trabajo en la sociedad capitalista, un tema que no tenía nada que ver —al menos no directamente— con Israel o Palestina. Me había adelantado y había trabajado duro para escribir estas conferencias (y, por cierto, también compré un billete de avión muy caro).

*¿Puede explicarme cómo fue la «desinvitación»?*

Hace unos días recibí un correo electrónico de un profesor de Colonia, Andreas Speer, que organiza estos actos. Me dijo que acababa de recibir noticias del rector de la universidad, preocupado por el hecho de que yo hubiera firmado la declaración «Philosophy for Palestine» en noviembre, y que quería que aclarara mi postura. Pensé, ¡qué descaro! ¿Qué le importa a él mi opinión sobre Oriente Medio? Soy un agente libre, puedo firmar lo que quiera.

Pero tampoco quería ser demasiado conflictiva. Así que le contesté que había muchas opiniones diferentes sobre Palestina e Israel y que había mucho dolor en todos los bandos, incluido el dolor que yo misma había experimentado como judía. Pero hay algo en lo que no puede haber desacuerdo. Cité una frase de una declaración que el rector de la universidad había publicado en el sitio web de la universidad, sobre la importancia de un debate abierto y respetuoso. Así que le dije al Sr. Speer: por favor, asegúrele al rector que puede contar conmigo cuando se trate de un debate abierto y respetuoso.

Pensé que con eso bastaría para poner fin al asunto. Pero apenas uno o dos días después recibí un correo electrónico directo del rector diciéndome que no tenía más remedio que retirar la invitación. Escribió explícitamente, palabra sobre palabra, que quedo cancelada por haber firmado esta carta y no haberla desmentido en nuestra comunicación posterior.

*¿Cuál fue el principal punto de discordia? ¿El uso de las palabras apartheid y genocidio? ¿O el boicot a las instituciones israelíes, al que la carta invita a participar a los lectores?*

La verdad es que no lo sé, porque no he recibido más explicaciones. El rector me ofreció una charla por teléfono o vídeo en la que me explicaría mejor sus puntos de vista. No he respondido a

eso. Se trata de un asunto público. Creo que todos tenemos que dejar constancia. Así que dependerá de él aclararlo. También hay una declaración en el sitio web de la universidad. A mí esto me parece una cortina de humo. Es una clara violación de la propia política declarada de la universidad, así como de los propios valores que invocan con el nombre de Albertus Magnus.

Esos valores son precisamente la libertad académica, la libertad de opinión, la libertad de expresión y el debate abierto. Cualquiera que sea la complicada racionalización que se esté dando sobre por qué este procedimiento supuestamente no viola esos valores, me suena a hueco. Esto también envía una señal muy fuerte a toda la gente de la universidad y a los académicos de todo el mundo: si te atreves a expresar ciertas opiniones sobre determinados temas políticos, no serás bienvenido aquí [en Alemania]. Tiene un efecto amedrentador sobre la libertad de expresión de la gente.

*Cuando dice que esto es una violación de las políticas de la universidad, ¿prevé emprender acciones legales?*

Lo he pensado. No es mi prioridad, aunque tampoco lo descarto. Pero, ante todo, quiero convencer a la gente de que este es un caso verdaderamente escandaloso de algo que, según muchos, es una tendencia mucho más amplia en la Alemania actual. Las personas que ocupan puestos de poder en las universidades e instituciones artísticas alemanas, así como los miembros del gobierno federal alemán que puedan estar instándoles en este sentido, deberían pensárselo dos veces. Están violando claramente normas académicas muy extendidas —y, francamente, constitucionales— sobre la libertad política y la libertad de expresión. Esto perjudicará considerablemente a la academia alemana.

*Teniendo en cuenta solo la historia más reciente de indignación pública y cancelaciones en Alemania, parece que estás en buena compañía. Fueron los casos de [Masha Gessen](#), Ghassan Hage, Judith Butler y varios otros. Muchos de ellos, como usted, son judíos. ¿Le preocupa eso?*

No por mí misma. Estoy sentada en Nueva York y cuento con un enorme apoyo, incluida una carta extremadamente contundente de la presidenta de mi propia universidad en la New School, Donna Shalala, que comienza con la gran frase: «¡Albertus Magnus se habría horrorizado!».

Señala que es especialmente preocupante que una institución alemana cancele a un miembro del profesorado de la New School, que no solo rescató a académicos alemanes que huían del fascismo como individuos, sino que también creó un espacio para continuar el cuerpo de teoría crítica que había sido aniquilado en Alemania. La New School ha contribuido a ese cuerpo de pensamiento, y yo también. Así que esto es un insulto tanto a mí como a la New School. Pero, lo que es más importante, es una violación de las normas de libertad académica.

*¿Cree que se trata de una tendencia?*

Sí, y estoy muy preocupada. Creo que es una fiebre que se está apoderando de Alemania y, en menor medida, de Austria. Es algo muy perjudicial. También creo que es muy importante que los alemanes comprendan algo de la complejidad y amplitud del judaísmo, su historia, superspectiva. En cierto modo están suscribiendo esta idea de una promesa incondicional de lealtad a Israel, de que esa es la responsabilidad alemana: el apoyo incondicional al Estado de Israel.

Teniendo en cuenta lo que Israel está haciendo actualmente, esto es una traición a lo que yo llamaría los aspectos más importantes y de mayor peso del judaísmo como historia, como perspectiva y como cuerpo de pensamiento. Me refiero al judaísmo de Maimónides y de [Baruch] Spinoza, de Sigmund Freud, Heinrich Heine y Ernst Bloch.

*¿Puede especificar a qué se refiere?*

Esta [otra] tradición del judaísmo está reduciendo el judaísmo no solo al nacionalismo, sino a un ultranacionalismo del tipo que está pisoteando y básicamente destruyendo la Franja de Gaza. Por cierto, ¡acabo de firmar otra carta! No me arrepiento. Una carta contra el «escolasticidio» israelí, es decir, la destrucción de escuelas y universidades en Gaza.

Más de cien profesores han sido asesinados allí. Nueve rectores de universidades han sido asesinados. Los nombres de las personas que les he mencionado antes son solo algunos, hay muchos más. Piensen en Albert Einstein, a quien se le ofreció la presidencia del Estado de Israel y la rechazó. Se trata de personas cuyo judaísmo les llevó a defender los derechos universales, no una estrecha identidad tribal.

*Algunos de sus críticos sostienen que en realidad no se le ha cancelado, sino que simplemente se le ha rechazado una especie de homenaje.*

Hay alemanes que tienen la tentación de decir que se trata de un premio honorífico. Muchos alemanes, incluso periodistas, han sido intimidados para que acepten una visión muy distorsionada de lo que realmente significa la libertad académica. El argumento de que se puede simplemente retirar algo porque es solo un premio y no genuinamente académico es una tontería.

La cuestión es que es una cátedra visitante, un nombramiento académico. Junto con todos los demás titulares anteriores de esta cátedra, fui seleccionada por mi trabajo. La idea de que lo que hago de otro modo es motivo de «desinvitación» ya dice que se está violando la autonomía académica. De eso no hay duda. Quiero decirles a estas personas que, en efecto, tienen la responsabilidad de pensar profundamente sobre los judíos. Es solo que están pensando de manera equivocada. Hay otra forma de pensar sobre esto.

*Críticos como Masha Gessen han argumentado que la interpretación específica de Alemania de la «Staatsräson» [razón de Estado] hacia Israel en los últimos años ha ayudado a extremistas de derecha como Alternative für Deutschland (AfD). ¿Está de acuerdo?*

No puedo hablar específicamente de la AfD. Pero puedo decirle que en Estados Unidos, la derecha cristiana evangélica tiene su propia versión de «macartismo filosemita», por utilizar la frase de Susan Neiman. Y tienen un razonamiento teológico que es en sí mismo profundamente antisemita. Pero lo más preocupante de Alemania para mí no es la AfD.

*¿Qué es?*

Esta especie de centrismo de derechas, que es donde reside el verdadero peso de la opinión pública. Se deja influir tan fácilmente por lo que para mí son argumentos transparentemente falsos. Como el argumento de que al excluirme supuestamente nadie está violando la libertad académica, sino que simplemente optan por no honrar a una persona que tiene las opiniones que creen que yo tengo.

*Usted ha dicho que no existe ninguna conexión entre «Philosophy for Palestine» y el ciclo de conferencias que iba a dar en Colonia. Pero, ¿diría que no hay conexión entre la postura que adoptó en la carta y sus escritos académicos?*

Llevo más de un sombrero. Hago trabajo teórico. De vez en cuando firmo cartas como ciudadana. No creo que deban estar directamente relacionados. Sin embargo, de vez en cuando escribo de un modo más agitativo o propagandístico. El mejor ejemplo sería [«Feminismo para el 99%»](#), del que fui coautora con Cinzia Arruzza y Tithi Bhattacharya. Tomamos ideas que cada una había desarrollado en su propio trabajo y las fusionamos.

Es un manifiesto sobre cómo trazar un camino diferente para el activismo feminista que se entendiera en interés del 99%, de las mujeres y de los hombres y niños, en contraposición a cierto tipo de feminismo neoliberal corporativo. Así que he intentado popularizar mis ideas académicas, pero nunca he escrito sobre Oriente Medio. No tengo grandes conocimientos, pero soy una ciudadana pensante y lectora. Y como judía, me siento especialmente identificada con el sentimiento de «no en nuestro nombre».

*¿Porque lo que se hace en Gaza se hace, hasta cierto punto, en nombre del pueblo judío?*

Exacto. Tampoco hay duda de que hay una instrumentalización, o incluso una militarización, de la acusación de antisemitismo que se está aplicando tan erróneamente a personas que sienten que al condenar el actual rumbo del gobierno israelí, estamos abogando por una corrección del rumbo para mejorar la situación de los palestinos, así como del pueblo judío en todas partes.

*Eso parece algo honorable. En Alemania, sin embargo, el Bundestag (parlamento) aprobó una resolución que declara el boicot a las instituciones israelíes un caso de antisemitismo. Muchos en Alemania asocian estos boicots con imágenes de boicots históricos contra los judíos alemanes en la década de 1930.*

Es una asociación interesante. Al fin y al cabo, entonces no existía ningún Estado judío que se dedicara a una carnicería militarista ilegítima. Un paralelismo mucho mejor sería Sudáfrica, donde hubo un fuerte boicot académico, un boicot deportivo y un boicot cultural, que tuvieron cierto impacto junto con el boicot económico a la hora de poner fin al apartheid. Por cierto, los alemanes no solo boicotearon a los judíos. Los expulsaron, los acorralaron, los enviaron a campos y los

mataron. Nada de eso ocurre aquí.

*¿Piensa repetir su ciclo de conferencias de Colonia en algún otro lugar?*

Lo haré en otros lugares. Se trata de una nueva versión ampliada y revisada de unas conferencias que di en Berlín hace dos años. Ahora tengo mucho material nuevo, que estaba deseando presentar. Mi universidad, la New School, está organizando un acto. También me han sugerido que dé conferencias en otros lugares de Alemania bajo el título «Esto es lo que no querían que oyeras en Colonia».

*Algunos profesores alemanes se han solidarizado con usted. ¿Cree que la gente en Alemania podría estar cambiando de opinión sobre estas cuestiones?*

No estoy lo suficientemente cerca del terreno como para tener una opinión informada al respecto. Pero tengo la sensación de que la fiebre se desatará. No estoy en condiciones de decir si mi caso es el desencadenante, o el siguiente, o el que le siga. Cada vez hay más inquietud al respecto. Al menos la gente de Nueva York lo ve así.

*Sus colegas miran a Alemania y se preguntan qué está pasando...*

Entre los académicos y la gente del mundo de las artes, seguro. También en el periodismo, desde que el caso Gessen tuvo tanta repercusión. O el intento tardío de despojar a Butler del Premio Adorno: todo esto se discute mucho. Al menos en las artes, en el mundo académico y en el periodismo, la gente está muy perturbada, consternada y también indignada. Ha habido muchos palestinos y árabes étnicos que han sido víctimas de esto, pero también judíos prominentes. Esto incita este sentimiento de, bueno, ¿quién eres tú para decirnos lo que significa apoyar al pueblo judío?

*¿Se considera usted víctima de lo que antes ha descrito como antisemitismo filosemita?*

Supongo que sí. Me cancelan en nombre de la especial responsabilidad alemana por el Holocausto. Supongo que esa responsabilidad debería conllevar responsabilidad hacia los judíos. Pero, por supuesto, se reduce a las políticas estatales de cualquier gobierno que esté gobernando en Israel. Para nosotros, en Estados Unidos, el macartismo es una palabra poderosa. Es una forma de hacer callar a la gente con el pretexto de que supuestamente estás a favor de los judíos.

*¿De dónde cree que viene esto?*

Simplemente se ha normalizado. La gente en Alemania ha llegado a aceptar una visión estrecha de lo que significa la libertad académica y la libertad de expresión y de lo que son las libertades políticas democráticas.

*Estados Unidos y Alemania han sido los dos principales proveedores de apoyo y armas a Israel en los últimos seis meses. ¿Cómo influye esto en su opinión sobre Alemania?*

El principal culpable es Estados Unidos. No estoy eximiendo de responsabilidad a Alemania, pero en realidad, si uno se preocupa por quién financia las políticas [de Israel], es Estados Unidos. Sin embargo, por primera vez en mi vida veo que hay un debate público equilibrado sobre la cuestión

de Palestina. Las voces palestinas están en la esfera pública. Las organizaciones, incluidas las organizaciones judías de izquierda que critican la política israelí, están en la esfera pública.

Biden está sometido a mucha presión. Ha estado hablando con más dureza sobre el condicionamiento de la ayuda y pidiendo un alto el fuego. Queda por ver si esto se traducirá en recortes o condicionamientos reales de la ayuda, si los demócratas del Congreso intentarán forzar esa cuestión. Pero al menos el grifo abierto de ayuda militar de nuestro gobierno se ha politizado y cuestionado. Me gustaría que algo así ocurriera también en Alemania. Que al menos se convierta en una cuestión pública sobre la que se pueda discutir, sin ser acusado de antisemitismo.

[Fuente: [Jacobin](#). Traducción: Florencia Oroz]

**Antonio Antón**

## **El desafío de la remontada alternativa**

En el plano estatal, no se ha cerrado el ciclo institucional de progreso, con la persistencia de un significativo campo sociopolítico a la izquierda del Partido Socialista, que condiciona las políticas públicas —más justicia social y democratización— y la representación político-institucional, con la superación del bipartidismo y la configuración de mayor pluralidad representativa.

### **El ciclo de progreso no se ha cerrado**

Habría que distinguir dos ámbitos en cuanto a su carácter y su origen. Por una parte, el ciclo propiamente **social**, que comienza en 2010 y está representado por el movimiento 15M, con ese lustro hasta 2014 de un amplio y diverso proceso de protesta social progresista, incluida la sindical y las distintas mareas sectoriales. Tiene ya su reflejo electoral en las elecciones generales de 2011, con la desafección de más de cuatro millones de votos del Partido Socialista, mayoritariamente hacia la abstención de izquierdas con orfandad representativa, y con la paradoja de la mayoría absoluta del PP y su gobierno regresivo.

Pero se puede decir que, en esos momentos, ya se constituyó la base sociopolítica de seis millones de votantes con una experiencia crítica, social y democrática, y diferenciada de la socialdemocracia. Por otra parte, está el ámbito **político-electoral-institucional**, distinguiendo el nivel gubernamental, con mayor representatividad, y el autonómico-local, con menor implantación, aunque con la particularidad del éxito de los ayuntamientos del cambio en 2015. Los resultados del ámbito europeo están en una zona intermedia.

Así, se define el distinto marco temporal de los dos ámbitos: el ciclo progresista en lo social comienza en 2010/11, no en el 2014/15/16, que es cuando se expresa directamente en el campo electoral alternativo al bipartidismo, con una nueva articulación política y el reajuste representativo en la izquierda, con el surgimiento de Podemos y sus convergencia y aliados; es en 2018/2020 cuando culmina el cambio institucional gubernamental —moción de censura y constitución del gobierno de coalición—.

Por otro lado, hay que distinguir el plano estatal de las elecciones generales (con el reto de qué gobernabilidad y orientación reformadora se adopta), y el territorial (incluido el *procés*), con mayor peso del arraigo local. Existe, desde el comienzo, un comportamiento electoral dual que expresa un distinto nivel de aceptación de la representación institucional. Así, respecto de sus votantes en las elecciones generales, se produce un desplazamiento en el ámbito autonómico de entre dos y tres millones de votantes de Unidas Podemos —o Podemos + Izquierda Unida y sus aliados, y luego Sumar— hacia el PSOE y la izquierda nacionalista. O sea, había una base social intermedia que va perdiendo Unidas Podemos y que Sumar no es capaz de retener y que se evidencia, cada vez más, en el 23J, a pesar de las candidaturas conjuntas y, sobre todo, en las elecciones gallegas y vascas, con candidaturas separadas.

Aunque esas bases sociopolíticas se pueden considerar en gran medida, por sus características, de **izquierda social transformadora**. Son condicionantes frente al continuismo socioeconómico y el centrismo político de la dirección socialista. Tienen un componente confederal o plurinacional,



no independentista, y aunque una parte haya votado a esa izquierda nacionalista (BNG y EH-Bildu, y menos a ERC), especialmente en los comicios autonómicos, son un factor de refuerzo de su orientación social que deben cumplir para evitar su distanciamiento.

Los apoyos parlamentarios progresistas o de izquierda del Gobierno de coalición han disminuido; ha sido imprescindible para la investidura de Sánchez el apoyo de Junts per Catalunya que, aparte de su agenda independentista, tiene una estrategia neoliberal en materia socioeconómica. Por ello, será más difícil implementar las necesarias reformas progresistas, sociales, económicas y fiscales. La duración de la gobernabilidad está por ver tras las elecciones catalanas; es difícil una alianza neoliberal de Junts per Catalunya con las derechas españolas, pero sí es posible su amenaza de elecciones anticipadas.

Por otra parte, en el seno del Gobierno de coalición, Sumar ya está teniendo que diferenciarse de algunos aspectos respecto del ala socialista. Creo que todavía no hay una suficiente comprensión del carácter doble del pragmatismo *sanchista*, sus tendencias centristas y continuistas y sus objetivos hegemónicos respecto del espacio a su izquierda. En ese sentido, sería imprescindible mayor firmeza y coherencia en el programa de reformas sociales y democráticas, en un marco de mayor activación cívica y refuerzo unitario de todo el espacio alternativo, en vez de la dinámica seguidista hacia el PSOE y de división con Podemos.

**O sea, el objetivo de Sumar del ensanchamiento representativo mediante la moderación política y la exclusión de Podemos (visto más como lastre que como activo), con la confianza de la benevolencia mediática por ello, está fracasando.** Y se nota la dificultad para condicionar al PSOE y sus políticas continuistas o contraproducentes, sin una presión social conjunta. Todavía no es tarde para la rectificación por parte de la dirigencia de Sumar, y hay algunos indicios de expresión pública de discrepancias en el Gobierno, aunque sin puentes de diálogo con Podemos. Su proceso constitutivo hasta el otoño busca la legitimación de su actual diseño, pero las evidencias de sus dificultades exigen un replanteamiento global de su estrategia, más incisiva y unitaria.

Todavía no es tarde para la recomposición de la izquierda transformadora, en la perspectiva de las próximas elecciones generales de 2027 (o anticipadas), que serán decisivas para la supervivencia de todo el espacio como actor determinante del proceso de cambio de progreso en España. O, dicho de otra manera, de cierre de este ciclo de exigencia reformadora, social y democratizadora, y vuelta a la normalización bipartidista, con el riesgo de la victoria involucionista de las derechas y, en el menos malo de los casos, con la continuidad de la prevalencia gubernamental socialista con su pretensión de mayor autonomía en su gestión centrista respecto de su izquierda y el bloque nacionalista.

Pero, se habría agotado la gran relevancia del impulso reformador y democrático de estos quince años, en espera de un nuevo recomienzo de la activación cívica y la articulación partidaria. La radiografía de las elecciones europeas del 9 de junio nos dará pistas sobre esa trayectoria en España y también en la Unión Europea.

### **La moderación política no asegura el ensanchamiento electoral**

El programa acordado del Gobierno de coalición se puede considerar positivo, con pequeñas mejoras sociales, aunque en los temas llamados de Estado es más ambiguo; es decir, se deja la

responsabilidad y autonomía al PSOE para su ejecución..., y es donde se están produciendo importantes fracturas: política exterior —Palestina, Ucrania, Sahara...—, Defensa —gasto militar, OTAN—, Interior —ley mordaza, inmigración...—, o política macroeconómica y fiscal.

Por tanto, no solo se limitan las mejoras sociales, sin nuevos presupuestos generales, sino que hay nubarrones europeos de austeridad fiscal y, sobre todo, geopolíticos con mayor incorporación al bloque *otanista*, todavía más militarista y belicista. Al mismo tiempo, se están estancando la aplicación de leyes como la de la vivienda o las medidas preventivas del 'solo sí es sí', aparte de la prórroga presupuestaria.

En ese contexto, la operación Sumar está fracasando en cuanto a las expectativas de ensanchamiento electoral a través de la moderación política y la correspondiente recomposición de la dirigencia y el liderazgo más amable, así como por su incapacidad para articular la colaboración del conjunto de grupos políticos, con la integración democrática y plural de Podemos. Aparte de sus efectos en su credibilidad política y su cohesión interna, exige una reflexión para reorientar su estrategia y, sobre todo, implementar un proceso articulador más unitario.

Todavía se puede decir que no es irreversible la tendencia hacia la irrelevancia de todo el espacio alternativo, con el desplazamiento del grueso de su electorado hacia el PSOE y la izquierda nacionalista (o la abstención). De seguir esa dinámica, se puede llegar hasta un volumen similar al de la Izquierda Unida de primeros años noventa, con poco más de dos millones y medio de votos, en torno al 10%, y una veintena de escaños..., incluso menos.

Se terminaría el periodo excepcional de la formación de ese amplio espacio sociopolítico transformador de casi tres lustros, tras el proceso de indignación cívica iniciado en 2010 y más tarde electoral e institucional por el cambio de progreso. Ello constituiría ese cierre, tan querido por los poderes fácticos, del ciclo sociopolítico progresista con un peso determinante de la izquierda del Partido Socialista, cuya fuerza social transformadora y su representación institucional quedaría en una posición muy secundaria.

Se puede mantener el bloque nacionalista periférico, particularmente sus izquierdas, como otro condicionante de la democratización y plurinacionalidad del Estado y de freno a la involución conservadora y centralizadora.

Pero el nuevo equilibrio, deseado por la dirección socialista para la próxima legislatura, con una posición más subordinada de su izquierda y con su mayor capacidad hegemónica y un nuevo bipartidismo, algo corregido, favorecería el bloqueo de la reforma social de progreso. Supondría, siempre que no ganen las derechas en la próxima legislatura, una adaptación del Partido Socialista al continuismo socioeconómico y político dominante en la Unión Europea. Se abre, pues, un auténtico desafío estratégico para la izquierda alternativa sobre el cambio social y democrático, base de su identidad política.

### **La formación de un electorado transformador**

Existe una base social de izquierdas moderada (o de centroizquierda), que quiere reformas progresistas pero limitadas. Constituye una corriente intermedia entre la izquierda alternativa y la socialdemocracia socioliberal. Cuando ésta es incapaz de implementar esos avances

democráticos y sociales o, aún peor, cuando aplica estrategias regresivas y prepotentes, esa base social se distancia de ella. En ese caso, si existe una alternativa con suficiente credibilidad transformadora, desplazan su apoyo hacia esa representación político-institucional más transformadora.

**La cuestión fundamental es, además de esas condiciones sociohistóricas o estructurales, la formación y consolidación de esas mareas sociopolíticas a través de una experiencia masiva de participación cívica en la defensa de sus intereses y demandas socioeconómicos y democráticos, así como la calidad de la articulación social y, específicamente, partidaria de su representación política e institucional.**

Todo ello explica, por una parte, la fluctuación de las corrientes o campos sociopolíticos y su expresión electoral (mareas u olas), y, por otra parte, a un ritmo y condicionamientos diferentes, con otros componentes organizativos, teóricos y éticos y, sobre todo, cómo se articulan, de forma unitaria y plural, los sectores más activos y su organización partidaria (el grupo surfista), así como su capacidad de vinculación y orientación entre los dos planos.

Respecto de las tendencias socioelectorales hay que precisar otra cuestión, ya adelantada: la existencia de una importante corriente no consolidada para las elecciones autonómica y locales (que más tarde se amplificará el 28M), respecto de las elecciones generales. Existe un voto dual; en las generales de 2015 —entre Podemos e Izquierda Unida— se llegó a seis millones, pero en las autonómicas no llegaron a cuatro; o sea, la izquierda transformadora tenía más credibilidad para influir en la gobernabilidad estatal y menos para la autonómica, con la excepción de los grandes ayuntamientos del cambio.

En los ciclos de 2015 y 2019, ya había más de dos millones que no votaban a Unidas Podemos —o Podemos e Izquierda Unida y sus convergencias— en los comicios autonómicos; y se confirmó en 2023. O sea, había y hay un sector intermedio que fluctúa, que puede ser considerado transformador (aunque vote socialista o izquierda nacionalista) y que podría ser recuperable para la izquierda del PSOE, como indicaban las primeras expectativas del frente amplio en torno a un Sumar unitario y democrático y transformador, aunque no se han cumplido. Su capacidad de remontada de este declive es una de las principales incertidumbres para el futuro inmediato.

Según los estudios demoscópicos, entre Sumar y Podemos todavía podrían mantener, para unas elecciones generales, unos dos millones y medio de votos de personas de izquierda social transformadora, de los tres millones conseguidos el 23J, siempre que acierten con frenar su declive, su división y reinicien una remontada representativa. Según el CIS, en las próximas elecciones al parlamento europeo, con una mayor abstención y entre ambas candidaturas de Sumar y Podemos, alcanzarían los dos millones de votos.

Sin embargo, el PSOE (y la izquierda nacionalista) persiste en la absorción de parte de ese electorado alternativo, menos consistente por esa fragilidad política y articularia. Pero no es descartable la posibilidad de cierta recuperación de esa base social y su reflejo electoral e institucional; depende de las dinámicas sociopolíticas y la capacidad de las dirigencias alternativas.

[Fuente: [Rebelión](#)]

Daniel Zamora

## La clase social es fundamental en la política gay

### Entrevista a Roger Lancaster

En las últimas décadas, casi una quinta parte de los países del mundo han legalizado el matrimonio entre personas del mismo sexo, mientras que menos de un tercio tienen aún leyes que castigan explícitamente la homosexualidad. Esto es, sin duda, una señal tanto de que ha habido avances importantes en la lucha contra la homofobia como de que aún permanecen incontestados grandes bastiones del prejuicio en gran parte del planeta.

En los años setenta y ochenta, las luchas por la liberación gay solían adoptar formas radicales, alineándose con movimientos antibelicistas y socialistas. Ahora esa conexión entre la política gay y el radicalismo político ha desaparecido por completo. En una entrevista con *Jacobin*, [Roger Lancaster](#), antropólogo y autor del nuevo libro [The Struggle to Be Gay —in Mexico, for Example](#) [N. del T.: traducible como «La lucha por ser gay —en México, por ejemplo»] (Universidad de California 2024), asegura que uno de los problemas fundamentales con las discusiones entre académicos y activistas sobre la homosexualidad es su desatención a la clase social.

En *The Struggle to Be Gay —in Mexico, for Example*, Lancaster ofrece una sociología de la homosexualidad entre la clase trabajadora, centrándose en los mexicanos de piel morena y de raíces indígenas. Lo que descubre es que los debates estadounidenses sobre la vida gay suelen ignorar cómo la clase determina los espacios a los que pueden permitirse acceder las personas. Esto hace que mucha gente de izquierda no vea cómo la inseguridad económica excluye a muchos hombres de clase obrera de la vida gay.

### ¿La política de la vida gay?

*Para empezar, quería preguntarte qué te llevó a escribir este libro. ¿Había alguna insatisfacción en particular sobre cómo se ha tratado la cuestión de la vida gay bajo el capitalismo en las últimas décadas?*

Hay mucho con lo que puede uno no estar satisfecho si se considera que las condiciones materiales, especialmente la dinámica de clases, deberían estar dentro del marco de referencia. Pero el compromiso con la economía política ha desaparecido en su mayor parte de los estudios LGBTQ y, desde los orígenes de la teoría *queer* en adelante, el concepto de clase desaparece como tema de interés duradero en el panorama estadounidense. De hecho, en la introducción de [Fear of a Queer Planet](#) [N. del T.: traducible como «Temor a un planeta marica»] (1993), Michael Warner expulsa expresamente de la materia la perspectiva de clase. «La clase», escribe, «es notablemente inútil... ininteligible» para las teorizaciones *queer* de lo social. Esta extraordinaria aseveración encapsuló el consenso emergente.

En las teorías de la performatividad de Judith Butler, que reconfiguraron el campo en torno a abstracciones en la década de los noventa, no se presta atención a las realidades mugrientas de la existencia de clase. Por lo tanto, incluso los trabajos que anuncian ostentosamente su «materialismo» se limitan a puntos de vista teóricos y no parecen tener mucho que decir sobre

las condiciones de clase en la vida real. Algunos académicos estadounidenses de la izquierda vinculada a los estudios culturales sí escriben la palabra «clase» de vez en cuando, normalmente incrustada como una ocurrencia tardía en una retahíla de referencias a otros tipos de desigualdad: «raza, género, sexualidad, clase».

Cuando estos teóricos se refieren a la clase, a menudo no está claro lo que quieren decir, y con frecuencia me quedo con la duda sobre si ellos mismos lo saben. Por lo general, ven la clase básicamente como un efecto de la discriminación («clasismo», término introducido por Audre Lorde al inicio del desarrollo de la política identitaria) y no como la forma en que se dan de manera inevitable las relaciones sociales bajo la inexorable dinámica de la producción y circulación capitalistas. O bien, confunden, al típico estilo estadounidense, la clase con una de sus manifestaciones —la pobreza— alineando conceptualmente a la mayoría de la gente trabajadora con las élites en el drama moral de ricos contra pobres.

El resultado es un corpus de trabajo cada vez más distante de las luchas cotidianas de la gente común y, a veces, bastante hostil a ellas. Por el contrario, mi libro trata sobre las clases sociales y cómo éstas determinan la vida de los homosexuales, pero también cómo limitan su imaginación social de la sexualidad, la libertad y la identidad. Empieza relatando de cerca y de manera íntima las experiencias de hombres homosexuales, en su mayoría de clase obrera, sus encuentros con el rechazo y la aceptación, la violencia y el amor, sus planes y frustraciones. A continuación, el libro se extiende para abarcar perspectivas más amplias: cómo se cristalizan las identidades dentro de las cambiantes contracorrientes político-económicas y cómo estas evoluciones históricas afectan la ubicación de los sujetos en el mundo social actual. El escenario es México, pero la dinámica de clases que describo se da en otros países, incluidos los del Atlántico Norte.

*Dices que no existe algo así como una política de la vida gay. ¿Qué quieres decir con eso?*

El pensamiento en este campo ha partido del supuesto de que lo gay —lo queer después, y más adelante alguna otra variante de la identidad interseccional— tiene necesariamente implicaciones políticas, por lo regular debido a que la identidad o la conducta transgreden ciertas normas y convenciones. Pero ¿es cierto? ¿Podríamos examinar la premisa más de cerca?

Es verdad que toda persona sujeta a las convenciones modernas que se sienta fuertemente atraída por miembros de su mismo sexo tiene que hacer algún tipo de ajuste de cuentas: «¿Soy yo esa palabrota, lanzada en invectivas comunes e insultos casuales?». Pero es difícil decir que este ajuste de cuentas personal tiene implicaciones políticas claras.

Una parte del movimiento homófilo (el Comité Científico-Humanitario de Magnus Hirschfeld y el activismo de Edward Carpenter, por ejemplo) se alió en sus inicios con el socialismo, pero no todos los homosexuales se unieron a los trabajadores y a los oprimidos. Hubo otra corriente que adoptó en esencial una añeja visión aristocrática según la cual la homosexualidad era uno de los privilegios del poder masculino (el grupo defensor de homosexuales de Adolf Brand, la Comunidad de los Especiales, por ejemplo, a principios del siglo XX) o que se alineó con el movimiento juvenil antimodernista *Wandervogel*.

Más recientemente, las posturas temáticas han variado. Durante la embriagadora época de la Nueva Izquierda estadounidense, los militantes homosexuales exigían la abolición de la familia; más tarde, los activistas por los derechos gay se movilizaban por la igualdad matrimonial. Resulta

difícil deducir una política implícita en las orientaciones, objetivos y estrategias inconstantes de los movimientos sociales. Y si nos fijamos en las subculturas de la vida nocturna como algo distinto de los movimientos sociales, las supuestas implicaciones políticas son aún más difíciles de deducir. Sin duda, cualquier subcultura que funcionara como un foro político interminable se convertiría muy pronto en un asunto demasiado tedioso.

Así que parto de una premisa diferente, basada en las escenas sociales reales sobre las que escribo. Cuando nos reunimos, socializamos y nos divertimos, no nos estamos rebelando, ni acumulando fuerzas políticas, ni estamos escenificando diversos tipos de transgresión, calculados para escandalizar a las costumbres conservadoras. No estamos participando en una lucha colectiva por el poder y su distribución, la definición operativa de la política. Más que nada, lo que pretendemos es pasarlo bien, arrancarle los momentos de placer que podamos a una existencia monótona y opresiva.

Me apresuro a añadir que, por supuesto, las subculturas pueden convertirse en trampolines para ciertos tipos de acción política de resistencia. No queremos que la policía nos moleste, y a veces nos vemos y vemos nuestros espacios en el punto de mira de las guerras culturales. El VIH aún define los horizontes de las experiencias de los hombres homosexuales, y las luchas colectivas por la atención médica han sido luchas políticas sin duda, aunque hayan adoptado formas muy diversas. Pero la condición predeterminada de la vida gay no es estar inmerso en la política. No deshonra a las instituciones creadas por hombres y mujeres homosexuales —los bares, cafés y antros, donde hacemos amigos, encontramos parejas y pasamos el tiempo una buena parte de nuestras vidas— si las llamamos «sociales» y no políticas.

*Pero gran parte del trabajo en este campo se presenta como político.*

Hay una fuerte tentación de sustituir el «debería» por el «es», y una serie de movimientos intelectuales a lo largo de los años han intentado sostener la improbable ilusión de que la vida gay, o alguna versión de la misma, es transgresora (y lo es, o sin duda lo fue) y que, por lo tanto, es también intrínsecamente política de alguna manera concreta (lo cual no es cierto). Así, a dos décadas del surgimiento de la liberación gay moderna, cuando los activistas y estudiantes universitarios desarrollaron un léxico para distinguir a la gente gay adecuadamente politizada y de pensamiento correcto del resto, los activistas y académicos norteamericanos empezaron a usar «queer» para distinguir a los sujetos que veían como inasimilables de aquellos otros homosexuales que consideraban que se habían vuelto irremediabilmente conformistas.

Una vez transcurridos otros veinte años, la palabra «queer» casi perdía por completo su connotación vanguardista —pero ya para entonces nos habíamos embarcado en una serie de nuevas búsquedas del sujeto transgresor ejemplar. Se trataba de un sujeto que jamás podría ser asimilado por el cisheteropatriarcado capacitista blanco y cuya resistencia a las normas y convenciones se consideraría instructiva. Hemos perseguido esta idea entre poblaciones y subpoblaciones cambiantes, produciendo como muestra una sucesión de grupos interseccionales múltiples y subgrupos cada vez más pequeños, a medida que cada grupo demográfico siempre acaba por incumplir los estándares de lo que sea que podamos entender por «transgresor» y «político».

Esta presunción transgresora —cristalizada en la palabra «queer», que, a diferencia de «gay», señala una negativa a imaginar el fin del estigma y el rechazo de una vez por todas— bloquea el

camino hacia las perspectivas que necesitamos. Cada vez más, parece una acusación contra una creciente mayoría de personas LGBTQ que nunca podrán ser consideradas lo suficientemente «queer» como para pasar una prueba de fuego que siempre está cambiando. Acabamos escenificando interminables juegos de moralidad cuyo objetivo es establecer órdenes jerárquicos cada vez mejor delineados en la cadena de opresiones. Este tipo de moralina es enemiga tanto del análisis sólido como de la solidaridad genuina y nos ha llevado a una serie de callejones sin salida. Hoy en día, estos hábitos de pensamiento han echado raíces político-económicas: ahora están subvencionados por una amplia red de acaudaladas fundaciones privadas, clérigos de la teoría queer en las universidades y las secciones DEI (diversidad, equidad e inclusión) de las grandes corporaciones.

Yo digo: retiremos este aparato conceptual y empecemos de nuevo desde una base diferente, una que parta de lo social como algo distinto de lo político y, como condición básica de la veracidad empírica, una que separe los deseos del teórico o activista de los de la gente real del terreno social. Salgamos de las viejas rutinas y dejemos de ver el mundo como se les ha entrenado verlo a generaciones sucesivas de académicos y activistas. Un campo renovado podría entonces abrir nuevos caminos a las investigaciones sobre lo político —llevarlas a estar menos comprometidas con las fundaciones privadas y sensibilidades de la política universitaria, las cuales, al fin y al cabo, inculcan formas de desprecio hacia la clase trabajadora. En fin, eso es lo que intento hacer.

### **Clase e identidad gay**

*Pero si, como argumentas, no existe una política de clases inherente a la vida gay, sí existe una base de clase para poder reivindicar una identidad sexual moderna y desestigmatizada. Pareces argumentar que, aunque la sociedad es en general más tolerante y liberal que hace cincuenta años, estos efectos no exactamente trascienden con facilidad las fronteras de los estratos sociales.*

Sí, este es el quid de las partes etnográficas del libro. Los hombres homosexuales de los que escribo, en su mayoría de clase trabajadora, algunos de ellos indígenas o mestizos, no dan muchas señales de querer ser sujetos políticos en cualquiera de los sentidos promovidos por los académicos y activistas de movimientos sociales internacionales. Pero sí anhelan la libertad, la aventura, la abundancia, el tener una vida feliz —nuevas posibilidades en los últimos cincuenta años— aunque no tengan los recursos para hacer cualquiera de esas cosas realidad. Es decir, que chocan perpetuamente con las limitaciones de su posición de clase. Cabe señalar también que, como resultado de su ubicación en el mundo social, también tienden a aspirar a metas personales que los académicos y activistas podrían tachar a primera vista de «conformistas», «normativos» o «de clase media».

*¿Qué significa concretamente ser homosexual y de clase obrera hoy en día en un país como México?*

Como sugiere el título, se trata de lucha, y ésta es un tipo de lucha de clases: el conflicto entre la vida gay, como identidad moderna cosmopolita, y la posición de clase de los hombres homosexuales que básicamente no pueden permitirse ser gay. Puede que el concepto de clases sea un secreto oscuro en Estados Unidos, pero esta incómoda relación entre la identidad sexual y la posición de clase es bien conocida en México, como también lo es el modo en que esta



relación encaja en una narrativa más amplia sobre la tradición y la modernidad.

La gente cuenta un chiste cruel que capta de manera concisa la lógica de estas relaciones. «Padre», dice un joven muy sincero de un barrio obrero, «tengo algo que decirle... soy gay». El padre le expresa su apoyo y luego le hace una serie de preguntas: «¿Pero vives en un barrio de moda? ¿Compras en tiendas de moda? ¿Puedes ir a discotecas donde cobran cien pesos la entrada?». La respuesta del chico a las tres preguntas seguidas es algo así como: «Pues no, papá, usted ya sabe que no puedo permitirme esas cosas». Luego viene la respuesta seca del padre, un duro remate: «Bueno, hijo, te quiero mucho, y siento decirte esto, pero estás confundido, estás equivocado. No eres gay, solo eres un pinche puto».

La primera vez que oí este chiste, me estremecí. Pero luego empecé a hallarle más sentido a mucho de lo que estaba viendo en la escena social gay de Puebla. Y el modo en que disfrutaban de la crueldad del chiste los que lo contaban, fueran homosexuales o heterosexuales, me dio una pista sobre ciertas frustraciones más amplias. El chiste nos dice que en México lo gay se entiende como una identidad de clase media asociada a los accesorios de un estilo de vida cosmopolita. Como sugieren las preguntas del padre, implica un cierto estilo de vida, una forma de vestir, una noche divertida en los antros, seguida quizá de un relajado *brunch* dominical e ingeniosos albures con los amigos. Pero en un país donde el salario mínimo es de 14,50 dólares al día (y esto solo después de los seis aumentos consecutivos del actual gobierno de centroizquierda), tan solo el precio de entrada a un antro de moda supera el alcance de muchos.

Para los hombres de clase obrera, por lo tanto, ser gay no es un hecho, es una lucha, una identidad a la que aspiran. El chiste lo resume todo: cómo los recursos limitados restringen las opciones de los hombres de clase trabajadora y encarrilan sus vidas por ciertos caminos, dejándoles un papel de aspirantes frustrados a una identidad libre y sin estigmas, pero también cómo la clase estructura los mundos aspiracionales y simbólicos de las personas. La crueldad del chiste es típicamente autorreflexiva: cada narrador se encuentra siempre en la misma posición que el joven protagonista, excluido de lo que ambos perciben como la buena vida.

*¿Así que la dinámica de clases divide el mundo gay?*

Exacto. Y me arriesgo a repetirlo: cuando los hombres de clase trabajadora luchan por ser gay, por una identidad no estigmatizada, por el capital cultural, por la modernidad, en realidad están luchando por una existencia de clase media. ¿Y cómo podría ser de otro modo? Cualquiera puede ver que los hombres con recursos tienen más libertad que los necesitados; cualquiera puede ver que es mejor ser percibido como «gay» que como un «puto». No obstante, los distintos mimetismos o simulaciones —las marcas falsas, por ejemplo— no pueden convertir a una persona de clase obrera en una de clase media, no pueden convertir a un «puto» en un hombre gay. Y ahí radica la desdicha de los aspirantes: carecen de los medios materiales para conseguir lo que quieren. Como un espejismo en el desierto, la identidad gay se les escapa constantemente.

Una tentación podría ser descartar estos anhelos como errores, falsos señuelos o un optimismo equivocado. La teoría queer y sus ramificaciones tienen muchas plantillas para este tipo de rechazo; pienso en especial en el [\*Cruel Optimism\*](#) [N. del T.: traducible como «Optimismo cruel»] de la difunta Lauren Berlant. Y tal vez esté pisando terreno inestable, pues la crítica socialista también tiene algo que decir aquí. Los socialistas se podrían tentar a decir que estos sueños equivalen al consumismo y refuerzan la ideología burguesa o que sustituyen a una perspectiva

genuinamente obrera. Quizá haya algo de razón en ello. Pero las personas luchan con los recursos que tienen a la mano, no con los que podríamos desear que tengan. No creo que nos sirva volver a hablar aquí de teorías de falsa conciencia. La verdad es que la gente conoce mucho sobre su trabajo, explotación y posición real en el mundo.

Espero no dar la impresión de que estoy promoviendo una falsa contracrítica populista del tipo asociado con los banales años intermedios de los estudios culturales. Los hombres sobre los que escribo no aspiran solamente a comprar el último iPhone o un atuendo de marca, aunque algo de eso hay. No son unos tontos ingenuos de las industrias culturales, ni están tampoco reinscribiendo y recodificando subversivamente los mensajes de los anunciantes y los objetos mediáticos. Su problema es el no tener, y no el no entender.

A un nivel más profundo, desean formas de libertad que no siempre pueden explicar con claridad. Este deseo implica dinero, pero no se trata solo de dinero: los aspirantes se esfuerzan por participar en un mundo cosmopolita moderno tridimensional de comprensión ilustrada, libertad personal y comodidad material. ¿Y quién no?

Así que empiezo por ahí, y me esfuerzo por comprender con simpatía cómo la gente habita un mundo monótono y cotidiano y con qué materiales aspiran a algo más. Intento seguir la pista de cómo estos anhelos surgen de sus situaciones particulares. Vale la pena tener en cuenta la historicidad de estos acontecimientos. Si la identidad gay es una posición del sujeto liberal burgués, heredera de las tradiciones de la Ilustración, también es un vehículo de ideales y aspiraciones universalistas. Las luchas personales y colectivas que documentó son continuas y abiertas. Nadie puede decir de antemano a dónde pueden llevar a los aspirantes, ni individual ni colectivamente.

### **Variaciones de la clase obrera**

*Tú describes lo que los mexicanos llaman el «ambiente», que es un entorno más que una identidad. ¿Podríamos decir que la dinámica de los últimos treinta años ha consistido precisamente en ampliar nociones más explícitas basadas en la identidad como «gay» en vez de espacios menos prescriptivos como «el ambiente»?*

Sí, pero con algunos asteriscos importantes. La mayoría de la gente traduce «ambiente» como «gay» o, en otras ocasiones, utiliza el término para indicar el tipo de escenas *underground* que existían antes de la llegada del concepto internacional de «gay» en algún momento a finales de los setenta o principios de los ochenta. Estos usos opacan puntos importantes que intento desplegar.

Hoy en día, los hablantes mexicanos tienen dos formas de plantearte la pregunta. Si te preguntan «¿Eres gay?» te están pidiendo claridad sobre tu identidad. Es una pregunta que presupone un aparato clasificatorio globalizado, y no hace falta ser homosexual para entender lo que te preguntan. Por otro lado, si te preguntan: «¿Eres de ambiente?», te han preguntado algo diferente. Tal formulación se parece bastante a la anticuada pregunta inglesa «*Are you in the life?*» («¿Estás en la vida?»).

En mi libro enfatizo algo que no siempre se entiende. La segunda pregunta hace menos presuposiciones sobre la identidad que la primera: no te pide tus documentos de identidad. Más

bien, te pregunta si tienes comunión con un «nosotros» ambiguo. Nacido bajo condiciones represivas, el término «ambiente» funciona a partir de la ambigüedad, no de la claridad, y toma esta ambigüedad como su condición habilitadora. También sigue funcionando, incluso ahora, como una llave secreta a una puerta oculta: si no eres del *ambiente*, probablemente no entenderás la pregunta, y el que pregunta tampoco se habrá descubierto.

Intento captar algo de los paisajes sociales resultantes y del tipo de gente que uno puede encontrarse allí. Este *demi monde*, el ambiente, donde nadie tiene que dar explicaciones y nadie comprueba su identidad en la puerta, es un mundo flotante sin dirección fija. Puede ser este parque el miércoles, aquella cantina el jueves por la noche, una casa de baños tradicional el viernes por la tarde. Está asociado a las clases populares, sin duda, pero también es uno de esos espacios donde los distintos estratos socializan y se mezclan escandalosamente.

¿Cuál es la relación entre una cosa y la otra? La escena gay cosmopolita se plantó en el ambiente, que sigue existiendo a su alrededor. Así pues, la escena gay no desplazó ni suplantó al ambiente; más bien, podríamos decir que estableció una hegemonía sobre una geografía más amplia. A riesgo de ser reduccionistas, también podríamos decir que lo «gay» es una formación de clase prominente en el mundo por la noche. O, para enmarcarlo mejor, podríamos decir que es una manera de soñar, de intentar alinearse con el tipo de prestigio económico que podría garantizar una vida digna, una especie de [«cosmopolitismo imaginado»](#), por usar al fin el término inevitable de la antropóloga Louisa Schein.

*A veces se tiene la sensación de que te gusta el «ambiente» como modelo de formas de vida posqueer.*

Es una alternativa a la reificación taxonómica que hoy en día elabora esquemas clasificatorios para producir sujetos cada vez más delimitados, aptos para la política identitaria. Pero en vez de elogiar sin reservas un término o el otro, busco exponer las distintas implicaciones de lo «gay» y del «ambiente», ya que mis sujetos van y vienen entre mundos conceptuales.

*La opinión generalizada sobre la sexualidad de la clase obrera es que suele ser conservadora. Tú no pareces estar de acuerdo en que debemos pensar así automáticamente de los trabajadores.*

Los teóricos sociales desde Max Weber han pensado que las condiciones de clase cultivan inevitablemente actitudes socialmente conservadoras en las clases trabajadoras y populares. No es irracional pensarlo, sobre todo si entendemos que el apego a la tradición está arraigado en el tipo de dinámica de clases que [Karl Polanyi](#) y otros han trazado, en el que las clases populares tienen un interés en las maneras viejas y tradicionales de hacer las cosas porque éstas establecen barreras contra las innovaciones económicas que aceleran el ritmo de explotación.

Los observadores modernos, incluidos los estudiosos de Pierre Bourdieu, han ampliado esta idea para sugerir que los trabajadores tienen una afinidad natural con el conservadurismo sexual, en particular con la homofobia. Esto por no hablar de la sabiduría superior de las clases medias cultas, que suelen ver a las clases trabajadoras como «atrasadas», sin duda en la cuestión de la tolerancia sexual, sobre todo en la era de Donald Trump y otros demagogos de derechas.

Sin embargo, hay demasiadas variaciones históricas y geográficas para poder decir que la clase obrera o, si se quiere, las clases populares en sentido amplio son homófobas a fuerza de algo

intrínseco a la estructura de clases. En el transcurso de la historia hay largos periodos en los que las clases bajas parecen haber sido indiferentes a la prohibición de la actividad homosexualidad: miraban hacia otro lado; practicaban actos sexuales con gente del mismo sexo de forma poco discreta.

Carlos Monsiváis comenta que en el México del siglo XIX las anécdotas sobre hombres (de clase obrera, en especial) que se acostaban juntos se podían contar sin escandalizar a los presentes. Y hoy las ideas sobre la sexualidad varían mucho de un sector popular a otro, de una región a otra y, en México, de un pueblo a otro. Aquí se encuentra una relativa aceptación, allá un violento rechazo; acá la celebración pública de la diversidad sexual y de género, allí la condena y la censura.

La religión organizada suele ser un fuerte impulsor de la homofobia, pero en la práctica, la tradición religiosa significa cosas distintas para cada persona. Digan lo que digan los sacerdotes, no hay una conexión obvia entre, por ejemplo, el culto a la Virgen de Guadalupe y la homofobia. Muchos lo niegan además. (Incluso los bares y los baños gay a veces tienen altares de santos muy venerados cerca de la entrada).

Aun así, en conjunto, los jóvenes de clase trabajadora y popular de México (y de otros lugares) parecen ser especialmente vulnerables a las peores formas de homofobia, incluido el rechazo familiar desgarrador y los actos horribles de violencia. Sugiero que, en lugar de naturalizar esta vulnerabilidad o escribirla en una visión estática de la cultura de clase, la veamos en la convergencia de tendencias político-económicas y sociales.

En primer lugar, cuatro décadas de neoliberalismo han hecho que la vida en los barrios obreros y en los pueblos de bajos ingresos sea más precaria e inestable. Las cosas empeoraron mucho más cuando Felipe Calderón intentó apuntalar su presidencia tras unas elecciones cuestionables en 2006 declarando la guerra a los narcotraficantes y desatando con ello olas de violencia que aún no han remitido. Las nuevas formas de entusiasmo religioso —el protestantismo evangélico, las sectas milenaristas como los Testigos de Jehová, los movimientos carismáticos, el catolicismo de valores familiares— han entrado en la brecha social, aportando una apariencia de estabilidad a unas vidas desestabilizadas, pero también han aumentado la homofobia y la intolerancia.

Además, la educación superior se vincula a visiones socialmente liberales, y éstas proporcionan cierta protección contra las peores formas de homofobia, pero la clase trabajadora de los barrios y pueblos tiene, en el mejor de los casos, un acceso acotado a las universidades. Al tratar de reconstruir estos factores, me apoyo en lo que han sugerido otros estudiosos, quizá sobre todo [Vivek Chibber](#): con la destrucción de instituciones obreras sólidas como los sindicatos combativos y un pacto socialdemócrata-populista general, que protegía a la clase obrera de las peores tormentas del desarrollo capitalista, los trabajadores suelen recurrir a instituciones conservadoras y estabilizadoras como la familia, el parentesco y la religión. Esto no tiene nada de raro, pero tampoco es inevitable.

Por todas estas razones, deberíamos pensar en la intolerancia de la clase trabajadora como una tendencia y no como una regla, un problema que aparece en algunas circunstancias y desaparece en otras.

## «Interseccionalidad», socialismo y política sexual

*En cierto sentido, tu libro es un intento de volver a hablar de las clases sociales. Pero no desde una perspectiva interseccional. ¿Por qué? ¿No estás simplemente agregando la clase a una gran mezcla de categorías de identidad?*

Es cierto que intento pensar en las dimensiones superpuestas de la desigualdad. Las personas sobre las que escribo son homosexuales, hombres, de piel morena, indígenas o, recientemente, mestizos; algunos proceden de zonas rurales o de pueblos pequeños. También son, en su mayoría, de clase obrera. Intento prestar atención a la especificidad de estos factores, teniéndolos todos en cuenta y describiendo sus efectos en las experiencias de los sujetos. También analizo ciertas formas en que la prohibición sexual, la raza/etnia y otras cuestiones se interrelacionan en sistemas sociales más amplios. Todo esto podría parecer hecho a medida para un tratamiento identitario, interseccional sobre todo.

Sin embargo, los elementos en juego no tienen el mismo peso, ni contribuyen cada uno de igual manera a una suma calculable de la posición de cada individuo en un sistema de desigualdad social, ni son todos de la misma sustancia. Y lo más importante: un elemento no es como los demás. La clase social no es una identidad: no depende en absoluto de la «adscripción», por usar un término de [Adolph Reed Jr.](#) No es un estatus cívico ni un producto ideológico, sino una relación de producción, una situación objetiva inevitablemente estructurada por las fuerzas productivas. A diferencia de las otras formas de desigualdad en juego, la clase es una característica necesaria, no contingente, del sistema capitalista, que divide el mundo en propietarios y trabajadores.

Conceptos como el «capitalismo racial» invariablemente (mal)interpretan la adscripción en la dinámica inmutable del sistema capitalista, reconociendo allí lo que ya han postulado. Este diagnóstico erróneo lleva a la conclusión de que el capitalismo requiere del racismo y la desigualdad racial. Los teóricos queer, cuando han abordado estos temas, proponen ideas parecidas, mezclando el modo de producción (leyes de producción económica bajo el capitalismo) con el modo de reproducción social (instituciones cambiantes de matrimonio, familia, parentesco) para también decir que el capitalismo depende de la homofobia.

También eso resulta ser una premisa errónea—obviamente en un momento en el que la «diversidad» representa el rostro humano del neoliberalismo, como lo han demostrado Nancy Fraser y Walter Benn Michaels. La interseccionalidad y la crítica queer de color se basan en estos fundamentos teóricos poco sólidos. En la literatura que da vida a estas ideas yo no he visto mucho que me ayude a entender las situaciones de mis sujetos, en su lucha contra las distintas formas de desigualdad dentro de las limitaciones de clase, y mucho menos la arquitectura de la desigualdad en las formaciones sociales cambiantes.

Así pues, he tratado de darle a este material un mayor sentido de historicidad que el que se da en la mayoría de los enfoques interseccionales, que con demasiada frecuencia parecen tabulaciones mecanicistas, el recuento de una identidad preestablecida al lado de otra en un marco estático en esencia. Lo mejor es, como lo veo yo, ser suficientemente fluidos en nuestros análisis para tratar de entender cómo las identidades aparecen o desaparecen dentro de horizontes político-económicos cambiantes.

Entonces, escribo sobre cómo surgió la homosexualidad moderna en México a principios del siglo XX en condiciones de guerra de clases y nerviosismo por la estabilidad del orden social y cómo las identidades homosexuales posteriores se formaron y remodelaron en condiciones político-económicas cambiantes, desde el declive de la dictadura de centroizquierda hasta el ascenso de la democracia neoliberal.

*Has mencionado la noción de capitalismo racial y escribes mucho sobre el color de piel, la indigenidad y la indigenidad implícita. ¿Están estas cuestiones más estrechamente alineadas con la lógica capitalista que las cuestiones de sexualidad?*

Tal vez lo que está en juego se manifiesta mejor cuando examino la cuestión racial/étnica en México. Un examen escrupuloso del terreno social da prioridad a la lógica de clase a la hora de explicar las desigualdades actuales, aun reconociendo la permanencia de una minoría indígena en la nación y los racismos interiorizados en la cultura mestiza. Cito la lógica de un pasaje de la discusión del historiador Cedric Johnson sobre raza y clase en Estados Unidos: La indigenidad sigue siendo despreciada y los descendientes mestizos de la civilización precolombina siguen estando en la parte baja de la escala económica, pero el racismo anti-indígena y las formas de opresión ligadas a la hacienda, que ataba a la tierra a los endeudados y que reproducían las identidades étnicas, ya no son los principales determinantes de las condiciones materiales o de la movilidad social de la mayoría de los mexicanos de piel morena.

Tomando en cuenta la cantidad de racismo que se oye en las conversaciones cotidianas, uno creería que, a pesar de la igualdad legal, la animadversión y discriminación raciales siguen estructurando activamente las desigualdades económicas en la actualidad. No sería absurdo pensarlo, pero es poco probable que sean factores importantes. Tras desglosar clase, etnia y color de piel, un [minucioso estudio sociológico](#) encontró escasas pruebas, sorprendentemente, de que la discriminación activa dirija los mercados laborales mexicanos y mantenga las jerarquías fenotípicas.

Más bien, nos vemos obligados a concluir que las formas modernas de opresión de *clase* dirigen el destino de una masa creciente de mexicanos que, de manera desproporcionada (mas no exclusiva), tienen raíces indígenas. Su trabajo ha sido degradado por la «hiperindustrialización, la introducción a gran escala de la automatización y el mando cibernético, la producción justo a tiempo y otras estrategias de acumulación flexible» en el campo y fábricas de México (vuelvo a parafrasear los instructivos argumentos de Cedric Johnson). Nacieron en la pobreza y ahí permanecen porque las condiciones de movilidad económica entre los trabajadores menos cualificados y conectados están estancadas. (Puede que estén empezando a cambiar ahora estas condiciones. A menos de seis años en el poder, el gobierno de centroizquierda de AMLO no ha pulsado el *switch* para parar el neoliberalismo—ese interruptor no existe—pero sí que ha apretado los botones de reinicio en una gran serie de funciones gubernamentales. El efecto neto

ha sido la reducción de las desigualdades y un empoderamiento de la clase trabajadora).

Esta perspectiva es muy distinta de la interseccionalidad. Lo que menos quiero hacer es proponer una nueva identidad interseccional, una que convierta las desigualdades en hechos dados: clase obrera, piel morena, gay. En la sociedad existen la represión y la intolerancia sexuales, igual que los prejuicios sobre el color de piel o la indigenidad implícita. Pero éstos adquieren otro aspecto cuando los vemos dentro del contexto de la condición de clase en la sociedad, que sirve como un campo magnético para estos elementos cambiantes, y no como fuerzas autónomas que se cruzan y entrelazan.

*Pero ¿cómo debemos enfocar la política sexual desde una perspectiva socialista?*

Pienso en lo que decía Eric Hobsbawm en su ensayo de 1996 sobre el socialismo y la política identitaria: el socialismo no es para los negros, ni para los homosexuales, ni para los latinos, ni para ningún otro sector o grupo específico. El socialismo es para todos. Ni siquiera es solo para los trabajadores. Aunque los partidos y movimientos socialistas se han basado históricamente en la clase obrera, el atractivo del socialismo, en su momento de mayor éxito, fue más amplio. Las demandas de la clase obrera adoptaron formas amplias que también consiguieron el apoyo de los desempleados y los marginados económicos, los pequeños vendedores, los profesionales de clase media y otros sectores sociales.

En contraste con este enfoque universalista, llevamos medio siglo tratando de desarrollar una política socialista en forma de coalición de movimientos minoritarios que hacen de la identidad el fundamento de su lucha. Los resultados no dan mucho de qué hablar. Las reivindicaciones particularistas nunca se suman a los principios universalistas, nunca adoptan la forma de demandas que puedan revertir las crecientes desigualdades. Por lo tanto, es raro que estos movimientos aborden siquiera las verdaderas necesidades de la mayoría de la gente que dicen representar.

En todo caso, el liberalismo activista —que muchos confunden ahora con el socialismo— es sin duda más capaz en la política de grupos de interés. Hay que reconocer que este enfoque ha logrado algunos avances reales, sobre todo en la prohibición de las formas de discriminación anteriormente legales. Pero aparte de estas importantes reformas, los derechos fragmentarios ganados en nombre de la identidad nos han dado resultados mixtos.

El derecho al matrimonio, por ejemplo, es universal en principio, pero en la práctica su disfrute entre homosexuales se ha dado más en las clases media y alta, pues las circunstancias materiales entre la población obrera dificultan el acceso a este derecho. Esto es parte de una antigua historia sobre la igualdad formal, los derechos liberales —más o menos, el telón de fondo del libro entero.

De nuevo, creo que es importante separarnos de las maneras de pensar adquiridas de académicos y activistas de ONG, pues reflejan principios liberales, no socialistas. Si el «todos» del socialismo es universal e incluyente, entonces el acercamiento analítico a la sexualidad —y la raza, etnia y otras cuestiones relacionadas con la política identitaria— debería consistir en buscar intereses y necesidades comunes en todos los sectores de las clases trabajadoras y populares. Deberíamos de guiarnos, en la medida de lo posible, por una visión del bien común.

Así, por ejemplo, si la gente de piel morena se concentra en el fondo de la pirámide económica, la solución es aumentar los salarios no cualificados, elevar el piso social, hacer universal el acceso a la salud, la educación, etcétera. Del mismo modo, si los homosexuales de hoy no pueden conseguirse una vida satisfactoria debido a las condiciones difíciles y la escasez artificial que afectan a las clases obreras y populares en general, entonces el camino a seguir no es desplegar nuevas reivindicaciones particularistas, sino ampliar los derechos universales a la atención médica, la vivienda, salarios dignos, educación y prestaciones, y darles más poder a los trabajadores en sus lugares de trabajo y en la sociedad en general.

Algunos se preguntarán si este planteamiento aborda realmente la especificidad de las experiencias homosexuales. Contestaré así: Yo creo en la creatividad humana, por lo que soy optimista en cuanto a que, si se nos dieran estas condiciones, construiríamos mejores vidas, más felices, más integradas —vidas más gay— tanto para nosotros como para los demás. Entonces podríamos decidir, sin presuposiciones ni presiones, si el matrimonio u otro arreglo institucional cumple con nuestras necesidades y deseos. También podríamos luchar contra las formas residuales de prejuicios (racismo y homofobia) con mejores herramientas.

No cabe duda de que lo que digo aquí será polémico. Ningún planteamiento responderá con precisión a todos los problemas o demandas imaginables. Sin embargo, un planteamiento socialista universalista resultará más integrador —y, en última instancia, más eficaz— que los derechos liberales particularistas basados en la identidad.

[Fuente: [Jacobin](#). Traducción: Jesús Hermosillo]



Josep Torrell Jordana

## La espontaneidad de la percepción

Reseña del libro de Juan-Ramón Capella *Disfrutar el arte. Comentario y silencio*, Trotta, Madrid, 2024, 238 págs.

Conocí a Juan-Ramón en un acto del PSUC, en una sala de los paseos de Montjuïc en 1978. En la mesa redonda estaba Antoni Domènech (de la revista *Materiales*), que fue increpado durante su intervención. Los dos asistentes hicimos un gesto de enfado ante los insultos implícitos. Al ver la sintonía entre los dos, Juan-Ramón dijo que aquello iba a acabar mal; yo le dije que estaba de acuerdo. Al empezar las intervenciones, algunos de los militantes viejos del partido, del PSUC, intervinieron sin respeto hacia Domènech, hasta el punto de que éste les dijo «Yo no he venido aquí para que me insulten. Me voy, y con su pan se lo coman, maleducados». Y se fue. A partir de ese momento, Juan-Ramón y yo empezamos a conversar y al salir del acto nos despedimos cordialmente, pero sin dar nuestros nombres.

En la primavera de 1980, fui a recoger el grupo de ejemplares de *mientras tanto* para los suscriptores de Igualada. Al principio, toda la redacción y algunos amigos enviaban manualmente la revista a las personas suscritas. Y en esta *reunión de faena* en el Centre de Treball i Documentació (CTD) me presentaron a Juan-Ramón Capella (al que, como he comentado, había conocido sin saber su nombre hacía años). Años más tarde, en el n.º 33 de 1988, José Antonio Estévez y yo nos integramos en la redacción. A partir de este momento —menos los libros de Derecho, que eran duros para mí— he leído todo que lo ha ido publicando Capella. Por ello, me he quedado sorprendido al tener en mis manos su último libro, que no era *político-social* sino sencillamente de *arte*.

*Comentario y silencio* es absolutamente serio. Silencio es contar, por ejemplo, los ajetreados movimientos de 1917-1930 en la Unión Soviética. Esto es un punto clave del ensayo: *nunca* cita las obras que no ha podido ver. *Las reproducciones en diapositivas no son para él*. Al contrario: *somos los universitarios especialistas en arte los que sí elaboramos comentarios sobre obras de arte pictóricas, aunque no hayamos visto su color original, ni el tamaño real del lienzo pictórico del que hablamos*. Hay quien es sabedor de los movimientos artísticos soviéticos, *pero sólo a través de libros y páginas web*. Pero *Disfrutar el arte* no. El *comentario* es el goce de lo que tienen las obras a juicio de un *lego*.

El libro está íntimamente estructurado a partir de dos ejes. El primero es la *Expulsión del paraíso* de Masaccio, que representa a Adán y Eva tapándose el rostro (Adán) y los pechos y el sexo (Eva). Los dos personajes están en la pintura que representó las leyes de la perspectiva: los cuerpos se representan en el centro de un entorno en que todo se ve: el ángel, el monte sobre sus pies en la tierra. Este es uno de los gozos que ofrece el libro: *el desnudo humano a través de los siglos*.

El segundo eje está más cerca de su cualidad de profesor de derecho: es Giotto con *La huida a Egipto*. Ni el paisaje ni la perspectiva son los de Masaccio; y tampoco cada personaje. Sin embargo, es una pintura realista. «No me resisto a hablar de Giotto», declara Capella. ¿Qué le obliga a hablar de Giotto? Algo que no se aprecia en un primer momento: la virgen, el niño y José

no van solos en el cuadro. *Los acompañan personas que no figuran en los evangelios, pero que son reales en el cuadro, por ser gente que huye por el mismo peligro.* Es la primera encarnación del peligro de muerte para poder sobrevivir.

Las obras tienen algunos *truquillos*. Por ejemplo, con Piero Della Francesca, *La leyenda de la invención de la Cruz* que hizo Constantino. Juan-Ramón describe la leyenda, pasando por alto la alusión a *El sueño de Constantino*, una de sus obras más valoradas. Para saberlo, hay que verla. Por lo demás, la leyenda de la luz es un embuste, sin más.

Michelangelo, Leonardo, Donatello, Benvenuto Cellini, Ammannati, Baccio Bandinelli son —con obvias variantes— desnudos masculinos que siguieron a Masaccio. Brueghel el Viejo, tras *La boda campesina*, hizo sin embargo la mordaz *La parábola de los ciegos, según los evangelios, fue explicada por Jesucristo a sus discípulos*. Un artista difícil de encajar es El Bosco, aunque los guardianes del Prado siempre relatan que los visitantes son los niños y las niñas, que no quieren irse.

Durero y Tiziano tienen apartados propios, hasta llegar a los *Martirios de san Sebastián* (que es una delicia), aunque la iconografía cristiana tiene al supuesto Sebastián en el altar supremo. Desde el Renacimiento hay múltiples ejemplos y el libro examina algunos de ellos —Guido Reni, por ejemplo— claramente homosexuales (sea el comisionado o el artista). Juan-Ramón escarba entre Botticelli, Perugino, Mantegna, Berruguete, Ficherelli, Rubens o El Greco. El tema demuestra intachablemente cuál era el imperio sexual de la Contrarreforma.

Y de la Contrarreforma se baja a Caravaggio (que tiene tres apartados sobre su figura) y luego a Lorenzo Bernini. Un aspecto central de *Disfrutar el arte* es juzgar el sadomasoquismo en el ánimo de los creyentes. Sadomasoquismo o el fuego del demonio, pero en la plaza pública. Incluso el propio Caravaggio se vio obligado a hacer un lienzo de esas características.

Después de lo cual llegan Rubens, Vermeer... y Velázquez, Murillo y Zurbarán, la arquitectura de los «espacios mágicos españoles» (interesantes), hasta vadear el siglo XVIII y llegar a Goya, rodeando sus edades y estilos, desde los tapices, los frescos, los grabados, las pinturas, hasta hablar de la *Quinta del Sordo*, donde se guarda la admirable cabeza del perro hundido en la tierra, bajo un cielo descolorido, sobre lo que versa el comentario. Un conjunto de colores marrones que anuncia (como el último Caravaggio) el arte de Turner, a quien no se cita.

El siglo XIX entraña tres cuadros *políticos*: *La balsa de la Medusa* de Géricault, *La Libertad guiando al pueblo* de Delacroix y *La carga* de Ramón Casas, que son admirables por su factura. Además, con los mismos aspectos que *Los fusilamientos del 2 de mayo* y *Duelo o garrotazos* de Goya.

Las obras y los estilos de arte son una especie de explosión. Aparecen Cézanne, Van Gogh, el escultor Rodin y Picasso. Pero Juan-Ramón cita también a Monet, Pissarro, Sisley, Renoir, Gauguin, Rousseau el aduanero, Nonell, Rusiñol, Utrillo, Braque, Juan Gris, Matisse, el primer Kandinsky, Munch, Malevich, Duchamp, Modigliani, Chagall, Mondrian, Klee, Miró, Luis Buñuel (*sic*), Guinovart, Antonio López o Barceló. Aquí hay que observar la particular visión del arte catalán (desde Picasso a Casas, de Juan Gris a Miró, etcétera). Este *río revuelto* —citando a Juan-Ramón— permite preciar innumerables muestras del arte pictórico.

Ahora, sin embargo, ayer y hoy, toca disfrutar el arte de la escultura actual: Manolo Hugué, Pablo Gargallo, Julio González, Alberto Sánchez, Jacques Lipchitz, Giacometti, Henry Moore, Eduardo Chillida (fantástico *El peine del viento*) y Jorge Oteiza.

Todos y cada uno de los citados tienen una edición en color. Michelangelo, Cellini, Caravaggio, Velázquez, Goya, Van Gogh, Cézanne, Rodin, Picasso y Gargallo tienen más de una.

¿Es una *buena* historia del arte? Depende. Más bien es el libro de una persona que disfruta el arte y se lo comunica a sus lectores. Pongo un ejemplo: Courbet, pintor de la Commune y autor de *Los picapedreros* (pero también de *El origen del mundo*: el sexo de una joven, sin brazos, sin piernas y sin rostro). La contradicción es clara: *Los picapedreros* es un claro exponente de los lienzos que Juan-Ramón detalla desde Giotto, pero *El origen del mundo* no. No se parece al *desnudo* a través de los siglos. Más bien se percibe como un plano *pornógrafo*, y ello incita a no juntarlo con el Masaccio de la *Expulsión del paraíso*.

Tiene servidumbres, aunque son especificadas al inicio del libro: *disfrutar en arte*, aunque «también ayudar a evitar el *mal* gusto».

En este sentido, su querencia por los ejemplos claros —que no asume las estructuras de los *eruditos* del arte— es la respuesta en *sí*: es un delicioso servicio (para los conocedores, pero también para los desconocedores) al arte de Giotto, o a la escultura de *El peine del viento*.

[Fuente: [Espai Marx](#)]

# Mi vida con Lenin

Espai Marx-El Viejo Topo Vilassar de Dalt 2024 316

Vladímir Ilich: otro, aunque el mismo

Josep Torrell Jordana

Este libro salió en castellano en 1976. Lo tomé y lo metí en mi estantería. Y allí se quedó criando malvas. Lo sé. Cometí un grave error. Aunque en 1982, leí a Anna Lárina en italiano (luego en *Lo que no puedo olvidar*, Galaxia Gutenberg). A su compañero (Nikolái Bujarin) lo ejecutaron y en 1938 fue enviada al Gulag, con 24 años. Cuando llegó el 1 de mayo, cuatro presas (entre ellas Anna) decidieron cantar *La Internacional...*, aunque *cantando y llorando*, pues no les era posible saber a quién y a dónde estaban alzando su canto revolucionario. Aún con el corazón encogido y los ojos llorosos, decidí leer a las revolucionarias y a las mujeres de revolucionarios: Kollontai, la experiencia de *Contra toda esperanza*, de Nadezhda Mandelstam (antes en Alianza; ahora en El Acantilado), y la hija Marx, Eleanor Marx, en *¡Siempre adelante!*

Nadezha Krúpskaya se casó con Vladímir Ilich en mayo de 1889. Fue esposa de Lenin durante 45 años. *Mi vida con Lenin* cubre el periodo de 1889 a 1917. Falta el periodo de 1917 a 1924. Parece que lo escribió, pero las autoridades soviéticas del momento desestimaron su publicación. Como lo hicieron con el *Testamento de Lenin* (1923), que proponía a Trotski como secretario del partido. El texto desautorizaba a Stalin, y también a Zinoviev y Kámenev. No se publicó y *éste fue el primer síntoma del stalinismo*.

Krúpskaya habla de Lenin, pero de un Lenin que no es exactamente el que tenemos en la cabeza. Es *otro*, aunque es el mismo.

Pongamos un ejemplo: Lenin vivió en el destierro y en la clandestinidad. Lo que no impidió que tuviera visitantes, en su mayor parte obreros. Lenin sabía cómo eran los obreros *por los libros que leía*. A cada obrero que venía a visitarlo le preguntaba amistosamente dónde vivía, si le explotaban, si tenía consejos, cómo le iba con los compañeros; intentaba que quienes tenían una conversación con él no tuvieran la sensación de estar envueltos en las cosas del *partido*. Este tipo de conversaciones las mantuvo siempre.

«A Ilich le gustaban los teatros de los suburbios, y observar al público de obreros». Cuando el sitio no era conocido, ellos dos paseaban por todo el barrio, mirando las construcciones, el ir y venir de los obreros, etcétera. En Londres compraba los billetes baratos para hacer itinerarios más amplios.

Por lo demás, Lenin era un ciclista empedernido (con algún accidente). Le molestaban particularmente las calles de París, con unos baches insoportables. Y ver a un señor ir a jugar con un perro (incluso con uno amarrado) puede resultar sorprendente, pero Lenin era un fiel amigo de los canes. Por lo demás, al salir de casa, llevaba siempre en los bolsillos unas pastillas de chocolate.

Ser ciclista y aficionado a los perros son los rasgos de Lenin más notables resaltados en el texto de Krúpskaya, aunque no los únicos. Además, podía pedir a cualquiera de sus amigos libros con reproducciones de lienzos, con los que pasaba noches enteras (durante el día la situación lo

impedía). A ambos les complacía ir al teatro y asistir (en privado) a conciertos de música. Los libros de Turguénev, Tolstói, Chernyshevski (el autor del primer *Qué hacer*) o Dostoyevski demostraban haber sido releídos varias veces.

A Lenin le agotaban los congresos y las conferencias. Llegaba a casa y se estiraba en la cama para dormir. La solución era escalar montañas. En una ocasión se encontraron a un pintor (que pintaba bastante bien). Al cabo de un rato se separaron y se presentaron: Ilich y... ¡Bujarin, claro está!

Otros aspectos son más esperables: la cobardía de los compañeros (en los años de juventud) o los *agents provocateurs* (la brigada político-social). Krúpskaya descubre a uno... pero, a posteriori, resulta que *ha habido otros dos*. Dos que estuvieron junto Lenin durante años.

En 1917, los bolcheviques de Petrogrado querían que Lenin se dirigiera a la multitud allí concentrada. Pero Lenin no llevaba nada escrito (y además estaba cansado). Así que hizo un discurso *de una sola frase*: «Viva la Revolución Social Mundial» y, repitiendo la misma frase, la multitud se dio por satisfecha.

Finalmente, sorprende bastante que Krúpskaya diga que el socialismo de Lenin, a principios del siglo, era: «la electrificación, la jornada de siete horas, la fabricación de cocinas, y la emancipación de la mujer».

*Mi vida con Lenin* habla de él con bastante amor, estima y respeto.

19 5 2024

# Amianto: la historia interminable

Arte TV Francia 2022, 93 min

Una investigación sobre el reto imposible de la eliminación del amianto y el escándalo de las multinacionales depredadoras. Esta fibra cancerígena, que todavía se produce y se vende, sigue causando estragos.

Rodado entre otros lugares en Barcelona, con expertos, activistas y pacientes, este documental de investigación expone a la luz una verdad escalofriante: a pesar de las muertes, la ciencia y las pruebas, la fibra asesina sigue teniendo un futuro brillante por delante.

---

30 5 2024

# Kafka, ese ilustre desconocido

Arte TV 2024, 52 min

Franz Kafka murió en el anonimato el 3 de junio de 1924 a causa de una tuberculosis. Con motivo del centenario de su desaparición, este documental profundiza en la personalidad del gran novelista, analiza el culto a su figura y ofrece una nueva interpretación de su obra. Un retrato de un icono de la literatura del siglo XX.

---

30 5 2024

**nomilitarism.eu**

**No a la militarización y no a la guerra**

<https://nomilitarism.eu/>



# Peter Balakian

## GRANADA

Perséfone te comió  
y fue al infierno.

Mi abuela  
caminó contigo bajo su blusa—

sus dos hijas  
renqueando con ella.

Todos los días una semilla  
para cada una de ellas.

No importa por qué carretera de la muerte  
caminaran

estabas: manzana de semillas,  
granate, carmín,

spiritus ovum—

caída como halcón en barrena  
del alma—

piel roja de cuero  
para tiempos duros.

A veces alzaba su vista  
a la luna y te veía.

[Peter Balakian (1951), estadounidense de origen armenio, es poeta, prosista y académico experto en estudios de genocidio. Ha recibido numerosos premios (entre ellos el Premio Raphael Lemkin 2005 o el Pulitzer de Poesía 2016) por su obra, fuertemente influenciada por la memoria del genocidio armenio, que sigue siendo negado por Turquía y no reconocido por muchos países. La granada es una fruta muy preciada en Oriente Próximo (incluida Palestina), donde se considera un símbolo de abundancia y prosperidad y se dice que cada fruto tiene una semilla que procede del paraíso.]